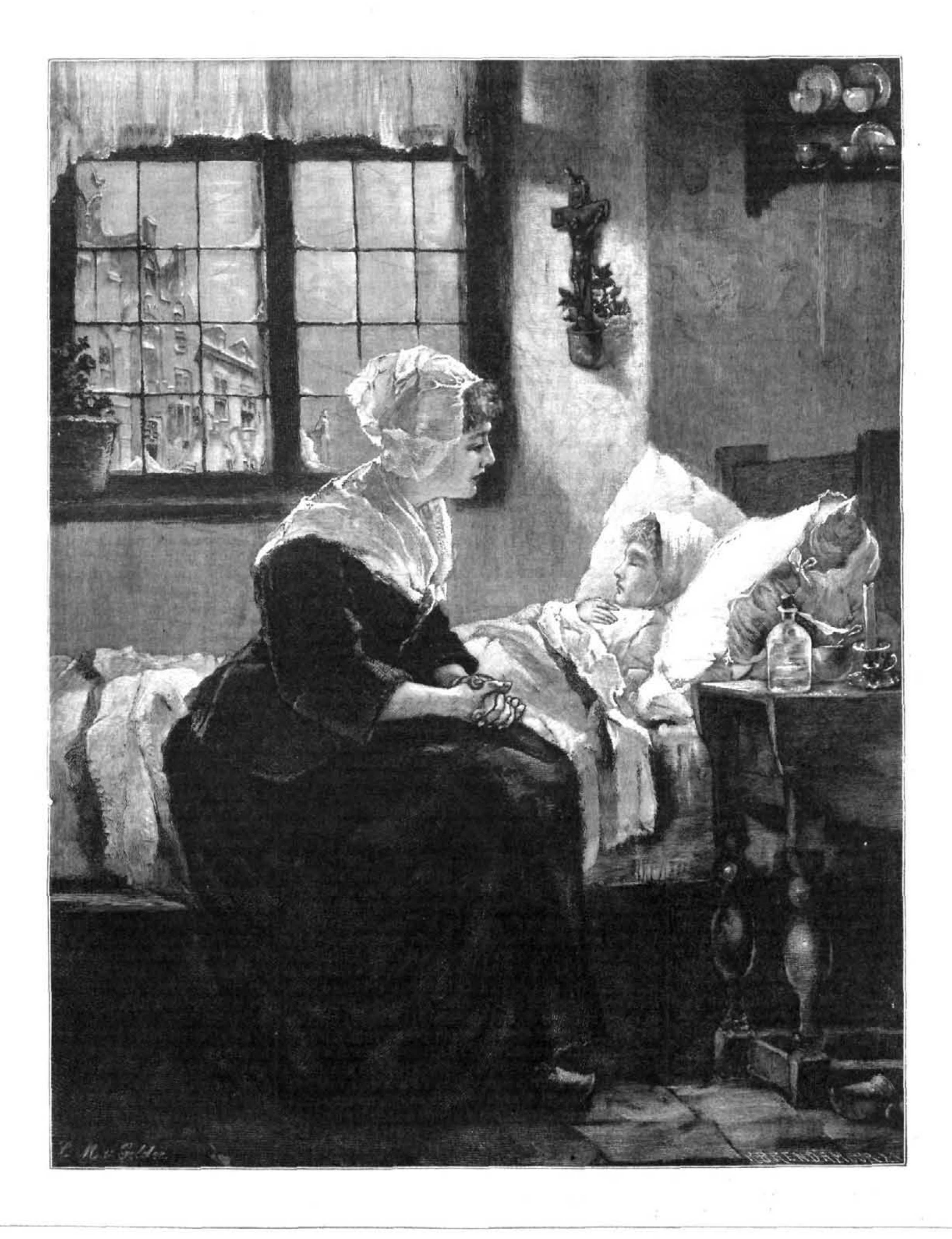
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1886— NUM. 258

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JUNTO AL LECHO DEL DOLOR, cuadro de L. M. de Gelder

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JUNTO AL LECHO DEL DOLOR, cuadro de L. M. de Gelder

Asunto simpático ejecutado con verdadero sentimiento. La luz del alba ha sorprendido á la joven madre junto al lecho donde padece su tierna hija: ni un instante sus ojos se han apartado de sus ojos, ni un momento sus labios han dejado de pedir á Dios la salud de la inocente criatura.

Y Dios ha oído esta súplica... ¡Cómo no!... Si el Dios que perdona los pecados de los que han amado mucho, no se apiadase del llanto de las madres, ¿cómo se hubiera apiadado de las lágrimas de Magdalena?

En el semblante de esa mujer se echa de ver que el peligro ha cesado y que la esperanza renace en el atribulado corazón. La enferma duerme, duerme tranquilamente, soñando tal vez en los ángeles sus hermanos... ¡Con qué atención, con qué cariño, con qué fruición la excelente mujer vela ese sueño, durante el cual su amada hija vuela en espíritu á las regiones celestes!

Gelder ha hecho un cuadro de impresión, pero de buena impresión; sin apelar á recursos extremos, sin echar mano de actitudes desesperadas; haciéndose intérprete de un sentimiento purísimo y teniendo la buena suerte, el mérito diremos mejor, de trasmitirlo al ánimo de los espectadores.

CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

Recomendamos á nuestros abonados la preciosa obra de Fehr que publicamos en este número.

HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz

Historia curiosa ha titulado el distinguido artista Manuel Muñoz un cuadro rico en detalles, armonioso de conjunto y brillante de colorido. La odalisca más ilustrada del harem entretiene los constantes ocios de sus compañeras teniéndolas pendientes de sus labios con la narración de cuentos de encantos ó de miedo. El artista que conoce las costumbres orientales y que sabe lo que ha de tener un cuadro para que llame la atención, que trabaja y estudia constantemente, ha sabido dar á cada fisonomía la expresión que conviene y su cuadro resulta animado é interesante. En presencia de esta obra puede augurarse mucho al simpático artista y seguros estamos de que llegará donde pretende, pues ni le ciegan ambiciones desmedidas ni le ofuscan pretensiones infundadas.

INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS EN VENECIA

El grabado que publicamos da una idea del interior de San Marcos, visto desde su entrada principal. Para que nuestros lectores puedan calcular hasta qué punto se prodigaron tesoros en esta construcción, bastará saber que su pavimento, sus paredes, sus arcos, sus cúpulas, cuanto la vista alcanza en ella, se encuentra cubierto de mosaico. San Marcos, con el Vaticano y la catedral de Colonia, son, á no dudar y cada uno según su estilo, los más grandiosos, bellos y típicos monumentos del arte cristiano.

CUBIERTA DEL ÁLBUM dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio González Solesio

Este álbum, obsequio que hace la provincia de Barcelona á su ex-gobernador Sr. Solesio, como justo tributo de aprecio por sus relevantes condiciones de funcionario probo é íntegro y en recuerdo de los servicios que prestó durante la última epidemia colérica, es una hermosa manifestación de lo que puede y vale la industria catalana.

Lo forma una sentida dedicatoria firmada por millares de personas de todas las condiciones sociales y de diferentes opiniones políticas, y á las firmas correspondientes á cada uno de los partidos judiciales de la provincia precede una preciosa y delicadísima portada alegórica pintada á la aguada por artistas distinguidos, entre los que figuran los señores Fabrés, Vilaseca, Pascó, Riquer, Pellicer, Marqués, Pahissa, Moragas, Codina, Bastinos y Solá. Así las acuarelas como las firmas van sobre hojas de pergamino fuerte y finísimo.

Las cubiertas, la superior de las cuales es la reproducida en nuestro grabado, corresponden, si no aventajan, á la riqueza y buen gusto de las hojas. Su fondo es de piel de Rusia, y en los adornos están combinados con singular acierto el hierro, el cobre, el bronce, la plata y el oro. Campea en el centro el escudo de la provincia con las cuatro barras de cobre sobre fondo de oro; de igual materia es la corona y de hierro esculpido á cincel y grabado al agua fuerte la cimera que la remata. En los grandes broches descuellan, en caracteres decorativos y sujetas con granates y otras gemas, las letras de oro macizo de la dedicatoria: *A A. G. Solesio.—Barcelona.* Artísticas ramas de roble y de olivo van combinadas en dichos broches, siendo de cobre las primeras y de bronce verde y blanco las segundas.

Todos estos primorosos adornos han sido labrados en los acreditados talleres de D. Francisco Vidal y C.ª y cuantas personas han tenido ocasión de contemplarlos afirman que pueden compararse con los mejores trabajos de las principales casas de París, Londres y Viena. La encuadernación del álbum bastaría para acreditar la casa de los señores Domenech, si no fuera conocida su competencia en este ramo.

En suma, el obsequio que la provincia de Barcelona hace al señor González Solesio honra tanto á este distinguido funcionario como á los donantes, y á los artistas é industriales que en él han tomado parte.

Va en máquina el presente número hemos recibido la siguiente carta del Excmo. Sr. D. A. González Solesio, copia de la dirigida por el mismo á los señores que formaron la comisión para el obsequio de que hemos dado cuenta, y que nos hacemos un deber en reproducir por ser una nueva prueba de la elevación de miras y generosos sentimientos del que fué nuestro digno gobernador civil. Dice así:

Mis queridos y bondadosos amigos: No encuentro palabras con qué expresar á Vds. mi profundo agradecimiento y lo que mi corazón siente, por la singular y valiosísima prueba de cariño y buen recuerdo que me dedica esa hermosa y para mí inolvidable provincia. Jamás pude, ni soñar siquiera, tamaña recompensa á los modestos servicios que prestara en el corto espacio de tiempo que tuve la honra de estar á su frente y que por ninguna otra humana trocaría

Su inmenso valor artístico, y la significación que tiene, colmaría en alto grado el premio que pudiera otorgarse á caudillos esforzados ó ilustres estadistas, que en provecho de la patria se hubieran distinguido. En cuanto á mí, confieso sin ningún alarde de modestia, que, careciendo de las necesarias aptitudes, nada hice que excediera del elemental cumplimiento del deber, procurando siempre el bien general y defendiendo los fueros de la justicia.

Y al aceptar tan gallarda muestra de cultura y adelanto en las artes, legalizada con tan honradas firmas, sólo veo en ella una manifestación del pueblo más generoso que conozco, que con sus envidiables virtudes cívicas é inagotable caridad, allanó por extremo mi gestión, llevando su bondad al límite, atribuyéndome méritos que única y exclusivamente pertenecen á los catalanes, que con un gran sentido moral y bien arraigado amor al prójimo, afrontaron serenos los días angustiosos que en el pasado año transcurrieron.

El precioso álbum que Vds. me han entregado, volverá en su día á esa provincia, y así, las generaciones venideras, podrán formar acabada idea del adelanto de las artes en nuestra época, conociendo además los curiosos autógrafos que encierra tan bien concluída obra, producto sólo de hijos de una comarca que es honra y legítimo orgullo de los españoles.

A todos debo inefable gratitud, y ojalá tuviera la fortuna de poder demostrar alguna vez mi cariño á esa culta é industriosa provincia, por cuya prosperidad y ventura hago los más fervientes votos.

Ahora, como siempre, repito á Vds. mis más sinceros sentimientos de estimación, amistad é íntimo reconocimiento, quedando suyo afectísimo amigo S. S.

Q. B. S. M.

A. GONZALEZ SOLESIO

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

VI

No sé qué autor ha dicho en verso, que en los peligros grandes, el temor es mucho mayor que el peligro. Esto es decir poéticamente lo que se ha sentido de un modo prosáico desde que los primeros hombres habitaron la tierra. La razón de esto es, que la fantasía es ingeniosa para atormentarse, y sobre cualquier fondo lúgubre no sabe pintar más que espectros y fealdades, y el tinte negruzco y amarillento propio de la tristeza de ánimo hace aparecer todas las cosas por su lado más sombrío y temeroso.

Esperé en vano aquella tarde la llegada del correo; y no viendo el documento, en vez de achacarlo á olvido del remitente, cosa muy natural en nuestra flaqueza, deduje que su carta había sido interceptada y abierta y sacado el talón con la santa idea de caer sobre mí con todas las pruebas necesarias. Habíame asomado á la ventana, y me llamaron la atención sus dobles puertas de cristales para protección del frío y en cuyo hueco y sobre un lecho de sal, había una porción de moscas inertes y esperando la resurrección á los rayos del sol de mayo. Aquello era una verdadera prisión donde seres vivientes dormían el sueño de la nada. Extiendo la vista sobre la orilla opuesta del Neva, y por primera vez me fijo en aquellos buques enclavados en el hielo, como águilas acostumbradas á cruzar el vacío, sujetas por fuertes ligaduras á una dura roca. Cinco meses de cautiverio esperan á las voladoras naves usadas al continuo movimiento de las olas, y otros tantos de holganza al marinero aburrido sobre cubierta, cantando alguna canción de su patria para disipar la temible nostalgia que le devora. ¡Qué triste perspectiva!

Para rematar el cuadro se ofreció una extraña decoración sobre la sólida y blanca superficie del Neva, y fué una inmensa asamblea de cuervos formando perfecto círculo, cuya circunferencia tocaba en las dos márgenes. En el centro había otro pequeño círculo, como de dos metros de diámetro, completamente despejado, cuya blancura resaltaba por el contraste de aquella congregación, y dentro de él un cuervo que parecía como el presidente de aquella asamblea, pues él solo graznaba, mientras los demás guardaban silencio, y él solo se movía, mientras el resto permanecía inmóvil.

Admitiendo que los animales han sido medios indirectos de instrucción para el hombre, dábame yo á discurrir qué parte tendrían los cuervos en esta caritativa tarea. Aquel espectáculo, si alguna enseñanza encerraba, era entonces para mí la ilustración de un gobierno autocrático. Había allí, por lo menos, de ochenta á cien mil cuervos sin acción, ni voluntad, ni *personalidad*, perdóneseme el vocablo. La masa de seres, así hubiese cubierto el mar Báltico, no representaba más que un guarismo, ó mejor dicho, la negación de un guarismo, el cero: el nihilismo, la ausencia de toda actividad é iniciativa, ó lo que es lo mismo, millares de ceros á la izquierda del jefe ó autócrata que se hallaba en el centro. Y, en efecto, nada explica mejor la fuerza de un autócrata y la insignificancia de los súbditos que su representación por guarismos, porque esa misma masa representante de la nada, puesta á la derecha del guarismo autócrata, se convierte en una fuerza inmensa, como instrumento dócil de una sola voluntad.

El daño para el déspota consiste en que no sabe cuándo esa ciega muchedumbre empieza á abrir los ojos, porque no habiendo expresión libre del pensamiento, vé moralmente á la nación como la gran Catalina veía el paisaje de su célebre jornada. Pero, en fin, por el pronto, aquella reunión de cuervos, á corta distancia del Palacio de Invierno, parecía la representación exacta del imperio ruso.

Aquella asamblea parecía contenta y satisfecha. Probablemente versaría el discurso del orador sobre que era llegado el tiempo de escoger parejas, apalabrarse y tomar los dichos para unirse cada cual en la próxima primavera en feliz consorcio con la cuerva de su elección y dar hijos rollizos á la patria. Todo esto es posible, y si los hombres hubiesen hecho estudios para comprender el lenguaje de las aves y los animales, tal vez hallaríamos en ellos una fuente inagotable de admiración, enseñanza y gusto.

Yo me hallaba muy lejos de sentirlo, porque, devorado por el pensamiento de un peligro inminente, todo lo veía triste y oscuro, y puedo decir, en verdad, que nunca me pareció el cuervo más negro que en aquel día. Las casas rusas se me figuraban prisiones. La fortaleza Pietro-Paulo, un cementerio y su descomunal aguja un instrumento para empalar al por mayor. Los rusos me semejaban tártaros por las facciones y esquimales por las pieles en que iban envueltos, y hasta el seco ruido de sus pisadas sin elasticidad á causa del doble zapato de madera, parecía el de esqueletos ambulantes castañeteando canillas y carcañales Uno de ellos, *moujik*, con su montera cuadrada, sin ser doctor, y su larga túnica, sin ser apóstol, alto como un trinquete, y más lleno de *kwass* ó aguardiente que un bocoy hamburgués, tuvo el privilegio de distraer mi imaginación por unos instantes. Había caído sobre la nieve y pugnaba por levantarse, hecho lo cual volvía á caer en el mismo sitio. No sé por qué los griegos se dieron á inventar la tela de Penélope, la roca de Sísifo, la rueda de Yxión, ni el tonel de las Danaides para representar el trabajo en vano, cuando un beodo lo ilustra á la maravilla. El meta-centro de aquel discípulo de Baco estaba en la coronilla, y como tenía estatura bastante para ser gastador de la guardia imperial, conforme tomaba la perpendicular y se veía tan lejos de su madre la tierra, perdía la cabeza y el equilibrio y volvía á bajar de donde había subido. Aquel espectáculo me recordó la definición que daba del derecho un fanático germanista, diciendo que era «la evolución del concreto;» pero aquel concreto no llegaba á derecho por más evoluciones que hacía. Al fin, tuvo por conveniente quedarse en la horizontal, hasta que dos soldados le levantaron, y, sirviéndole de puntales, le condujeron. Aquel hombre del pueblo que pugnaba una y otra vez por levantarse ¿no semejaba á las clases bajas, ignorantes y embrutecidas, luchando inútilmente por elevarse? Los pueblos, si miramos la historia, no han hecho otra cosa que levantarse para caer de nuevo, porque les falta la cabeza ó digamos la inteligencia para tenerse derechos.

Poco tiempo había trascurrido, cuando uno de los domésticos vino á avisarme que pasaba el emperador Alejandro II.

– Y ¿dónde diablos está? – pregunté yo con cierto asombro, puesto que no oía marcha real ni veía escolta, ni carruaje, ni acompañamiento, ni ese bulle-bulle ordinario en las cortes, cuando hacen aparición las testas coronadas por los sitios públicos. Según la idea que en Europa tenemos de la omnipotencia del Czar, esperaba yo, por lo menos, que le precediese un regimiento y le sirviese de cola una división de infantería con sus correspondientes caballos y cañones, sin contar con que las gentes que le hallaban al paso hincarían una rodilla en tierra.

– ¿En dónde está el Czar? – pregunté de nuevo.

– ¿No ve V. dos hombres que por el puente Nicolás se dirigen al muelle inglés? Pues uno es el emperador y el otro su hermano el gran Duque Miguel, que vienen de visitar la escuela de marina. El más alto es Alejandro.

En efecto, el gallardo descendiente de los Romanoffs atravesaba el dilatado puente, como cualquier hijo de vecino, siendo saludado á su paso por algún cochero ó soldado que le reconocía por las facciones más que por el traje ó las insignias, pues consistía aquél en un sobretodo gris que le cubría desde la barba hasta los tobillos, y un casco, al parecer, como cualquiera otro de los infinitos que coronan el atavío militar en Rusia.

Esta llaneza me predispuso en su favor, pues á decir verdad, creía yo que el autócrata de todas las Rusias, no podía moverse en público sin estrépito y ceremonias como verdadero Júpiter de un nuevo Olimpo terrestre. Cierto es que entonces no había nihilistas, y si algunos existían se hallaban muy lejos del imperio y aún más distantes de inspirar temor alguno. Comparativamente, la Rusia era entonces una nación que avanzaba. Alejandro se había dado á conocer por su protección á las letras, expediciones y exploraciones, aun antes de ceñir la imperial corona. Su advenimiento al trono trajo consigo la paz en Oriente y las esperanzas de grandes reformas sociales y políticas, entre las cuales no eran un grano de anís la emancipación de los siervos, y un poco de justicia para la Polonia. Como quiera que sea, daba señales de príncipe ilustrado, y hasta personalmente era un tipo noble y varonil cual convenía al representante de un vasto imperio militar, ó sea un emperador de la punta del pie á la de los cabellos.

Esta impresión fué la más notable de aquel día, que terminó para mí con una confidencia tranquilizadora. El mayordomo vino á darme la buena nueva de que había estado en la aduana con motivo de otros encargos, donde había encontrado un oficial antiguo amigo suyo, por medio del cual supo que no había bulto alguno recién llegado de París y dirigido á la embajada española.

Esta noticia y la falta del talón me hicieron ensanchar el ánimo encogido, y en lo tocante á la persecución ó seguimiento del individuo de la policía, me dí á creer que sin duda era ilusión óptica formada por el temor de un gran peligro. Con esta composición de lugar, resolví distraerme y refocilarme aquella noche asistiendo al teatro imperial de la Opera, en cuya compañía figuraban nada menos que el célebre Tamberlick, entonces en lo más florido, y el inolvidable Ronconi, en lo más granado de sus

facultades vocales, amén de los famosos Marini y De Bassini y la incomparable Madame Bossio, víctima poco después del ingrato clima de la Rusia. Representábase la obra maestra de Rossini que lleva el nombre de *Guillermo Tell*, y sobre la cual había yo tenido la alta honra de conversar no hacía muchos días con el ilustre autor, mientras daba sus paseos vespertinos en Baden-Baden, frente al famoso casino de Benazet, y oyendo de sus labios la anécdota que corre entre los *dilettanti* acerca de su inimitable sinfonía.

–¡Ah! ¿qué puede oirse después de este *capo di ópera* de la overtura del *Guillermo*? – decía un fanático admirador del cisne de Pésaro.

– La introducción, – contestó sencillamente el maestro.

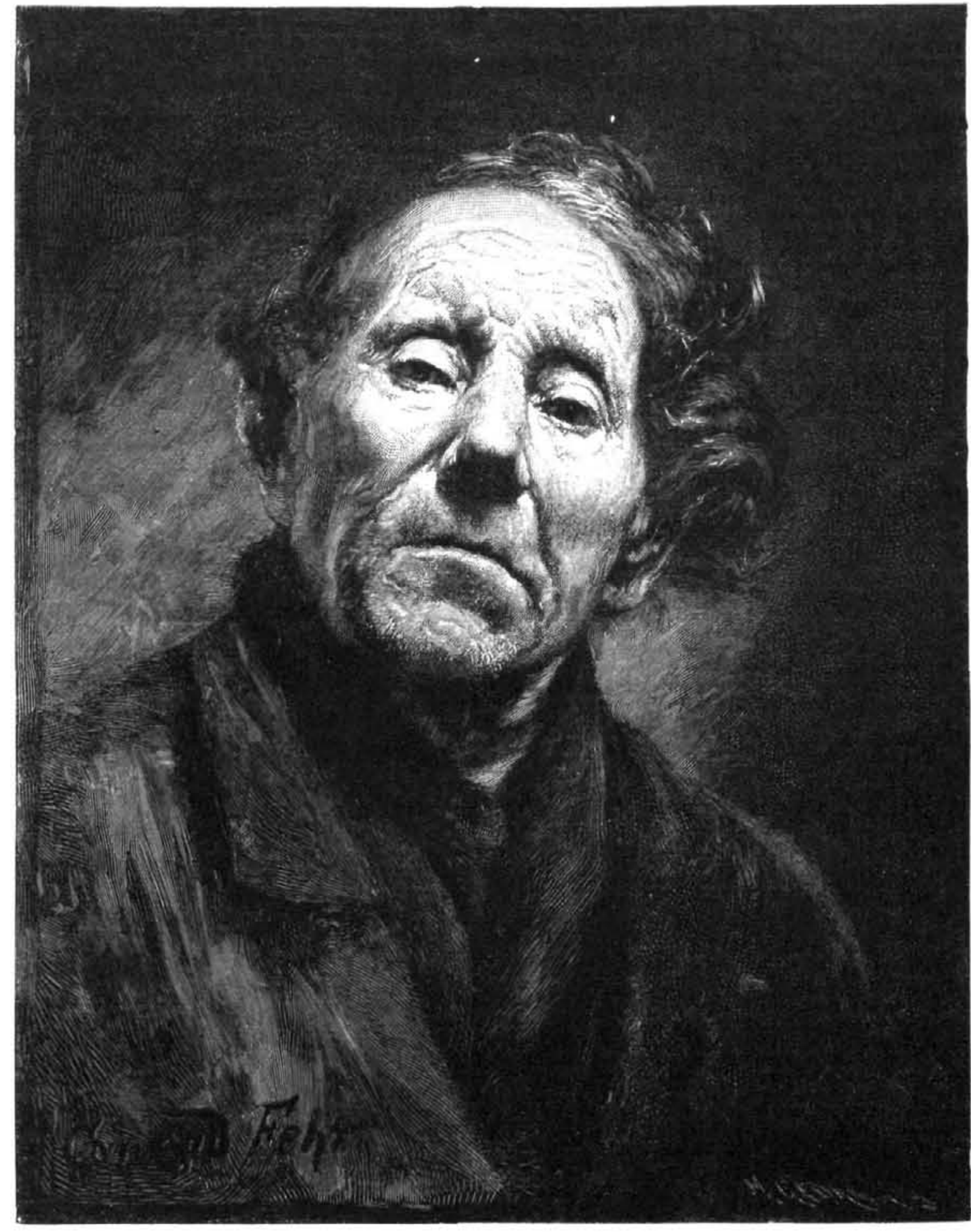
Pues bien, yo me prometía oir hasta templar los instrumentos, por no perder las primeras notas del violoncello, risueña y rosada aurora descrita por el sonido; pero al salir de casa topé de nuevo con el polizonte, y al apearme del trineo en la puerta del teatro, volví á verle fijo, impertérrito, como si hubiese de pedirme la entrada.

Tomo otra vez asiento en el trineo y grito al cochero:

– *¡Franzuski teatre!*

Tiempo perdido. Al llegar al vestíbulo del teatro francés, mi hombre clavado allí.

(Continuará.)



CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

LA CUEVA DE HÉRCULES

(Conclusión)

Entretanto, un bulto informe movíase como aletargado, rastreramente, por el fangoso suelo con lenta pesadez; encontró á su paso un cuerpo, y empezó á trepar por él, enroscándose y oprimiéndole: paróse de pronto, movió lentamente con indecisión la cabeza, echóla luego atrás, sacó su lengua larga y viscosa como una saeta envenenada, é hirió varias veces con ensañamiento y asombrosa rapidez.

Oyóse inmediatamente un grito agudo, penetrante, desesperado como los que lanzan los ahogados en los supremos momentos. Después... un silencio lóbrego y horrible.

La serpiente había acabado violentamente con los últimos restos de la desventurada señora de Silva.

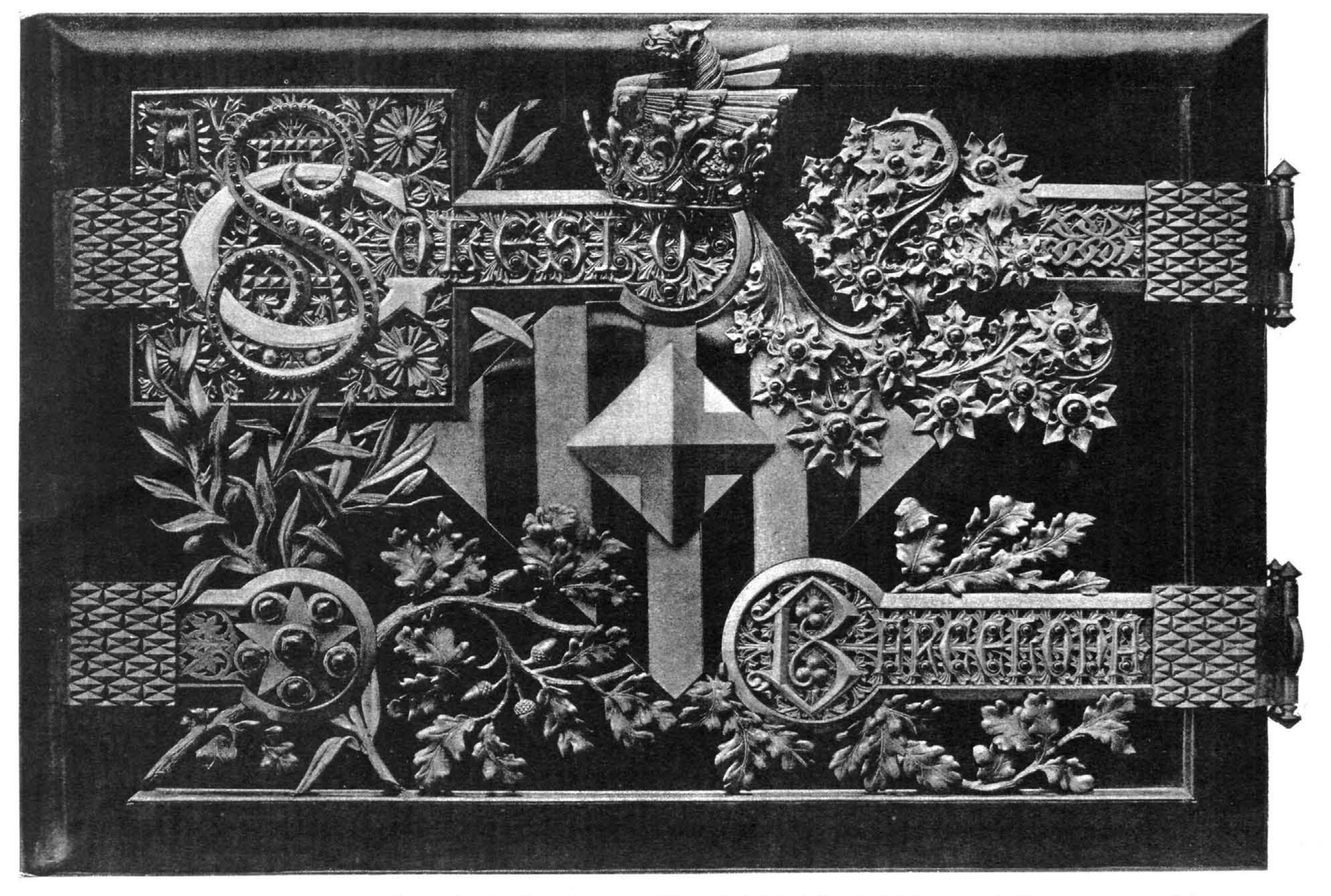
***

En 1546, es decir, setenta y nueve años después de los sucesos que acabamos de narrar, y á las dos de la tarde de un hermoso día de Mayo, tenía lugar en Toledo, con toda solemnidad, un acto que dejó profundos y tristes recuerdos en sus moradores, debido, no á la curiosidad, como dicen algunos historiadores, sino al deseo de acabar de una vez con las fábulas y supercherías que se contaban de la misteriosa «Cueva de Hércules,» que tenían amedrentado al fanático y timorato pueblo toledano. Con este principal objeto, pues, en el citado día, el sabio y respetable arzobispo y cardenal don Juan Martínez Siliceo, rodeado de gran número de seglares, nobles y plebeyos, con todo aquel imponente aparato que el asunto requería, dirigióse el sitio donde se hallaba tan famosa cueva, y una vez ante ella, hízose corro, improvisándose un pequeño altar con su crucifijo y sus correspondientes cirios encendidos, con más gran número de hachones que ostentaban los concurrentes para dar al acto más lucimiento. El arzobispo, vestido de pontifical, se acercó lentamente y con solemnidad á la entrada de la cueva, rociándola con agua bendita con un gran hisopo que á la sazón tenía preparado. El pueblo en masa cayó de rodillas. Inmediatamente varias piquetas, sostenidas por forzudos brazos, empezaron á derribar la mole que obstruía la entrada de la cueva. A cada golpe la ansiedad era grande y el miedo iba pintándose en los rostros de todos.

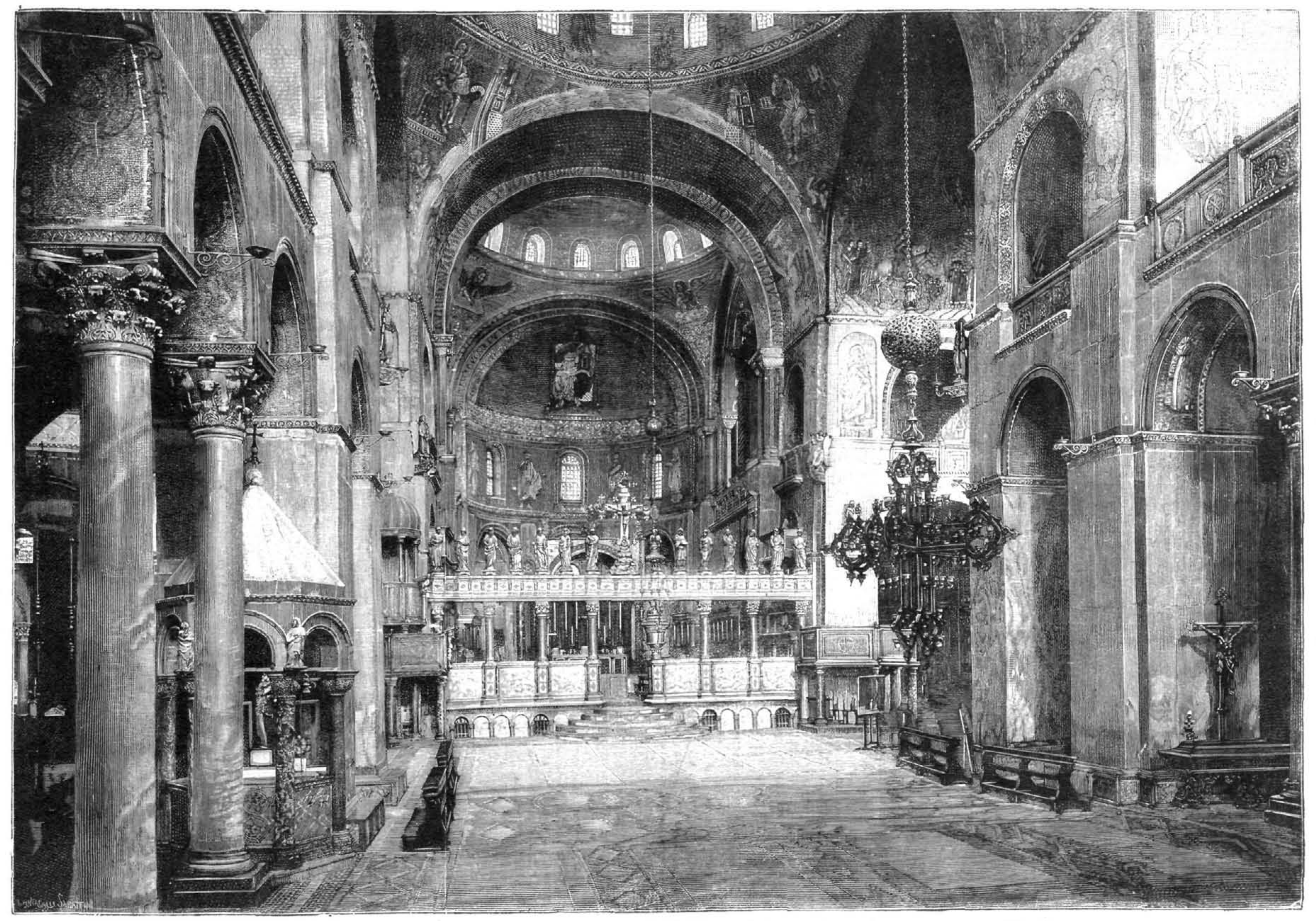
Sólo el arzobispo, de pie, sosteniendo en una mano el báculo y en la otra el hisopo, mostrábase sereno y tranquilo. Una vez limpia de escombros la entrada, el obispo ordenó á media docena de hombres, que no más se hallaron en toda la ciudad para el tal acto, que entraran en la cueva como exploradores, con sus hachones, linternas, cuerdas y demás mantenimientos. Arrodillados éstos ante el altar, hicieron, de palabra, sus respectivos testamentos en medio de la consternación del auditorio y de los llantos y vociferaciones de sus parientes y allegados, que, á trueque de todo sentimiento, no quisieron dejar de asistir á tan memorable acto. Recibieron la bendición del cardenal, y poseídos de mortal angustia, que llevaban retratada en el rostro, se precipitaron dentro de la cueva en pelotón, porque sabido es que el número acrecienta el valor. Al poco rato, y en medio de la curiosidad y asombro general, salieron al punto los tales exploradores, desencajados los rostros, erizados los cabellos y con un castañeteo de dientes que probaba claramente el pánico de que se hallaban poseídos. Dos de los seis cayeron en el suelo como heridos por el rayo, siendo inútiles todos cuantos auxilios se les prestaron. El pueblo quedó consternado ante aquellos dos cadáveres. Se hacían las más estrambóticas conjeturas. Había individuo que juraba reconocer las garras del diablo en el cuello y pecho de uno de los muertos. Imposible sería describir el miedo que se apoderó de los circunstantes. En medio de la confusión producida por el pánico, el obispo se acercó á uno de los cuatro exploradores, que yacían postrados; asióle cariñosamente una de las manos, y le interrogó, tomándole juramento de decir verdad de todo cuanto hubiere visto y



HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz



Cubierta del álbum dedicado por la provincia de Barcelona á su ex-Gobernador el Excmo. Sr. D. Antonio González Solesio, en demostración de afectuoso recuerdo



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS EN VENECIA (copia de una fotografía de los hermanos Alinari)

oído. Aseguró éste, con desfallecida voz, que habrían andado como unos doscientos pies, cuando sobrevino una densa claridad, pálida y azulada, que salía de un gran agujero abierto en el suelo; que á sus costados se levantaban dos columnas gigantescas en las que estaban ligados



PESCADOR Y CAZADOR DE STAGNO

dos demonios huesudos y horribles, uno de ellos con largos pelos en la cabeza y el otro de feroz mirada, amenazando con su brazo y mano. Luego unos silbidos espantosos; luces diminutas que corrían de un lado á otro persiguiéndoles; y un inmenso trapo que les envolvió apagándoles las luces y privándoles la respiración.

En vista de tan funesto y contrario resultado, el arzobispo mandó cerrar y lodar de nuevo la entrada de la cueva, con gran contentamiento del vulgo, que aseguró que los demonios, que en ella tenían su guarida, acabarían por morir asfixiados.

Para terminar, réstanos decir: que lo que vieron los exploradores, aumentado por la doble vista que siempre produce el miedo, fueron simplemente los dos esqueletos de los infelices amantes encerrados allí por el señor de Silva. El demonio cabelludo, no era otro que el esqueleto de la desventurada mujer, que aun conservaría la cabellera. El inmenso trapo que les envolvió quitándoles la respiración, no otra cosa era que la falta de oxígeno que paralizaba la función de los pulmones: y finalmente las lucecitas que los perseguían los gases y miasmas que corrían en dirección del aire que los impulsaba.

Acaso se me objetará, y con razón, acerca del malvado señor Jimeno Esquivel de Silva. ¿Qué fué de él?

Vivió feliz largos años, porque la Providencia para realizar el grande y sublime equilibrio de la moral, no necesita llevar á cabo visibles venganzas.

¿Creéis que engordó?



«DOLCE FAR NIENTE»

Pues sí, creedlo. He aquí por qué se dice que muchas veces la vida es inmoral. El remordimiento hincaba su diente en la conciencia y la linfa ensanchaba los tejidos abdominales.

J. ORTEGA MUNILLA

EL SACAMUELAS

(Conclusión)

IV

El gabinete odontológico, que cabe en un coche de alquiler, puede caber también en unas alforjas, reducido á su mínima expresión, cada y cuando el sacamuelas va á visitar su distrito.

El profesor, en esta otra exhibición de facultades, no ha descendido en manera alguna; está á la misma altura física, moral é intelectual; pero su cátedra es ahora más modesta: es una silla... de montar.

Es el mismo profesor, licenciado por Oxford, revalidado en Pekín, médico-cirujano de *dentificación* de SS. MM. y AA.; sólo que ahora va á cuatro pies... va á caballo.

Dejémoslo ir, que ya parecerá.

Cuando parezca, no hay que preguntar quién es; él mismo se anticipará con garbo de *sans façon*, que quiere decir sin vergüenza ni cortedad ninguna, y os entregará sus credenciales.

Las credenciales de un charlatán son prospectos, aunque con cierto aire ó corte de edictos ó proclamas.

Hé aquí una que nos viene de molde y hemos de insertar textualmente para que no se crea que recargamos el carácter, mal aconsejados por la envidia:

«Don Julián Martínez Rubio, cirujano dentífrico de SS. MM. y AA., premiado en París y Lóndres y otras exposiciones:

»Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público de esta culta y morigerada población sus filantrópicos servicios de dentificación garantizados con el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.

»Extrae muelas, dientes y raigones subrepticios sin experimentar ningún dolor; corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentrífugas, limando salientes y arrancando sobrepuestos, sin dolor; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos, á plata, á oro, á zinc, y por otro de su propia invención, que es el mejor de todos ellos, por cuanto es una pasta mixta de ambos á tres elementos físicos sin cosa de mercurio ni otra sustancia inmoral ni corrosiva. Cura radicalmente la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos denticales; añade también sueltos á las piezas montadas sobre planchas ó bases de cuchú; y todo esto sin ningún dolor, como tiene acreditado y acredita diariamente en sus operaciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

»Inventor también de un elixir vegetativo-animal de virtud maravillosa en la Academia de Medicina de París, cura instantinamente el mal olor de la boca, y fortalece la dentición mas endeble dejándola para siempre limpia y completamente masticable.

»Ofrece á más, aunque ajena á su profesión, una sustancia extraída de plantas exóticas y elaborada en pastillas de á real para sacar de raíz toda clase de manchas de aceite, de sebo, de grasa, de mugre, de fruta, de tinta, de vino y demás licores maculares.

»El especialista sólo permanecerá en esta culta y morigerada población tres días; lo que tiene el honor de advertir al ilustrado público, para que aproveche la favorable ocasión de servirse de sus servicios.

»Firmado. – JULIÁN MARTÍNEZ RUBIO.»

Ante esta pieza, tan preciosa como auténtica, y tan auténtica como hecha de mano maestra, mano del mismo interesado, no es ya lícito darnos por sospechosos atribuyéndonos el empeño de exagerar el tipo ó cualquiera otra mira adversa á tan honorable clase, ni por envidia ni por ningún otro sentimiento de hostilidad.

No pudiéramos haber dicho menos, aun animados del mejor deseo, ateniéndonos estrictamente, como narradores de costumbres, á las inviolables reglas del arte, arte de hacer comedias y comedia de figurón, cuyo héroe es siempre el mismo figurón.

Tampoco pudiera resentirse justamente el sacamuelas cuando en tan grata ó ingrata pintura nos ayuda al fin el mismo sacamuelas.

Y en su insigne trabajo, que habla sólo por su gran colorido, expresión y movimiento, daríamos por terminado el nuestro, si á pesar de nuestra modestia y dudando siempre de nuestras propias fuerzas, no tuviéramos la pretensión de hacer un verdadero cuadro; y para este empeño faltan aún algunos toques.

Hemos visto al sacamuelas ejercer en coche allá en las plazas públicas de la capital, y hay que verlo también ejercer á caballo en los pueblos subalternos, aunque no hemos de tomarnos el fatigoso trabajo de seguirlo á todos ellos, pues para muestra basta un pueblo ó sea un botón, como reza el refrán.

Ejerciendo á caballo el sacamuelas, no se da ya punto de reposo ni en manos ni en lengua, pues siempre hay que coger de una á otra cosecha, y en punto á muelas, se guardan en el lugar para él solo todas las que han madurado desde la visita anterior.

Que para coger la fruta se empine un hombre todo lo que pueda, cuando es el árbol alto, no tiene nada de extraño, es al contrario muy racional; lo extraño, lo absurdo es que, siendo bajo el árbol, tan bajo como un hombre ó una mujer, se suba el sacamuelas á un camello para coger su fruta.

¿Es que no puede ó que no debe descender al nivel de los demás?

– Baje usted de ese animal, – decía una tarde al mismo Martínez Rubio una tímida paciente; – baje usted y me la sacará mejor.

– ¡Bueno fuera! – contestó casi dignamente el charlatán. – ¡Bueno fuera que bajara yo á operar!

No es, pues, que no puede, sino que no debe descender.

Y acaso acaso sea también que no le sea del todo posible, embarazado como va entre todos los trastos de su gabinete; pues si bien no hemos tenido ocasión de ver dónde duerme el sacamuelas ambulante, sí hemos visto dónde come: come allí mismo donde almuerza... á caballo siempre.

Desde esta altura, que sigue siendo su cátedra, no menos digna que la otra, exhibe al público, siempre ilustrado, sus títulos, certificados y diplomas con la chusca precaución ya conocida; tiene el honor de ofrecer sus excelentes servicios garantizados por años como los relojes, más pecadores que justos; corrige y perfecciona, empasta y obtura á plata, á oro y hasta á calderilla; cura *instantinamente* el mal olor de la boca, la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos *dentífricos*.

No hace nada de esto ni mucho menos; pero dice que lo hace, lo dice sin puntos ni comas, desbocado como un caballo, que no sea el suyo, el cual, expuesto desde por la



VENDEDORA DE JUNCOS

mañana hasta la noche á la lluvia, lluvia de palabras, y á todas las inclemencias de la charlatanería, no mueve en su asombro pie ni mano, como si fuera un manso y pacientísimo camello.

Pero si no hace nada de eso el charlatán, no deja de sacar muelas, mandíbulas y cuartos; y todo esto sin dolor.

¡Sin dolor! Esto nos trae á la memoria un paso de tragicomedia en cuya heróica acción fué protagonista el mismo sacamuelas, representante histórico y auténtico del tipo, y cuya catástrofe vamos á referir en cuatro rasgos para dar digno remate á este trabajo.

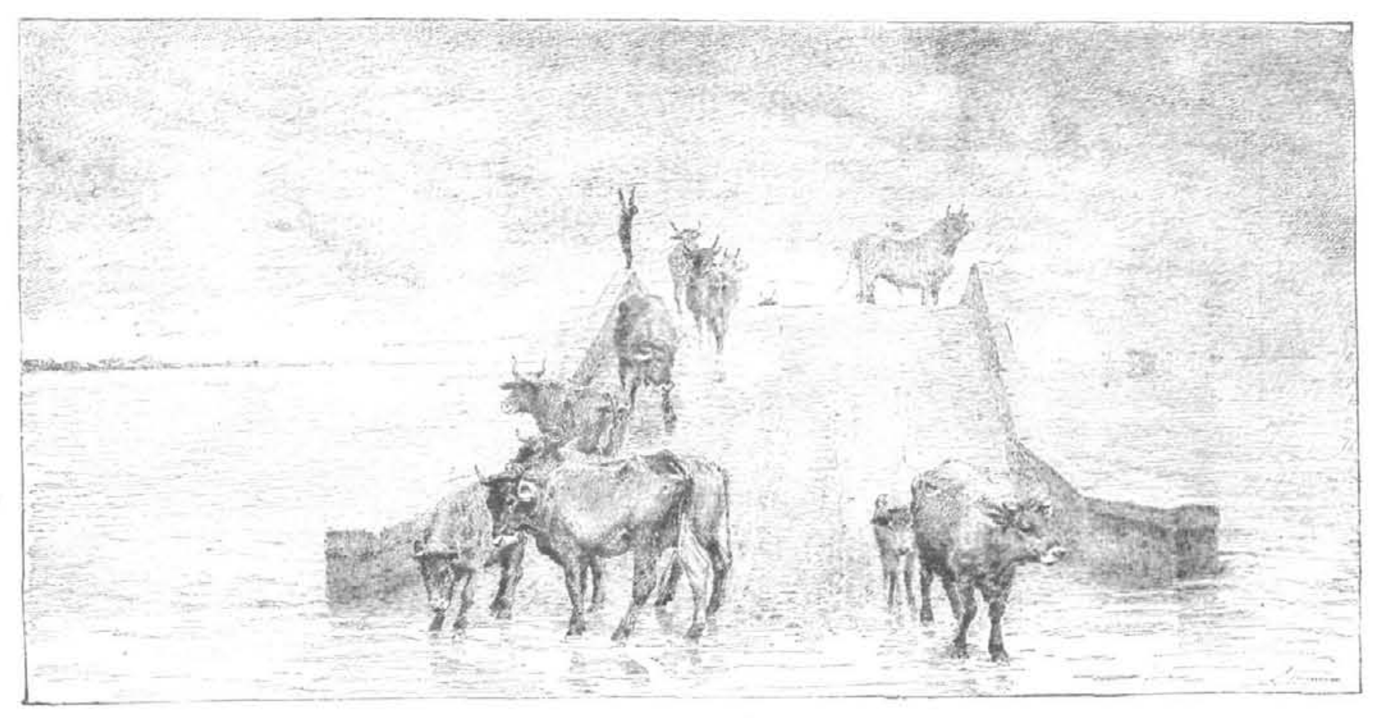
Tráenos también á la mano ese oportuno epigrama:

—No hay dolor como el de muelas,
Cuando aprieta de verdad.
—Hay quien sin dolor las saca.
—Ese aprieta mucho más.

V

Había ido por casualidad ó de intento á un pueblo de Andalucía un ingeniero hidráulico, que no era en verdad hidráulico ni ingeniero, sino un charlatán, especie de sacamuelas del ingenio, por cuanto iba sacando muy ingeniosamente del pueblo todo lo que se había propuesto.

El pueblo, aunque no á mucha distancia del río, carecía de aguas potables, y las había traído en abundancia hasta la misma plaza de la Constitución, dirigiendo bien ó mal el acueducto y cobrando cuatro ó seis meses de honora-



LA INUNDACIÓN

rios, como tal facultativo, á razón de tres duros diarios.

Había dirigido después la visual á una moza del pueblo, propietaria de muy buenos fundos y no malas partes por su honestidad y belleza, y estaba á la sazón en vísperas de bodas.

A ver si este ingeniero hidráulico no era en cierto modo un sacamuelas. Y él, en verdad, las sacaba sin dolor.

Al dolor vamos.

Todo estaba preparado para tan feliz conyugio, que venía á ser un golpe de estado en el pueblo.

Pero como el diablo no duerme y es enemigo siempre de la dicha ajena, ya que no pudo descomponerla, hubo de poner para retrasarla y ganar tiempo, toda su infernal rabia en una muela del novio.

En efecto, la muela del juicio se le había vuelto loca de puro rabiar.

Pero si el diablo da la llaga, Dios da la medicina.

Aquí de nuestro héroe, caído como del cielo.

– «Don Julián Martínez Rubio, (decía el charlatán en la plaza recitando de memoria su técnico prospecto) médico-cirujano de dentificación de SS. MM. y AA., premiado en París y Londres y otras exposiciones...»

– Pare usted esa jaca, compadre, – le gritó el alcalde á cierta distancia, bien que la jaca estuviera parada.

El orador no hizo caso de esta incongruencia y continuó en el uso de la palabra.

– «Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público sus filarmónicos servicios, garantizados por el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.»

– Pare usted esa jaca, – repitió el alcalde.

– «Extrae muelas, – prosiguió el otro, gárrulo y palabrero, – extrae muelas, dientes, raigones subrepticios, corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentífricas, limando salientes y arrancando sobrepuestos; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos y por conocer á plata, á oro, á zinc...»

– ¡Que pare usted esa jaca! – volvió á repetir el alcalde, enseñando el bastón de autoridad.

– «Yo ejerzo mi facultad con título profesional y por la gracia de Dios y la Constitución de SS. MM. y AA., y en su virtud continúo sacando...»

– No se saca ya ni un pelo, cuanto menos un quijal, á nadie de este mundo, tan y mientras no venga usted á sacarle el mismo juicio á mi más estimado amigo.

– Pues no es eso sino continuar ejerciendo; estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

– Vamos allá.

– Quisiera saber previamente, – dijo luego el charlatán, – qué casta de pájaro es el paciente; porque según sea su casta, así será mi procedimiento científico y así también serán mis honorarios. A cada categoría de pacientes aplicamos su instrumento respectivo: al pobre de solemnidad, que es parroquiano gratis, las tenazas; al que puede dar más que las gracias, los alicates; al que dar puede una peseta, el gatillo, y al que tiene para dar un duro, la llave inglesa. Ahora bien, vuelvo á preguntar: ¿Qué casta de pájaro es ese amigo?

– Es un pájaro de cuenta, – contestó enfáticamente el alcalde.

– Llave inglesa, pues.

– Y si tiene usted otra superior, aunque valga un duro más...

– Superioridad no hay ya ninguna, á no ser las de San Pedro; pero por el duro más, le aplicaré toda la superioridad de mi ciencia.

– A la mano de Dios.

Y llegamos á la casa de la novia, en cuya sala estaba el paciente, hundido en una poltrona con todo el abandono de quien tiene la salud atravesada por el agudo puñal de un dolor de muelas.

Con esto, ni él se fijó en el charlatán, ni el charlatán pudo fijarse en él, que tenía la dolorida cara entre las manos...

El cirujano de SS. MM. y AA. se inclinó profundamente al entrar, haciendo por la primera vez de su vida un saludo sin palabras, saludo inverosímil que falseaba el carácter, pero, con todo eso, no dejaba de estar en situación.

Después, armado de todas armas, digámoslo así, pues empuñaba la llave inglesa, llave que, como dijo el profesor, no reconoce superioridad sino en las de San Pedro, y seguido en primer término por la novia y la suegra, en segundo por el alcalde y en último por unos cuantos amigos de la casa, se acercó al paciente y tocándole en el hombro, le dijo cortésmente:

– Estoy á las órdenes de usted.

El paciente se incorporó al aviso, descubriéndose á la vez la cara.

– ¡Ah! – exclamaron sorda y simultáneamente ambos á dos charlatanes.

Se habían reconocido.

Los circunstantes tomamos la exclamación por un quejido, refiriéndola al doliente; refiriéndola al sacamuelas, nos pareció hasta absurda, como quiera que él ejercía siempre sin dolor.

Con todo eso, no hicimos alto en tan ligero incidente, tanto más cuanto los dos charlatanes tomaron el prudente partido de disimular, aprestándose el uno á operar y el otro á someterse al sacrificio.

– No le haga usted mucho daño, – encargó la flévil novia.

– Ni mucho ni poco, – añadió el alcalde, como reconviniendo; – está ajustado en un duro más que no ha de hacerle ninguno.

– Ninguno, – contestó el sacamuelas con tan imperceptible sonrisa, que no alteró su heróica seriedad.

Y el maldito, á pesar del encargo de la novia y del recuerdo del alcalde, dió unos pasos retrógrados, dejó la llave inglesa en su estuche, tomó no ya el gatillo, ni los perros alicates siquiera, sino la última categoría de sus instrumentos, las tenazas, y volvió cerca del paciente.

– ¿Cuál es la muela dañada? – le preguntó con voz afectuosa, digámoslo así.

El doliente le indicó una de las del juicio.

El sacamuelas aplicó sus tenazas á otra que no tenía cosa de eso, esto es, cosa de daño, á la que no le dolía ni le había dolido nunca, á la más sana de todas, y muy luego vino afuera, aunque no á dos ni tres tirones.

Aunque el dolor fué supremo, hubo de sufrirlo el doliente sin proferir una queja, con un disimulo heróico; lo cual dió propicia ocasión al sacamuelas para confirmar con una prueba más su prodigiosa habilidad en presencia de irrecusables testigos.

– ¡Sin dolor! – dijo el ladino, mostrando la muela sana en sus pésimas tenazas. – ¡Sin dolor!

– ¡ Del sacamuelas! – gritó ahora el doliente entre sollozos echando á rodar su disimulo.

Ante este descrédito, acabó de vengarse el sacamuelas revelando...

Pero esto no cabe en un cuadro ya acabado.

¿Qué nos importa que el seudo ingeniero tuviera ó no obligaciones de conciencia con una hermana del sacamuelas?

VI

Cuatro palabras más.

Los que seriamente se consagran al estudio de la odontología no deben darse aquí por aludidos; esos, como todos los hombres de ciencia, no son charlatanes, sino pensadores, ni por más que saquen, son tampoco sacamuelas, son dentistas.

Hay dentistas alemanes doctorados en medicina y cirugía; no sino un dentista americano fué el que hizo en las muelas el primer ensayo anestésico para operar sin dolor, y hay bastantes dentistas españoles que, sin ser inventores, realizan diariamente ese verdadero milagro, suspendiendo, mientras operan, la sensibilidad del paciente, no con el empirismo y garrulería del charlatán, sino con la ciencia y conciencia del modesto y reservado profesor.

Hecha esta necesaria salvedad, para la cual pedimos la palabra, después de agotado el asunto, no tenemos más que decir, á no ser también sacamuelas.

C. NAVARRO

CASAS Y HABITANTES DE STAGNO

dibujos tomados del natural por E. Cecconi

No era Stagno una ciudad, ni un pueblo, ni tampoco un caserío; cuando más, se le hubiera podido llamar un distrito, ateniéndose estrictamente á las reglas observadas por los que forman los censos de población. Diez ó doce casas y cabañas diseminadas al acaso, según las necesidades de la localidad, ocupaban los espacios de terreno menos accesibles á las inundaciones, y aun en ellos había numerosos diques y canales que conducían las aguas al río Calambrone, que en su lento curso dejaba pocos sitios útiles para establecer viviendas humanas.

La casa más grande era una antigua mansión señorial, hoy ruinosa, á la que los restauradores habían procurado varias veces devolver su primitivo aspecto, sin conseguir otra cosa más que mutilar el estilo, disminuyendo la solidez del conjunto. En el vetusto edificio se albergaron varias familias pobres, unidas por lazos de parentesco; otras construyeron cabañas al rededor de un molino, en la encrucijada que hay entre los caminos de Florencia y de Pisa; y las últimas que llegaron instaláronse á orillas del agua, sin temor á la inundación ni á las perniciosas emanaciones de los canales. En Stagno no había ningún centro común ni punto de reunión para los habitantes; faltaba también la iglesia y el café, tan conveniente para distraerse un rato los domingos y días de fiesta, y naturalmente, tampoco había escuela, ni botica, ni médico ni sacerdote; bien es verdad que tampoco se hubiera sabido qué hacer con estas superfluidades de la civilización. Los habitantes podían pescar anguilas sin que se les enseñase á leer y escribir; todos sabían cómo curarse de un dolor de cabeza; y en caso de grave peligro, bastaba enviar un expreso al hospital de Leghorn, donde había médicos y sacerdotes suficientes para morir en debida forma con la conciencia tranquila.

Y de este modo, sin necesitar nada de la civilización, sin pedirla tampoco cosa alguna, los naturales de Stagno parecían satisfechos con la singular existencia que la naturaleza del suelo les impusiera desde un principio y que la costumbre y el aislamiento habían arraigado. Para aquella gente era desconocido el método en la vida; trabajaban cuando encontraban qué hacer, pero sólo para satisfacer sus necesidades, no por virtud, ni por gusto, y desagradábales sobre todo la regularidad en cualquiera ocupación.

Los de Stagno eran habitantes del bosque ó del pantano, según donde habían nacido; pero á causa del carácter esencial de los recursos que podían hallarse en tales localidades, no era posible que las mismas ocupaciones facilitasen la subsistencia todo el año, ni menos en todo tiempo, y de consiguiente hacíase preciso cambiarlas muy á menudo, tanto más cuanto que no se podía contar con



PESCADORA DE STAGNO

ninguna cosa segura para el porvenir, conviniendo también por lo mismo reservarse medios para hacer frente á las eventualidades, que en la vida son tan frecuentes, en el caso de que las circunstancias dieran al traste con los planes mejor combinados.

Ya hemos dado á conocer superficialmente las figuras, y ahora bosquejaremos el país, que debe formar el fondo de nuestro cuadro.

Distante sólo nueve millas de Pisa, tres de Leghorn y otras tantas del mar, con el que no estaba en comunicación por ningún camino, el grupo de casas que tomó el nombre de Stagno, sin duda por hallarse en la inmediación de un estanque, hallábase en una verde llanura cortada por canales que se extienden desde la Maremma pisana, contigua á los bosques *(rombolo)*, es decir desde el estuario del Calambrone hasta las desembocaduras del Arno. Anchos pantanos, cuya superficie líquida cubrían en parte altas yerbas, y estrechas corrientes de agua, que con suave murmullo iban á morir en el mar, cortaban el terreno, donde una exuberante vegetación se desarrollaba vigorosamente; de tal modo que los bejucos, la madreselva, los helechos y las plantas trepadoras formaban inextricables espesuras. En el espacio de treinta y seis millas de esta singular región sólo había diez viviendas ocupadas, y en el fondo del bosque veíase la mísera casilla destinada en otro tiempo para los guardabosques de Su Eminencia el arzobispo, donde éstos acostumbraban á pasar el tiempo jugándose el jornal que pretendían haber ganado. En la orilla del mar una especie de torreón llamado Mezza Piaziva, servía de cuartel general á los empleados de la Aduana, que también mataban allí sus ratos de ocio tirando de la oreja á Jorge; mientras que los contrabandistas introducían continuamente, con toda tranquilidad, sus cargamentos de tabaco, sal, vino y licores.

Fuera de los empleados oficiales del arzobispo y del gobierno á que nos referimos, raro era encontrar en la región un ser humano, y por lo mismo abundaban los animales salvajes, particularmente osos y jabalíes. En cuanto á los pantanos pertenecían á las reservas del Gran Duque de Coltano; pero á causa de la indiferencia con que en Toscana se miran los derechos de propiedad, los merodeadores los invadían sin escrúpulo cuando las aguas estaban bajas, y con toda libertad cuando subían. Los de Stagno no hubieran podido encontrar en el bosque ni en los pantanos una ocupación continua, pero ni aun para lo poco que había que hacer manifestaban la menor disposición, y en vez de dedicarse á la agricultura, asegurándose con ella hasta cierto punto un modo de vivir, preferían los trabajos casuales. Raro era que en los meses de mayo ó junio los hombres y las mujeres se avinieran á segar el heno, y aun entonces nunca descuidaban los pantanos. Durante el resto del año, dedicábanse principalmente á la caza y á la pesca, ocupándose en ésta más ó menos, según la cantidad de peces que penetraban por los diques. Los cazadores invadían las reservas, lo mismo de noche que de día, cuando llegaba la estación, con la mayor tranquilidad, sin cuidarse en lo más mínimo de los derechos del propietario. Sin embargo, estas ocupaciones no bastaban siempre para la subsistencia y cuando así sucedía hombres y mujeres iban á buscar espárragos silvestres, setas, ranas, culebras, huevos de faisán y sanguijuelas; ó bien acechaban la ocasión más oportuna para emprender una excursión de merodeo por el bosque, donde cogían piñas y cortaban leña en abundancia.

A pesar de estas múltiples ocupaciones, los habitantes de Stagno estaban muy lejos de conocer el bienestar; cierto que rara vez les faltaba el alimento y que, mal ó bien comían, pero bien caro les costaba. Durante las noches de octubre, cuando la familia estaba reunida en su mísera vivienda, nadie podía entregarse al reposo si comenzaba á llover, porque las aguas, penetrando por puertas y ventanas, inundábanlo todo, mientras que el viento destruía en parte el frágil tejado. En la estación calurosa, las mujeres, sufriendo los ardores de un sol canicular, permanecían horas enteras en los pantanos con el agua á media pierna para coger sanguijuelas, operación que les costaba no pocas heridas y padecimientos; y cuando iban á los campos á recoger el heno, érales preciso cargar con los enormes haces para llevarlos á la casa, recorriendo milla sobre milla dobladas bajo su peso. En cuanto á los cazadores, no era mejor su suerte, pues en las heladas noches de diciembre debían ir al bosque y ponerse al acecho á veces para no coger nada, y al rayar la aurora volvían á sus casas yertos de frío. Añádase á esto que en aquella región reinaba la fiebre como soberana, fiebre mortal para aquellos á quienes acometía; y que las inundaciones arrebataban con frecuencia muchas cabezas de ganado á los que no tenían más bienes que sus animales, cuando no ponían en grave peligro la existencia de las personas. Raro era el año en que las aguas no ocasionaban alguna víctima.

A pesar de todas sus penalidades, de sus frecuentes privaciones y de su precaria existencia, los habitantes de Stagno, que tenían sobrados motivos para cambiar de residencia, ni siquiera pensaban remotamente en tal cosa; para ellos no había más mundo que aquella región, y por nada la hubieran dejado. Hábiles cazadores y pescadores endurecidos en el trabajo, pero el trabajo independiente, sin trabas, sin jornales fijos y sin amos; amantes de su libertad y acostumbrados á su aislamiento, juzgábanse felices en medio de todo y con nadie habrían cambiado su suerte. No se hubiera podido dudar, en efecto, que eran dichosos, pues aunque pobres, se complacían á veces en hacer alguna obra de caridad, tan generosamente como si fueran ricos, y además distinguíanse por su carácter hospitalario y sus generosos sentimientos.

En cuanto á las mujeres, su cooperación en casi todos los trabajos de los hombres, y el beneficio que reportaban con el suyo propio, eran circunstancias más que suficientes para que se las dispensaran más consideraciones que á las campesinas de todos los países en general. Por otra parte, bien parecidas generalmente, y mejor desarrolladas, ofrecían demasiados atractivos para no encontrar pronto un honrado compañero con quien compartir su existencia, y así es que no tardaban en casarse.

Pero ¡ay! ¡Stagno ha dejado de existir! Los terrenos que ocupaba pasaron al dominio de la Corona, y ahora están vigilados por un ejército de guardas; los bosques vírgenes, donde inútilmente se hubiera buscado una salida sin el hilo mágico de Ariadna, están cortados ahora por anchos caminos, y los habitantes de Stagno han desaparecido, porque en aquella región no era ya posible la vida de hace treinta años, habiendo cambiado todas las condiciones.

Como apóstoles del progreso, admitimos que es lógico y necesario que desaparezcan las primitivas formas de la vida; pero como amantes de lo bello y original, no podemos menos de reconocer que todos los cambios y *mejoras* son tristes; y al ver que el hombre natural ha de ceder su puesto al simple labrador y al mecánico, lamentamos aún el pasado que no puede volver.

Los grabados del presente artículo representan varios tipos de los habitantes de Stagno; el primero, un cazador y pescador; el segundo, unas campesinas entregadas al *dolce far niente;* el tercero una segadora; el cuarto, varios animales sorprendidos por la inundación, y el quinto una pescadora de sanguijuelas.

(Tomado del *The Art Journal.)*

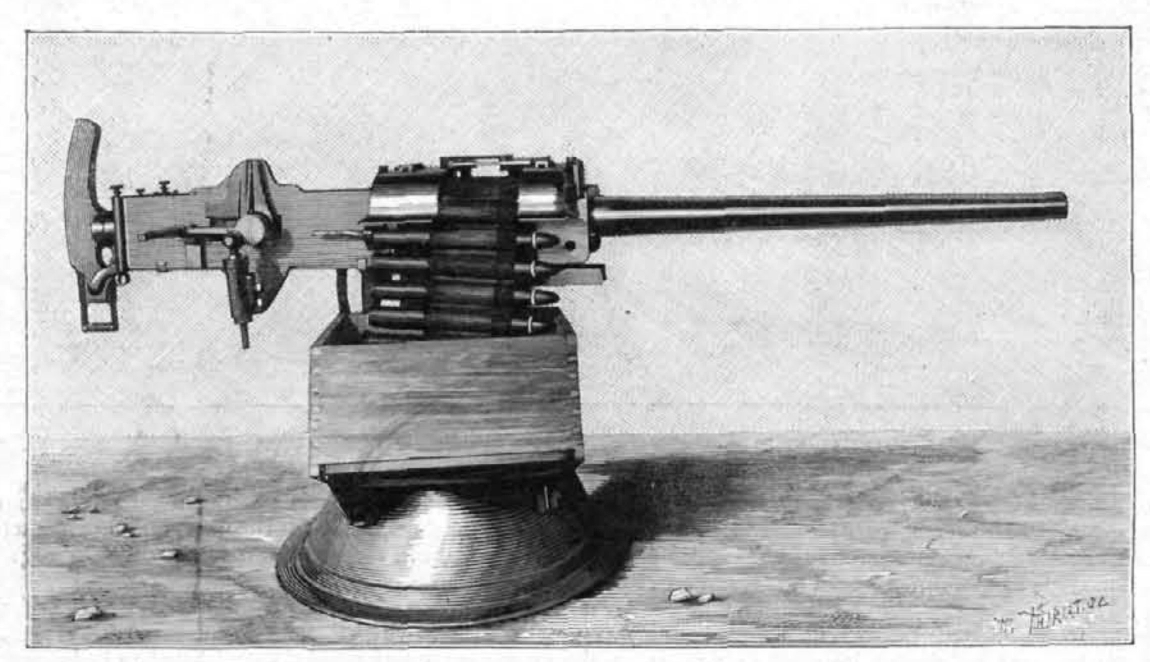


Fig. 1.—Cañón repetidor de M. Maxim (de una fotografía)

CAÑÓN REPETIDOR

DE M. MAXIM

Hace muchos años que se conoce la *ametralladora fusil* automática *(self acting machine gun)* del ingeniero americano Maxim, así en lo referente á su organización como en su manera de funcionar. Sabido es que este aparato, en el que no se emplea otra fuerza motriz que la de su propio retroceso, requiere cartuchos del fusil francés Gras, modelo de 1874; que con él se disparan *seiscientos* tiros por minuto, ó sean *diez* por segundo, máximum de su velocidad, y que después de los muchos y satisfactorios resultados que han dado los experimentos que se han hecho con la ametralladora-fusil, no es prematuro asegurar que se obtendrán grandes ventajas en las operaciones de la guerra, y que puede emplearse con éxito, ya para mantener la ofensiva, ya para ocupar una posición defensiva con pequeñas fuerzas; ora para lanzar muchos proyectiles á un punto accesible al enemigo, ora para reemplazar los parapetos en los buques de guerra; bien para defender las obras de fortificación, bien para varios otros usos.

Hoy damos á conocer á nuestros lectores otro descubrimiento de M. Maxim, el de un cañón de repetición, de tiro rápido y automático como el de la ametralladora-fusil.

El cañón que representa la fig. 1.ª, tomada de una fotografía de los talleres del autor, tiene un calibre de 37 milímetros, y su parte más ancha, que es la de la cámara de los proyectiles, se halla unida por dos muelles de acero, que sirven de soporte y de guía á la culata movible. Esta culata, que contiene todo lo concerniente al aparato de percusión, como es gatillo, muelle, etc., se llama *móvil*, por lo mismo que puede moverse automáticamente por medio de un árbol angular que gira entre sus muelles, al que va unida una empuñadura con cuya ayuda el operador maneja con la mayor facilidad todo el aparato. Los muelles y el cañón están dispuestos de manera que pueden moverse en una funda de cobre de la que forman parte los muñones.

De igual modo que en la ametralladora-fusil, los cartuchos del cañón Maxim, de 37 milímetros, están colocados, uno al lado de otro, en una especie de cinturón. Las piezas y las municiones del aparato están á merced del artillero que apunta, porque el servicio del cañón no exige más que un solo hombre y éste no necesita emplear más que una sola mano.

El tiro puede hacerse de dos distintos modos: ó *con la mano* ó *automáticamente*, y esto último á voluntad. En el primer caso, el apuntador sólo tiene necesidad de mover un muelle que está independiente de la culata; en el segundo, la pieza obedece al movimiento del árbol angular que se mueve á sí mismo en virtud de la fuerza del retroceso. Sin embargo, si se quiere que el aparato funcione automáticamente se necesita cebarle, lo que se consigue disparando el primer tiro con la mano.

Veamos ahora la manera de funcionar el cañón.

El que dispara mueve la empuñadura del árbol angular dirigiendo la culata (fig. 2) é introduciendo de ese modo en el cañón el primer tiro del cinturón. Cargado así el cañón, mueve el gatillo... y se produce el primer disparo. Cuando el primer proyectil se ha disparado, retrocede, ó mejor dicho, gira el cañón y se mueven los muelles que le mantienen sujeto, haciéndolo á la vez el árbol angular, que da dos medias vueltas.

Cuando se efectúa la primera, retrocede la culata móvil, saca fuera el cartucho vacío y toma un cartucho cargado en el *distributor*. En la segunda media vuelta, expulsa el cartucho vacío é introduce el cargado en el cañón quedando colocado en el disparador.

Y así sucesivamente se van disparando todos los tiros del cinturón, con una velocidad que puede regularse á voluntad, cuyo máximum alcanza á *doscientos* tiros por minuto, ó sean tres por segundo, con la circunstancia de que el artillero que apunta puede impedir el movimiento cuando lo crea oportuno para el cambio de la dirección del tiro; y una vez que ha efectuado la nueva dirección, puede por medio de su mano hacer que continúe funcionando el cañón.

En resumen: el principio de construcción del cañón repetidor es muy ingenioso y la organización muy sencilla; la pieza es ligera y está bien equilibrada; el manejo es poco complicado, y el disparo rápido.

El cañón de repetición de Maxim, de 37 milímetros, está llamado á prestar ventajosos servicios, especialmente en la marina, pues sabida es la importancia de resolver el problema de la protección de los buques de guerra contra los ataques de los torpederos cuya marcha es de 25 millas por hora. El nuevo cañón satisface todas las condiciones de una prudente defensa.

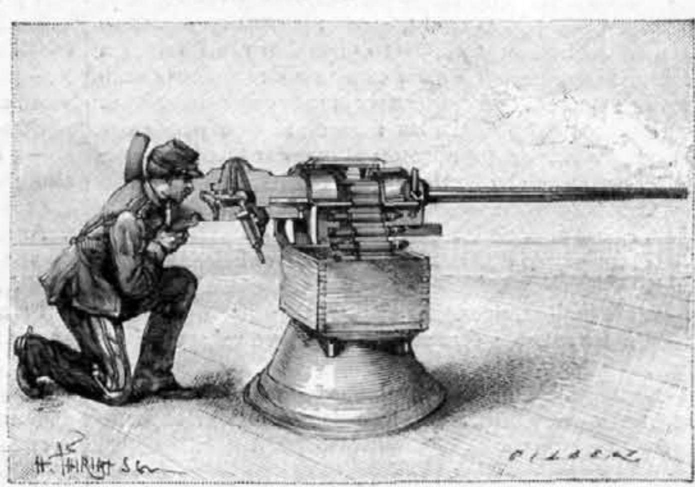


Fig. 2.—Modo de funcionar el cañón para que se efectúen los disparos

HENNEBERT

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1886 — NUM. 259

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI, primer gobernador español de las islas Filipinas

Copia de un cuadro de J. Luna

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.*— *Episodios cómicos de un viaje á Rusia* (continuación), por don Nicolás Díaz de Benjumea.—*El placer de los dioses*, por don A. Sánchez Pérez.—*El puente rodado de Saint-Maló*, por G. Tissandier.—*Efectos fisiológicos de la presión del aire*, por don E. Benot.

GRABADOS.—*Miguel López de Legaspi, primer gobernador español de las islas Filipinas*, copia de un cuadro de J. Luna.—*El miedo*, dibujo de J. Wopfner.—*Idilio entre pescadores*, cuadro de Falkenberg.—*Los tigres jóvenes y el perro en el Jardín Zoológico de Berlín*, cuadro de R. Freise.—*El pacto de sangre*, ceremonia verificada entre el gobernador español de Filipinas Miguel López de Legaspi y Sicatuna, reyezuelo de las citadas islas, copia de un cuadro de J. Luna.—*El puente rodado de Saint-Maló, en baja marea.* – *El puente rodado de Saint-Maló, en marea alta.*—*España y las islas Filipinas (alegoría)*, cuadro de J. Luna.—*Suplemento Artístico: Bodas de un príncipe español en el siglo XV*, cuadro de Barbudo.

NUESTROS GRABADOS

MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI.—EL PACTO DE SANGRE
cuadros de J. Luna

Felipe II, dueño ya de la monarquía española, concibió desde luego la resolución de proseguir la obra comenzada por el portugués Hernando de Magallanes, empresa que tanta gloria había de dar á su corona y á la cual le estrechaba aún más, la idea de llevar su nombre las islas hasta entonces reducidas y descubiertas, llamadas así por Ruy López de Villalobos.

Obedecidas las órdenes estrechas que D. Luis de Velasco, virrey de Méjico en aquella época, recibiera de su soberano, se aprestó una sólida escuadra compuesta de cuatro buques. Era necesario entonces para mandarla un hombre que reuniera en sí no sólo las cualidades de un hábil y aguerrido soldado, sino también adiestrado en la profundidad de miras políticas, que supiese con cautela evitar los escollos que algunas veces empañan el brillo de las conquistas. Procedióse á la designación de jefe y fué nombrado, con el título de adelantado, D. Miguel López de Legaspi, de una familia ilustre de Vizcaya, escribano mayor y alcalde ordinario de la ciudad de Méjico.

Salió la expedición del puerto de Natividad (Méjico) el 21 de noviembre de 1564, y el 9 de enero del siguiente año dió vista á una isla que denominó de los Barbudos, y dirigiendo el rumbo hacia el Oeste, fondeó el 22 del propio mes en las de los Ladrones ó Marianas, siguiendo el 3 su derrotero.

A los diez días avistó Legaspi las playas Filipinas, dando el nombre de Buena señal á la isla que aun lo conserva, y después de infinidad de peligros, la escuadra fondeó en Tandaya y Abuyo, en donde Miguel López de Legaspi requirió de paz á los naturales, ofreciéndoles pagar bien, si les facilitaban provisiones de que estaban muy necesitados.

Sin embargo de estos ofrecimientos, los naturales rehusaron toda especie de trato con los expedicionarios; circunstancia que llamó la atención de Legaspi, quien no podía comprender el origen de tan extraña mudanza y temía por el porvenir de la armada, si desgraciadamente llegaban á faltarla provisiones. Afortunadamente un incidente providencial vino á explicarle la causa verdadera del retraimiento de los naturales.

Habiendo ido á reconocer el maestre de campo Mateo del Sanz, por orden de Legaspi, un junco borneo, trabóse entre los españoles y la tripulación de éste un rudo combate, que terminó, entregándose el piloto y seis hombres más que lo tripulaban, sin hacer resistencia. Conducidos éstos á la presencia de Legaspi, dispuso éste se les volviera á su buque con todos los efectos que les hubiesen apresado; proceder á que quedaron tan agradecidos que facilitaron espontáneamente importantes noticias. El retraimiento advertido en los filipinos consistía, según ellos, en que hacía dos años que una escuadra portuguesa procedente de las Islas Molucas ó de la Especiería, había causado en el territorio grandes destrozos y extorsiones á los naturales, y como éstos no distinguían á los españoles de los portugueses, de aquí el recelo con que los miraban.

Para desvanecer tan desagradable impresión, comisionó Legaspi agentes de entre ellos para que procurasen por todos los medios posibles atraer á su nave á Sicatuna, reyezuelo de mucho prestigio en la tierra por su valor, con el objeto de asentar paces con él. Agradecido aquel príncipe á los nobles sentimientos del general español, acudió con premura al llamamiento, admitiendo con verdadero placer la amistad con que se le brindaba.

El pacto más firme y solemne usado por aquellos isleños se reducía á sacarse del brazo derecho las partes contratantes una pequeña cantidad de sangre que se echaba en un vaso con agua ó vino, bebiendo uno la sangre del otro. A tal fórmula hubo de sujetarse el general de nuestra armada, á trueque de no despertar con la negativa la suspicacia de aquellos naturales, recelosos de las intenciones de sus nuevos huéspedes.

Verificóse, pues, la ceremonia con todas las formalidades de estilo; y llegado el momento de ratificar el trato, se sangraron al mismo tiempo Legaspi y Sicatuna, bebiendo éste la sangre de aquél y viceversa, por cuyo extraño acto se alcanzó de la manera más completa que tanto los boholanos, como los de otras islas, perdiesen el recelo que tenían de los españoles, acostumbrándoles á que viesen en ellos no enemigos sino protectores, y fué, puede decirse, la base en que estribaron importantes operaciones de reducción, felizmente comprendidas y ejecutadas por el prudente caudillo de la armada española.

Desde esta época la reducción de las islas corrió á tan feliz término sin obstáculos que la detuviesen, cuando el 23 de junio de 1569 arribó al puerto de Cavite una escuadra al mando del capitán Juan de la Isla, por la que recibió despachos del rey en los que se le prevenía, tomase posesión del territorio en nombre de la corona de España. Inmediatamente se trasladó el adelantado á Cebú, fundando allí una ciudad que se llamó Ciudad del santo Nombre de Dios en conmemoración del santo niño de Cebú, que se venera en dicha ciudad, imagen hallada por los españoles.

Preparóse Legaspi á la reducción de la isla de Luzón partiendo de Panay el 15 de abril de 1570, y sin contratiempos dignos de referirse, llegó al puerto de Cavite, cuyos habitantes se presentaron espontáneamente como súbditos del rey de España. Dirigió luego sus miras á reducir á los tagalos, pueblo numeroso y de bélica inclinación; pero éstos, contra lo que era de esperar, no hicieron el menor alarde de resistencia, de cuya favorable circunstancia supo Legaspi sacar el mejor partido posible en favor de la empresa que se le había confiado.

Producto de su sistema conciliador y benéfico, fueron las presentaciones del rajá Matanda y de su sobrino Solimán, personajes de mucha influencia entre los tagalos, los cuales quedaron tan complacidos de las demostraciones de afecto é interés que les fueron prodigados por el gobernador que ambos reconocieron la soberanía de España.

Cimentada la paz de la manera que hemos visto, era llegado el momento de proceder á fundar una ciudad que fuera la capital de estas hermosas islas; el punto designado fué Manila y el 19 de mayo de 1571, fué el señalado para tomar posesión de la ciudad.

Después de haber sido fundada Manila, el rajá Solimán formó una liga contra los españoles, compuesta del reyezuelo de Tondo, Lacandola, pero fué sofocada por Martín de Goiti á tiempo de evitar mayores males. El general español perdonó á todos por medio de una amnistía; y este acto de clemencia causó tanta admiración en aquellas gentes, que las poblaciones de los alrededores acudieron presurosas á rendir vasallaje al rey de España.

Tal era el feliz estado de adelantamiento en que se encontraba la pacificación de estas islas, cuando el 20 de agosto de 1572, á los quince meses de la fundación de Manila, falleció casi repentinamente el primer gobernador de las mismas D. Miguel López de Legaspi á consecuencia, según consignan las crónicas, de un disgusto que le originó el desempeño de su empleo. Como no podía menos de suceder, su muerte fué vivamente sentida de todas las clases en general que conocían sus relevantes prendas, y dejaba un vacío inmenso imposible de llenar cual exigía la situación por que atravesaba el país.

Siete años iban trascurridos desde su arribo á estas islas y en tan breve período ya se encontraban reducidas á la obediencia la mayor parte de las islas de Luzón y Visayas, sin que tan sorprendentes resultados se obtuviesen por medios violentos. Una política inteligente y previsora y el influjo de la razón sobre la inteligencia, fueron las únicas armas que se emplearon para reducir tantos miles de almas esparcidas en un dilatado territorio.

Legaspi no fué sólo un hábil soldado: pues las negociaciones comerciales entabladas por él con el virrey de Fockina dieron importancia á las transacciones mercantiles entre Filipinas y China. Adiestrado con la experiencia de los sucesos que tuvieron lugar en las conquistas de Méjico y el Perú, sus huestes no ofrecieron jamás motivos á agria censura.

Los restos mortales de tan insigne varón, en quien empieza á contarse la serie de gobernadores de Filipinas, existen depositados en la capilla de San Fausto de la iglesia de S. Agustín de Manila.

EL MIEDO, dibujo de J. Wopfner

Algo extraordinario ocurre que alarma á esas débiles criaturas. Quizás el huracán estremece la endeble cabaña, quizás alguna alimaña dañina ha asaltado el desprovisto corral. Ello es que el miedo se ha apoderado de la anciana y de sus nietecitas, revistiendo en cada una de ellas distintas proporciones, desde la simple alarma hasta el terror. Es un dibujo hecho de mano hábil, como los ejecutan solamente aquellos que dominan el arte.

IDILIO ENTRE PESCADORES,
cuadro de Falkenberg

El trabajo del pescador es rudo: esto le hace más agradable el descanso. Es, además, peligroso: el mar que le proporciona el sustento, parece algunas veces como si quisiera vengarse en un día del yugo que el pescador le ha impuesto durante muchos años. Por esto cada vez que el marino se aleja de la playa, un pensamiento horrible tortura su imaginación: ¿volverá á ver á su familia?

Y obedeciendo á esta misma duda, duda espantosa por cierto, la amante esposa, á la caída de la tarde, cuando el sol poniente la recuerda que el pescador debe estar muy próximo á la orilla, sale al encuentro del amado de su corazón, le envía á distancia un apasionado beso, entona la misma canción que el viento la trasmite desde los labios de su marido; y apenas éste toma tierra se cuelga de su brazo y ambos emprenden el camino solitario de su cabaña sin decirse una palabra, porque las palabras distan mucho de valer lo que valen los ojos cuando se trata de expresar un sentimiento puro, noble, íntimo.

Esta situación del ánimo que hace de dos rústicos personajes los héroes de un verdadero idilio, sin que ellos mismos lo sospechen, ha sido perfectamente interpretada por Falkenberg en este cuadro lleno de tranquilidad, de amor y de poesía.

LOS TIGRES JÓVENES Y EL PERRO,
cuadro de R. Freise

Este cuadro está tomado del natural en el Jardín Zoológico de Berlín, por un artista que ha copiado acertadamente á los terribles felinos y á su inverosímil tirano. Es por cierto singular el espectáculo, muy común en las menajerías, de un perrito indefenso que lejos de temblar y morirse de miedo en la sociedad de animales carniceros, no sólo vive y engorda en su compañía, sino que les provoca y acaba por imponer su voluntad y sus caprichos. ¿Será que la inocencia y la debilidad constituyan un título al respeto de las mismas fieras? No nos atreveríamos á sostenerlo y menos tratándose de tigres, que son por naturaleza sangrientos y traidores. El hecho, sin embargo, existe; y Freise lo ha aprovechado para hacer un buen estudio.

Los felinos parecen haberse despojado de su fiereza y con sus actitudes animan al huésped que podrían destruir con una pequeña zarpada. No son tigres; son gatos juguetones que desmienten aquello de la lucha sempiterna entre los gatos y los perros. La familia *tigrina* debe estar muy agradecida á Freise que la ha defendido contra la preocupación. A pesar de ello, no le aconsejaríamos poner á prueba esa gratitud, ocupando siquiera por breves momentos el lugar del perro de su lienzo.

ESPAÑA Y LAS ISLAS FILIPINAS (ALEGORÍA)
cuadro de J. Luna

En otras ocasiones hemos hecho presentes las dificultades que ofrece expresar un pensamiento por medio de una alegoría. Luna no se ha detenido ante esas dificultades, y las ha casi vencido con talento. Siempre el pensamiento resulta algo oscuro; siempre se prestará á distintas explicaciones ese sol de gloria hacia el cual señala la matrona española; siempre será motivo de interpretaciones el significado de esa escalinata que ascienden las dos amigas. Pero al lado de esas circunstancias, inherentes á la índole de la composición, ¡cuán bien calculada resulta su parte fantástica! ¡cuánta elegancia hay en el trazado de las dos figuras! ¡Cuánta expresión en ellas, á pesar de haber renunciado el autor á la exhibición de sus rostros, que es donde generalmente imprime el artista el sentimiento dominante en sus personajes!

No podemos apreciar este cuadro en toda su importancia porque en él, más que en otros, el color entra por mucho en el efecto de la composición. Pero el autor tiene demostrado su dominio del colorido y sin duda esta alegoría confirmará su merecida reputación.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Bodas de un príncipe español en el siglo XV,
cuadro de S. S. Barbudo

El autor de este notable lienzo es uno de los jóvenes que honran á España en los talleres romanos. Al ilustre Villegas debe sus primeros conocimientos artísticos, y bien puede decirse por esta vez con toda verdad que de tal maestro debía esperarse tal discípulo. Empero, las grandes disposiciones de Barbudo se hubieran probablemente malogrado por falta de medios de fortuna, si su buena suerte no le proporcionara un ilustre Mecenas en el señor Marqués de Castillo, á expensas de quien el modesto hijo de Jerez, que por dura ley de la necesidad había ingresado en la más humilde clase del ejército, pudo buscar y encontrar en la ciudad eterna las fuentes de inspiración y los conocimientos artísticos, que hoy día honran al talento del protegido y á la bien aplicada largueza del protector.

Salvador Sánchez Barbudo ha dado en este cuadro, una muestra ostensible de que así comprende los efectos de conjunto, como cuida esmeradamente de estudiar los detalles de sus personajes, ninguno de los cuales está tratado á la ligera. Hay más, el número de ellos no le estorba (y cuidado que no son pocos los del lienzo) cosa no muy común hasta en los artistas de mucho aliento, á quienes, como á ciertos generales, cuantos más soldados les dan á mandar, más confusión resulta en sus operaciones. Los del cuadro de Barbudo se hallan bien distribuidos, tienen en su mayoría típica expresión, y quizás solamente pudiéramos tildar en este punto la mucha abundancia de damas, de prelados y de curas, y la casi completa ausencia de grandes, de hombres de armas, y del elemento civil, que tomaron siempre parte muy principal en las ceremonias matrimoniales de los príncipes de España.

El lugar de la escena está bien comprendido y perfectamente ejecutado, hasta en sus menores detalles. El autor conoce esas construcciones religiosas del arte gótico, monumentos tan espléndidos como severos con que los cristianos vencedores trataron de eclipsar los palacios de los vencidos.

En el *Matrimonio de un príncipe* un solo personaje nos parece desentonar el cuadro. ¡Lástima que ese personaje sea el protagonista!...

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE A RUSIA

POR DON NICOLÁS DÍAZ BENJUMEA

(Continuación)

Entonces resolví tornar de nuevo á la ópera. Ya que me llevaba el diablo, quería que me llevase con música. Pero aquella vez me propuse agarrar al toro por los cuernos. Apenas le veo, me dirijo á él y le pregunto: – ¿Qué me quieres, sombra vana? – El pobre hombre se mostró sorprendido, se quitó la gorra, desafiando á una temperatura de más de veinte grados Reaumur bajo cero, y movió la cabeza en signo negativo. Creo que le hice la pregunta en seis ó siete idiomas, figurándome que, pues tenía el don de la ubicuidad, pudiera tener el de lenguas; pero á todas contestaba:

– *Niato, niato, ia gabariu pa ruski.*

Quiso la suerte que en aquel momento llegase en un trineo, y pasase junto á mí un joven francés asociado á la casa del opulento banquero el Barón de Stieglitz, á quien tuve ocasión de conocer en el hotel del Norte, de Berlín, en nuestra ruta para San Petersburgo.

– La Providencia le envía á V. – exclamé – hágame el favor de preguntar á este hombre fantasma, qué quiere de mí y por qué me persigue.

El joven habló en ruso á mi perseguidor é interpretando su respuesta, me dijo:

– Este buen hombre me afirma, que no ha visto á usted en los días de su vida, y que hace tres horas que no se mueve de esta plaza. – *Ochienjarashio*, – le dije en ruso, que venía á ser el tercio y quinto de mi capital de lengua moscovita, y significa, «está muy bien.»

Saqué del bolsillo un rublo para dárselo en albricias de tan buena nueva, y al relucir de la plata, creí que me llevaba la mano y el brazo detrás de la moneda. No estoy cierto si llegó á besármela; pero sí que sentí un contacto frío como el hocico de un lebrel, y debía ser la nariz expuesta tantas horas á la intemperie.

Mi amigo quiso saber los antecedentes de aquella escena, y yo prometí revelarle el terrible misterio al día siguiente, si tenía la bondad de favorecerme con su compañía en la mesa. Es un caso grave, añadí. Si este hombre no me sigue, es mi conciencia la que me persigue.

El joven mostró gran curiosidad al oirme estas palabras pronunciadas como maquinalmente, pero no quiso insistir, prometiendo su asistencia al convite.

Cuando tomaba asiento en mi luneta, la overtura y la introducción eran cosas del pasado. ¿Qué quedaba para el porvenir después de estas dos grandes inspiraciones?

Y yo añado á la respuesta del maestro:

– La ópera.

VIII

Gran abismo es el pensamiento humano; pero aun es más insondable el cerebro donde se genera. Las máquinas más sencillas se descomponen á cada paso. ¿Qué no será con esa pequeña cavidad que encierra la máquina más delicada y complicada de la creación? En lo físico, apenas se encuentra un hombre completamente sano. ¿Y es posible que sea de otro modo en lo espiritual? La sociedad sale del paso encerrando á unos cuantos individuos en los manicomios, para hacerse la ilusión, como dice Montesquieu, de que los que andan sueltos son los cuerdos; pero como dijo aquel lunático: «ni son todos los que están, ni están todos los que son.» Entre la locura de los encerrados y un sano juicio existen infinitas categorías de demencias, alucinaciones y pasiones. Por de pronto no puede haber sano juicio sin un conocimiento universal de lo verdadero, lo bueno y lo justo, de donde resulta que lo que llamamos razón, no es más que una ecuación con las circunstancias. Si las locuras ó alucinaciones fuesen como las apoplejías, ataques fulminantes ó repentinos, aún menos malo, porque luego conoceríamos á los atacados y sabríamos guardarnos de ellos. Pero la demencia es un proceso lento. Nace inapercibida y se desarrolla sin crear alarma, hasta que la repetición constante la caracteriza. Los más cuerdos hacen en su vida infinitos actos que, repetidos, constituirán locura confirmada, y no hay juicio, por claro que sea, que no tenga sus alucinaciones. ¡Cuántos monarcas, jueces y autoridades no mandan, juzgan y gobiernan tal vez en vísperas de saltar ese invisible límite!

Las alucinaciones son, si cabe, peores que la locura, pues si bien son transitorias, son también más generales y frecuentes. La historia de la humanidad no es más que un compendio de preocupaciones y fanatismos, sinónimos de demencia y alucinación, hasta el punto que no parece sino que el hombre guiado por la razón para nada sirve

ni se mueve, ni se anima ni se exalta, y sabido es que las grandes cosas y empresas no se llevan á cabo sin el calor del entusiasmo. La fe no es nada si no toca en el fanatismo, ni el valor sin la temeridad, ni el amor sin la fiebre del corazón, ni la ciencia sin la fiebre del espíritu. El honor ha sido una preocupación, la guerra un frenesí, utopías los inventos, aventuras las exploraciones, y entre estos impulsos temerarios que buscan lo desconocido y peligroso y el miedo á los peligros que engendran el espíritu de conservación y el apego á la vida, se balancea la mísera humanidad.

Estas y otras reflexiones semejantes me asaltaron durante la noche y el siguiente día al considerar la respuesta del hombre á quien miraba como mi perseguidor. Llegué hasta persuadirme que el temor por mi seguridad personal era infundado; que la caja de los desventurados libros no había entrado en territorio ruso; que el hombre que me había seguido en mis dos expediciones por la ciudad era una figura de viento, un vapor, una imagen sin existencia en el mundo exterior, en una palabra, que el miedo al destierro en la Siberia había producido en mi cerebro esa alucinación. Bien es verdad, que esa persuasión no salía del terreno de la dialéctica y de la razón. Para mis adentros, no las tenía todas conmigo; porque los sentidos respondían á la lógica: ¿Y el rostro, y el traje y la estatura y la voz? ¿No hay ya en el mundo signos seguros para distinguir la realidad de la nada y del viento?

Pero aun quedaba otro problema que resolver. Concedido que fuese ilusión óptica ó fantasma de antro, ¿porqué toma la figura de un miembro de la policía y no otra manifestación ó apariencia? La persecución política de un gobierno tiránico reviste muchas formas y maneras, más graves, invisibles y temerosas, que la de un simple polizonte que corre inútilmente tras de los trineos y admite rublos y cigarros. Esto era pueril, necio, y sobre todo, infructuoso. Era una muestra bien pobre de organización inquisitorial, una parodia ridícula del sistema tenebroso que ha hecho célebre á la política rusa.

La duda quedaba en pie aunque el miedo lo iba perdiendo. Aquel día tuve carta del apoderado de París y no había una palabra referente al asunto que tanto me preocupaba. Si hubiese remitido el talón, parecía lo natural que dijese: confirmo mi anterior que llevaba el documento para recoger la caja de libros. ¿Qué pensar en este mar de confusiones?

Pero hay un medio muy seguro en estos casos, sólo que la flaca humanidad no sabe aprovecharlo. La gran realidad de esta vida es que todo cambia, se mueve, y se trasforma. Ni el miedo, ni la ilusión, ni el deseo, ni el dolor, ni el placer de ayer son iguales á los de hoy. Cuando una afección del cuerpo ó del ánimo llega á su clímax, ó según la expresión corriente al período álgido, lo natural es que cede. No hay cosa más socorrida que un día detrás de otro. Pues bien, dije yo, este mal mío presente necesita de remedio de péndola. Ande el tiempo, corran las horas y veremos claro.



EL MIEDO, cuadro de J. Wopfner

IX

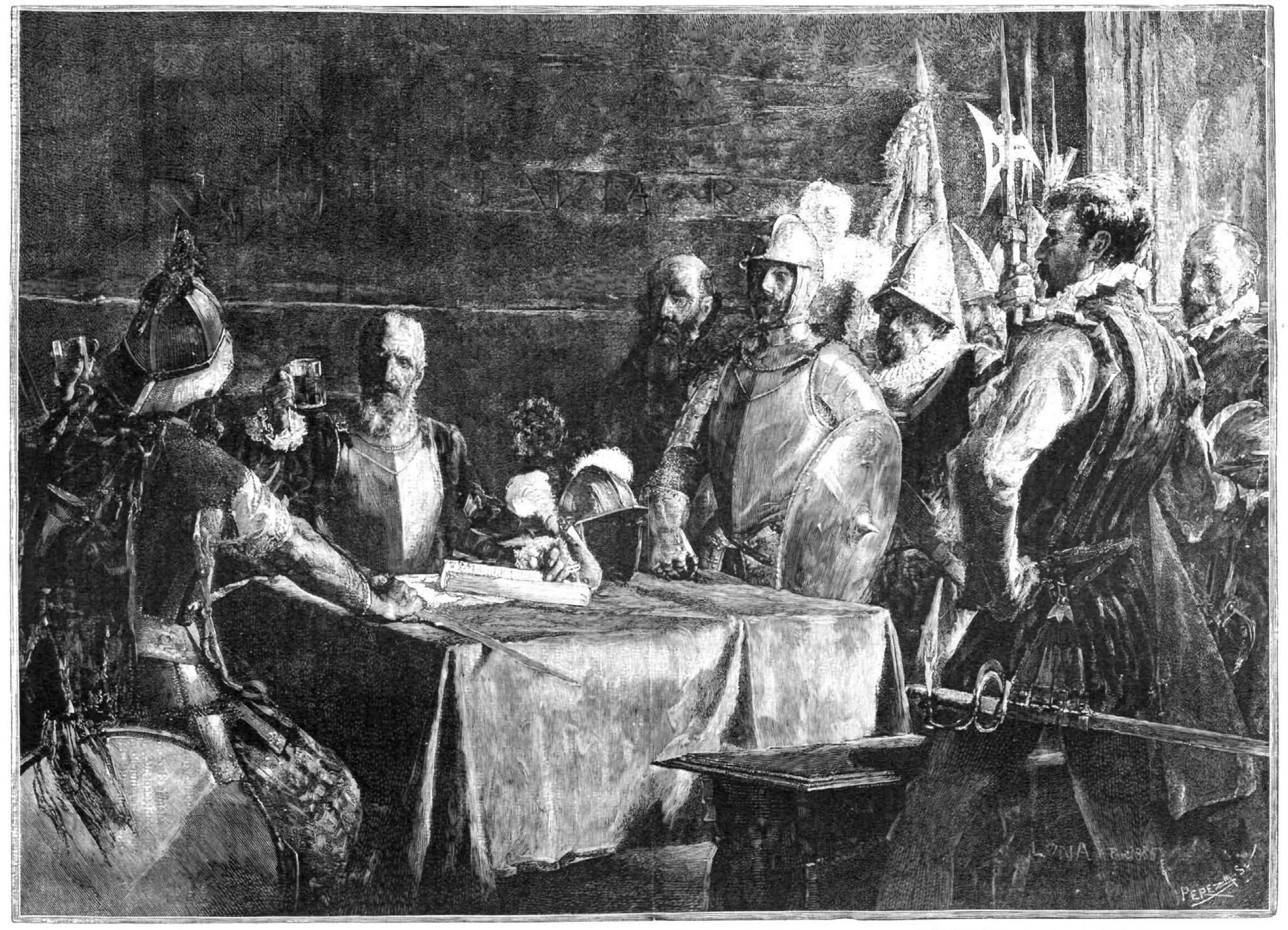
Monsieur de Clairville tuvo la feliz ocurrencia de personarse en la legación á las dos de la tarde, conducido en un elegante trineo y con un cochero que decía él no lo había mejor, fuera del que conduce el carro del rubicundo Apolo, de quien es fama que todavía no ha chocado con el vehículo de ningún otro auriga celeste. Concedo que estos pilotos en tierra firme son muy hábiles en Rusia y que por especiales circunstancias se camina allí más velozmente que en ninguna otra parte; pero conducir un trineo con una ó dos personas por anchas calles, no es lo mismo que conducir un ómnibus al trote de los caballos, con veintiocho personas encima, por las angostas calles de Londres atestadas de carruajes de todo género: *unicuique suum*.

Como el día convidaba con sus veinte grados bajo cero para envolverse en una piel y salir á gozar de los encantos de una ciudad del norte, mi amigo propuso que fuésemos al otro lado del Neva, á recorrer las varias islas, que enlazan pintorescos puentes de madera, y donde hay bellísimas casas de verano, muchas con pretensiones de palacios, y sobre todo, á disfrutar del inefable placer de deslizarnos, ó mejor dicho precipitarnos por «montañas rusas» Los meridionales no sabemos qué hacer con el hielo cuando de tarde en tarde nos visita; pero los rusos le han hecho servir para recreo y diversión nacional. No puede negarse que el hombre tiene ingenio para acomodarse á todo lo que le cae en suerte en esta vida, y aún en la otra; pues al paso que los curas amenazan en los países cálidos con fuego eterno en el infierno, los sacerdotes rusos tienen que pintar este lugar á los pecadores con un frío que hiela los tuétanos.

IDILIO ENTRE PESCADORES, cuadro de Falkenberg



LOS TIGRES JÓVENES Y EL PERRO, cuadro de R. Freise



EL PACTO DE SANGRE, ceremonia verificada entre el gobernador español de Filipinas M. L. Legaspi y Sicatuna, reyezuelo de las citadas islas, (copia de un cuadro de J. Luna.)

Excusado es decir que al montar en el trineo ví á mi sombra, rabo, perseguidor ó fantasma, pero la presencia de mi amigo me hizo refrenar toda manifestación de enojo ó de sorpresa. Atravesamos el magnífico puente de San Nicolás, delante de cuyo santuario se quitó el cochero la gorra de nutria que llevaba hasta las orejas, mientras con la izquierda mano tomó ambas riendas, se puso de pie sobre el pescante y se santiguó á la usanza griega la friolera de una docena de veces, costumbre general de los *isvoshits* cuando pasan por delante de algún templo, capilla ó santuario, y como de éstos está llena la capital sería curioso el cálculo de los que mueren víctimas de su devoción.

Al entrar en aquel archipiélago en miniatura que es la residencia de verano de los petersburgueses, pasamos cerca de un cementerio, donde vimos en derredor de un sepulcro sencillo de piedra, varias personas de ambos sexos, que cantaban, bailaban y bebían sendos tragos de vino.

– Supongo – dije yo, – que esos son los parientes del difunto, porque los extraños no osarían cometer tal profanación en un campo santo.

– En efecto – dijo Mr. Clairville, – y si V. hubiese llegado á esta capital un mes antes, habría podido ver la gran función del día de difuntos exornada con todo el aparato que exige su argumento. El cementerio se convierte en una bacanal; en vez de charcos de lágrimas hay lagunas de vino, y es preciso hacer requisición de todas las ambulancias para trasportar gente ebria incapaz de volver á pie á sus hogares. ¿Qué quiere V.? En cada tierra su uso.

– Ya lo veo, – respondí; – pero creía yo, que en este país clásico del sorbete, las bebidas frías eran las más salutíferas, por cuanto disminuyen el gran calor concentrado en el estómago y lo reparten por todo el cuerpo.

– Así debía ser, amigo mío; pero créame, le digo á mi vez, que no hay gentes más dadas á las bebidas fermentadas y alcohólicas que los habitadores de climas fríos. En mi opinión el ruso es el mayor bebedor en Europa. ¡Es tan dulce contrarrestar el movimiento perezoso de la sangre en estas altas regiones! Vosotros los meridionales tomáis la vida de los rayos del sol, á él debéis vuestro ingenio chispeante. Cualquier otro estímulo artificial os enloquece y mata; pero aquí donde el señor Febo nos mira de soslayo, es preciso que entren á calentar el espíritu los rayos de sol en forma de aguardiente, y que la inspiración se beba en copas de Jerez y entre la chispa con el chispeante y espumoso Champagne.

– Lo que á mí se me figura, – respondí, – es que la embriaguez es achaque de gentes embrutecidas é ignorantes, que se dan á ese placer por falta de otros más delicados y racionales. Cada individuo tiene cierta suma de actividad que ha de emplearse, cierta suma de curiosidad que ha de satisfacerse, y un verdadero derecho al goce espiritual y material, como tiene la obligación de sufrir los males y dolores y contratiempos del cuerpo y del alma. Claro es que, donde faltan los medios legítimos, hay que apelar á los ilegítimos.

Más hubiera dicho sobre este punto, y aun creo que hubiese desarrollado todo un sistema que yo denominaba entonces *de la balanza moral*, como los economistas tienen la suya del comercio y la riqueza, cuando dimos por entonces término á la jornada en una especie de explanada que rodeaban desiertas quintas y *chalets* á la usanza de Suiza. En el centro se elevaban dos altas montañas rusas ó pendientes de hielo sostenido por una armazón de madera, que corrían paralelas aunque en dirección contraria, por espacio, quizás, de un cuarto de milla. Al pie de la más cercana había hasta media docena de trineos y doble número de personas de varias edades, formando el bello sexo la mayoría. Los cocheros hacían su rancho aparte y así los amos como los criados reanimaban el espíritu con sendos tragos, acompañados de fiambres, repuesto que no debe olvidarse en tales excursiones, pues ninguno de los cuervos se cuida de llevar pan, aunque están aquellos lugares tan desiertos como el que habitó San Pablo.

Aquello era una agradable sorpresa que me había preparado Mr. de Clairville, quien dirigiéndose con aire familiar á la alegre compañía, hizo mi presentación en regla. Era, en efecto, la familia de un rico comerciante francés, dueño de uno de los más elegantes bazares de San Petersburgo, en cuyo negocio tenía participación mi amigo, y sacaba de él una pingüe renta, porque fuera de los artículos de industria ordinaria y grosera, los franceses son los grandes proveedores de objetos de lujo en la gran corte del Czar, y llaman á San Petersburgo *la América de Europa*, por los grandes caudales que en ella se hacen en poco tiempo.

Mr. de Clairville era además el prometido de la mayor de las hijas, y con tales antecedentes, júzguese del buen acogimiento que se nos haría, mucho más habiendo aún otras tres jóvenes solteras, que allí estaban embutidas en ricas pieles, por cuya razón nada pude juzgar de sus talles ni gentileza personal. Una mujer envuelta en capuchones y túnicas con las manos enfundadas en anchos guantes sin dediles, y los piés blindados en calzado doble, no puede parecer bien, así sea la diosa Venus en persona. Sin embargo, los ojos y la nariz de una de las jóvenes cautivaban de tal modo, que desearía cualquiera ver llover fuego del cielo, para que cayese á tierra todo aquel envoltorio encubridor sin duda de formas seductoras.

X

La orden del día era el recreo de las montañas rusas, y no pasó mucho tiempo sin que todos se dispusiesen á aquellos viajes en líneas viciosas. Cada montaña es accesible por la espalda por medio de una escalinata de madera, al fin de la cual hay una meseta ó plataforma, á la altura de siete ú ocho metros, en cuyo lado opuesto empieza la pendiente, prolongada al llegar al nivel de la planicie hasta la distancia que se ha dicho, en donde otra montaña igual devuelve al volador trineo al sitio de donde ha salido. El viaje se hace sobre un pequeño taburete prolongado que descansa en dos barras de acero del grueso que suelen tener las de los patines. Sobre él se sienta el viajero á la vez conductor ó timonero de aquella microscópica barquilla, á la cual dirige apoyando las manos sobre el hielo á uno ú otro lado en caso de que tuerza su curso, ayuda de que no necesitan los maestros en el oficio. Los novicios han de sentarse por fuerza en las rodillas de un conductor experimentado, y es costumbre que las jóvenes han de precipitarse en las de un caballero.

El primero que rompió la marcha fué Mr. de Clairville, según dijo para que me sirviese de ilustración ó muestra, y tomando asiento sobre él su futura esposa, ambos cayeron con la velocidad del rayo, viéndose luego un punto negro que se alejaba por la blanca cinta de hielo, hasta que á los pocos instantes, volvía á divisarse, arrojado por la montaña opuesta, creciendo en tamaño y viniendo á anclar en el punto de partida.

Yo debía formar parte de la segunda expedición; pero me humillaba la idea de pedir práctico donde á mi parecer no había escollos.

Tomé, pues, mi trineo y comencé á subir con ánimo resuelto la escalera.

– ¡Cómo! ¿va V. solo? – exclamó asombrado Mr. de Clairville, interponiéndose en mi camino.

– Voy á conquistar el derecho de ir acompañado, – respondí dirigiendo una mirada á la invisible hurí, que también había acudido al ver mi temeraria resolución.

– Piénselo V. bien, – repuso mi amigo, – mire que aquí no basta el valor, es preciso la experiencia.

(Continuará)

EL PLACER DE LOS DIOSES

Así llamaban á la venganza los antiguos y así la llaman los modernos; porque, sin desconocer la ley del progreso, es necesario convenir en que las preocupaciones, cuando han arraigado muy profundamente en las costumbres del pueblo, con dificultad se desechan: juicio de Dios se llamaba el duelo en la Edad media, y si hoy no lo llamamos así, como juicio de Dios lo consideramos cuando á él remitimos la satisfacción de nuestros agravios. Filósofos, moralistas, autores dramáticos, profundos pensadores, escritores sensatos, han anatematizado el duelo, probando, en todos terrenos, su ineficacia como reparación incierta, su injusticia como lucha desigual, su barbarie en todos conceptos; el duelo, en esta cruzada contra él iniciada muchos años hace, no ha tenido un solo defensor: sus impugnadores surgen á cada paso, se multiplican, predican, escriben, peroran; los oyentes y los lectores encuentran excelentes sus razones, hallan incontestables sus argumentos; pero los hombres continúan batiéndose.

Así sucede en todo. Aun los católicos llaman *Minervas* á determinadas procesiones religiosas; aun conservan recuerdos vivos de ciertas fiestas del paganismo; aun repiten, en fin, que *la venganza es el placer de los dioses*, porque asentó tamaño disparate un famoso poeta, no sé si griego ó latino, que no me he curado de averiguarlo: pues para asentar y sostener adefesios y tonterías nos bastamos y nos sobramos los contemporáneos, y no hay para qué ir á buscarlos á épocas remotas, de esas que, según la locución admitida y casi reglamentaria, se pierden en la noche de los tiempos.

Por lo que á mí hace, declaro que no soy vengativo, ni comprendo que pueda serlo nadie. Si dijera que no soy sensible á las injurias que se me infieren, á los agravios que se me hacen, á los daños que intencionada ó injustamente se me causan, mentiría y no tengo por qué mentir ahora. Siento profundamente, con honda y amarga pena, las ofensas que recibo: cuando á lo duro de la ofensa se une, como muchas veces sucede, la ingratitud del ofensor, la injusticia y sinrazón de su proceder, lo miserable y rastrero de los medios empleados para perjudicarme, siento algo interior que me transforma en otro hombre; olvido que para algo tengo el pensamiento; lo olvido todo, y recuerdo sólo el dolor que me abruma, lo inmerecido de mis sufrimientos, la villanía del que me vendió; y si en aquel momento mismo, viese delante de mí al que causó mi mal, sin buscar armas, en las cuales ni remotamente pienso, sin padrinos, sin preliminares de ningún género, me arrojaría sobre él; vigoroso y fuerte habría de ser mi adversario si yo no lograba estrangularle ó deshacerle entre mis manos.

Eso, por fortuna, dura poco; es un extravío, es una excitación nerviosa que luego pasa; la razón recobra sus fueros, la inteligencia torna á imponerse á la voluntad y acaso algunos instantes bastan para probar que ni el asunto tiene la gravedad de que el espíritu acalorado, enardecido le revestía, ni la intención del ofensor fué tan aviesa, ni hay en la cuestión las infamias, las arterías y las traiciones que la imaginación había hecho ver en un principio. En último resultado, si todo eso hay (porque se dan casos en que hay todo eso), yo compadezco al desdichado raquítico de alma, envidioso de condición, pobre de sentimiento, que trató de perjudicarme, que harto trabajo tiene con tales dotes y perdono de todo corazón el agravio. No lo olvido, eso no, lo recuerdo, y ese recuerdo me sirve para preservarme de agravios nuevos; pero ni por un momento me pasa por la imaginación la idea de la venganza, el deseo de gustar del *placer de los dioses*, antes por el contrario, si se me presentara ocasión de hacer un servicio á quien me agravió, no vacilaría en hacérselo.

Algo ha contribuído, y aun mucho, á confirmarme en esta manera de pensar y de proceder, una historia, – triste historia en verdad, – que siendo yo muy joven, casi niño, oí de labios de un anciano achacoso, cuyas palabras y cuyos consejos se grabaron en mi alma con caracteres indelebles.

Comenzaba el mes de setiembre de 1854: preparábame para hacer unas oposiciones, y después de haber consagrado al estudio muchas horas del día y con el fin de dedicarle también algunas de la noche, yo, en busca de aire con que refrescar mis pulmones y de distracción para esparcir el ánimo y dar descanso á la atención, salía diariamente á la caída de la tarde y paseaba una ó dos horas por los sitios más apartados y menos concurridos del Retiro.

Al llegar á las alturas del telégrafo antiguo, encontraba todos los días, sentado en uno de aquellos bancos de piedra, al anciano á quien antes me refería, de ordinario sumido en profundas meditaciones, no nada alegres, á juzgar por la expresión de su semblante, el cual, aun con ser triste, más que triste lúgubre, no era repulsivo, antes inspiraba respetuoso cariño: cerca de él jugueteaba siempre, con el aturdimiento, la bulliciosa alegría y el inquieto regocijo de los pocos años, un niño encantador: de cabellos rubios y rizados naturalmente, de ojos azules y grandes, vivos, inquietos, alegres, de sonrisa franca, el chiquillo era una verdadera joya y bastaba verle una vez para quererle entrañablemente.

Yo he sido siempre amante de los niños; cuanto más revoltosos y más traviesos, tanto más me han gustado; no tardé mucho en hacerme gran amigo de mi compañero de paseo.

Por él supe que se llamaba Rafael y que el anciano era su abuelito y se llamaba Pedro: que no tenía más parientes, ni había conocido á sus padres; que su abuelito era muy bueno y le quería muchísimo, aunque estaba siempre muy triste, y que algunas veces cuando entraba de pronto en su cuarto le veía llorando.

Las noticias del niño me interesaron y casi insensiblemente fuí intimando, no solamente con Rafael, sino hasta con su abuelo, á quien el niño me presentó con toda solemnidad, diciéndole que era yo un amigo que le había salido en el paseo.

Como fácilmente se comprende, no cometí la indiscreción de preguntar á Pedro, ó D. Pedro (que así le nombraba yo), la causa de su tristeza; pero una circunstancia casual me hizo conocer pormenores de su vida.

Ocurrió por aquel entonces que un mi amigo (así se llamaba y por tal le tuve), me causó intencionadamente grave daño y aun pretendió causármelo mayor haciendo en mi descrédito y desprestigio cuanto le fué posible. Cuando aquella inesperada traición, que no vacilo en calificar ahora mismo de felonía, llegó á mi noticia, tuve momentos de verdadera locura. Era el primer desengaño que experimentaba, era la infamia primera con que tropezaba en mi vida, y la impresión fué dolorosa y terrible. Trizas habría yo hecho sin vacilación al que tal desaliento y tal desencanto había llevado á mi alma confiada y alegre. Aquello pasó: algo más tranquilo aunque agitado todavía, más como quien obedece por instinto á la fuerza del hábito que como quien realiza conscientemente un acto voluntario, me dirigí al Retiro: encontré allí á mis buenos aunque nuevos amigos, los cuales no pudieron menos de advertir en mí algo que ordinariamente no se advertía. Interrogado con afectuoso interés por D. Pedro, yo, con la ciega confianza que dan los pocos años y en la necesidad de comunicar mis penas á alguien, necesidad que me aguijaba sin que yo me diese cuenta de ello, lo referí todo, sin ocultar los impulsos de venganza que se habían apoderado de mí y que, á decir verdad, todavía no estaban del todo desvanecidos.

Don Pedro, al escucharme, tornóse pálido, púsose convulsivo, y con voz entre imponente y trémula me dijo:

– ¡Oh! amigo mío, nunca, nunca puede ser justa la venganza. Si el corazón nos impulsa hacia ella, desoigamos al corazón, y si él se obstina en hacerse oir, arranquémosle del pecho antes de escucharlo. Nada, ni la más horrible ofensa, ni el agravio más cruel justifica la venganza, acto vil, represalia infame, que no remedia el mal causado y los produce mayores.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, como si en ellas hubiese gastado todas sus fuerzas, dejóse caer sobre el banco y ocultó el rostro entre las manos: Rafael y yo, que le habíamos escuchado con atención y le contemplábamos en silencio, observamos que sollozaba; al poco rato, cogió el anciano con cariñoso trasporte á Rafael, lo sentó sobre sus rodillas, le cubrió de besos, lo acarició durante largo rato y después precipitadamente se despidió de mí, no sin decirme al estrechar mi mano:

– Lo repito, amigo mío, todo menos vengarse: cualquiera cosa, sea la que fuere, es preferible á la venganza.

En honor de la verdad, debo decir que no había yo menester tan enérgicas advertencias para desistir de vengarme, cosa en que, en puridad, no había pensado; pero la conducta del abuelo de Rafael no pudo menos de impresionarme. Así se lo manifesté al día siguiente, expresándole al mismo tiempo que había ya perdonado la ofensa del que se llamó mi amigo y que no pensaba tomar venganza.

– ¡Ah! – replicó, – V. es un joven de nobles sentimien-

tos y de corazón generoso. Veinticuatro horas han bastado para borrar en su alma la impresión del agravio; una semana le sobrará para olvidarlo; ¡desdichados los que como yo acarician el pensamiento de la venganza durante muchos años, y si advierten que el rencor comienza á extinguirse, lo excitan y lo recrudecen con el recuerdo de la injuria! Esos llevan la maldición consigo, van acompañados por la desgracia y hacen desgraciados á los que á su lado viven y con ellos se relacionan.

Vete á jugar y á correr en otro jardín,—dijo á la sazón á Rafael, que estaba cerca de nosotros,—tengo que hablar con este caballero. El niño obedeció, como siempre, sin replicar, y pronto le vimos correteando, olvidado de todo y sin pensar más que en la enorme pelota de goma que le servía de gran entretenimiento.

Entonces, D. Pedro, señalándome á Rafael, que parecía entonces, alumbrado por los oblicuos y amarillentos rayos del sol poniente, una creación de Murillo, me dijo:

– Vea V. ese pobre niño; cuantos le ven, le quieren; los que le tratan, le adoran: es lindísimo, eso lo ve V.; pero es más bueno que hermoso, eso lo sé yo, yo que soy su única familia, toda su familia. Su madre ha muerto, cuando él era todavía demasiado pequeño para conocer lo que perdía; su padre murió sin haber podido dejarle su nombre. Huérfano, sin parientes, sin nombre, tal se halla Rafael, á quien sabe Dios qué sinsabores reserva el porvenir, y todo... todo por una venganza de que me acuso constantemente y por la que yo mismo me habría impuesto sin piedad la última pena, si ese ángel no tuviera necesidad de mi vida que es para él toda entera y que no tendrá objeto cuando él no la necesite.

Ayer debí parecer á V. extravagante: cuando V. conozca los hechos que pienso referirle, comprenderá mi excitación. Usted tuvo confianza en mí, V. ha sabido captarse la simpatía de mi pobre Rafael; esto para mí es suficiente garantía: por otra parte, mi historia merece ser conocida: á mí el referirla una vez más me servirá de cruel castigo que merezco mucho, á V. el escucharla acaso le sirva de advertencia para los acontecimientos de la vida: V. es joven, tiene delante de sí muchos años de lucha, de contrariedades, de decepciones; tal vez le pueda ser de saludable enseñanza mi ejemplo.

Bien lejos estaba yo en 1840, cuando me hallaba al frente de un acreditado establecimiento de ebanistería en Madrid, de sospechar que la tranquilidad de mi hogar, *la paz de la familia, el bienestar* de que gracias á mi honrado trabajo disfrutaba, había de ser poco duradero.

Vivíamos contentos y satisfechos: mi esposa, que era una santa mujer, amante de su familia, ama de su casa, económica y alegre como pocas; una hija de once años, en la cual su madre y yo teníamos puestos todos nuestros sentidos, y yo que gozaba como artesano, reputación de hábil, y como industrial, gran crédito y merecida reputación de honradez y de probidad.

Acontecimientos políticos en que me ví complicado por mi afecto sin límites á Espartero, me obligaron á emigrar abandonando mi establecimiento y mi familia: este fué el origen de todas mis desgracias. Mi ausencia, que juzgué sería de escasa duración, se prolongaba un año y otro; mi establecimiento vino á menos y hubo necesidad de traspasarlo. El deseo de ver á mi familia por una parte y por otra mis compromisos políticos, me hicieron regresar á España y tomé parte en las ocurrencias del 26 de marzo de 1848. Preso entonces y sentenciado á muerte, lograron las gestiones de antiguos parroquianos míos, que me estimaban, que se me indultase de la pena de muerte; pero fuí conducido á Filipinas en una de las cuerdas que salieron de Leganés.

Renuncio á pintar la desolación que semejante acontecimiento llevó á mi casa, el trastorno que esto produjo á mi familia. Mi pobre mujer y mi desgraciada hija, que era á la sazón una hermosísima muchacha de diez y ocho años (no me ciega el amor de padre, he visto pocas mujeres que pudieran compararse con Rafaela), mi pobre mujer y mi pobre hija, digo, hubieron de dedicarse á coser para tiendas. Lucharon valiente, heroicamente con la miseria y la vencieron, lo digo con orgullo.

Pero lo que no consiguió la miseria, lo alcanzó por desgracia el halago, la seducción. Rafaela, mi hija, que por necesidad había de salir sola de casa para buscar trabajo en las tiendas y llevar á ellas el concluído, hubo de agradar á un muchacho, aristócrata, muy rico, hijo único de una familia poderosa.

(Continuará)

EL PUENTE RODADO DE SAINT-MALÓ

Habiendo recibido dos fotografías, una que reproduce el puente rodado en baja marea (fig. 1) y otra que le presenta en marea alta (fig. 2), nos creemos en el deber de hacer siquiera una ligera reseña de este curioso procedimiento de paso entre dos muelles. Bueno será que nuestros lectores tengan presente que, aunque estas dos ciudades están tan próximas que parece que se tocan con la mano, era necesario dar un gran rodeo para ir de una á otra. A fin de obviar este inconveniente, hace más de quince años que el arquitecto de Saint-Maló, M. Leroyer, construyó un puente, no móvil, ni de barcas ó de otro sistema conocido, sino rodado y formado por una ligera armadura de hierro, que sirviese para trasladar los pasajeros desde una á otra orilla del muelle.

El puente rodado está unido á dos cadenas, una que le conduce á Saint-Maló y otra que le lleva á Saint-Serván, que se arrollan á una trasmisión de movimiento por medio de una máquina de vapor.

La parte superior de la armadura de hierro termina en una plataforma en la cual se colocan carruajes, caballerías y mercancías, y que tiene un departamento independiente y cerrado para los pasajeros. El precio del viaje, por persona, es el de 5 céntimos al descubierto y el de 10 céntimos en reservado.

El puente rodado funciona de igual manera en pleamar que en baja marea: en el primer caso, es un espectáculo muy curioso la vista de la plataforma suspendida por ligeras barras de hierro en medio del mar, y los pasajeros experimentan á veces grande emoción al verse suspendidos en medio de las aguas del Océano.

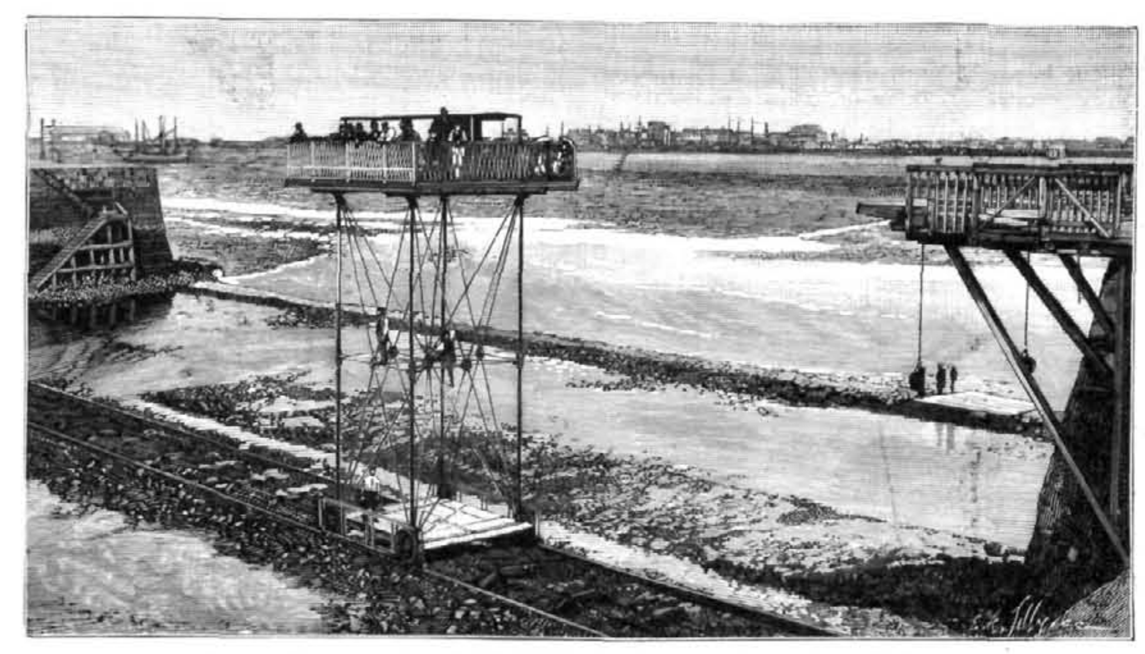


Fig. 1. El puente rodado de Saint-Maló, en baja marea. (De una fotografía.)

En la exposición universal que se celebró en París en 1878, presentó M. Leroyer un modelo en pequeño del puente rodado y acompañó una memoria descriptiva del mismo, de la cual tomamos estos datos.

Cuando el puente rodado no funciona, se coloca de manera que no embarace el paso de los buques; para lo cual hay en el murallón de la orilla de Saint-Maló un hueco igual á su longitud y anchura, y en la de Saint Serván un desembarcadero, como puede verse en la figura 1.ª.

La altura de los muros desde los rails es de 10^{m}50; durante las grandes mareas el puente queda sumergido en el agua diez metros. La distancia que recorre es de 90 metros, y tanto esta como su altura pueden aumentarse en caso necesario. La corriente del agua es de cinco á seis nudos y el paso de una orilla á otra se hace en 90 segundos, ó sean dos minutos y medio, por medio de una máquina de vapor.

Desde el año de 1871 en que se construyó este puente no ha habido ningún accidente que lamentar; nunca se han interrumpido las comunicaciones entre las dos ciudades y el puente ha funcionado sin sufrir entorpecimiento alguno, así de día como de noche, ya en baja marea ó en pleamar.

Con él se transportan carruajes y ganados, y su plataforma admite hasta cien pasajeros.

Nos extraña que no se haya imitado en otros puertos el ingenioso puente rodado de Saint-Maló, y por eso nos creemos en el deber de llamar la atención de los ingenieros y del público sobre una obra tan importante y tan útil.

G. TISSANDIER

EFECTOS FISIOLÓGICOS
de la presión del aire

Siempre han ocupado poderosamente la atención pública las cuestiones relativas á la salubridad del aire que respiramos. Y por eso, constantemente, la higiene ha pedido y pide consejos á la ciencia del ingeniero para la eficaz ventilación de los edificios públicos y las habitaciones todas, y para el saneamiento de las comarcas castigadas por las emanaciones palúdicas y los miasmas malsanos de cualesquiera otras especies.

Pero los progresos de la industria han hecho mirar estas cuestiones desde un nuevo punto de vista, al cual antes apenas se concedía importancia: la PRESIÓN del aire.

Ningún animal puede existir si no ejercita bien aquella función capitalísima, – la respiración, – por cuyo medio los varios tejidos del cuerpo se someten á las acciones químicas de los gases de la atmósfera, y se expelen del organismo los productos formados bajo tales influencias. La esencia de esas acciones es una oxidación. De la atmósfera, al respirar, tomamos el oxígeno; y el producto principal de la combustión de nuestros tejidos es el ácido carbónico, que devolvemos á la atmósfera. Las plantas se apoderan de este ácido carbónico; se asimilan el carbono, y liberan el oxígeno que los animales vuelven en seguida á utilizar,... y así sucesivamente en ciclo inacabable. Lo cual no quiere decir que el reino vegetal no consuma también oxígeno. Por la noche se lo apropia grandísimo número de plantas, las cuales expelen después ácido carbónico, y lo mismo sucede durante la floración y la germinación. Vegetales hay, como las coníferas, que lo absorben durante la actividad de su crecimiento, etc. Por esto se ha propuesto aplicar el nombre de RESPIRACIÓN á todo proceso de oxidaciones en el reino orgánico; por más que para los antiguos fisiólogos la respiración de las plantas fuera exclusivamente aquella función por la cual los vegetales se apoderan del ácido carbónico de la atmósfera, se apropian el carbono, lo descomponen, y liberan el oxígeno.

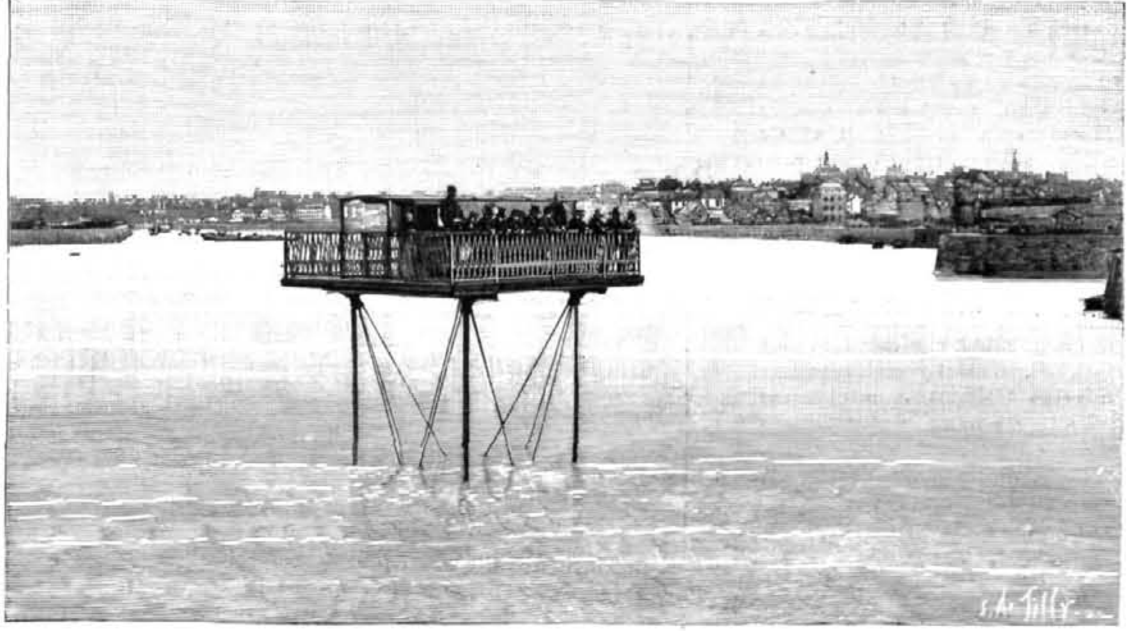


Fig. 2. El puente rodado de Saint-Maló, en marea alta. (De una fotografía.)

***

Claro es, pues, que no pueden ser á propósito para la vida aquellos recintos de viciadas atmósferas donde el oxígeno falte ó se halle en proporciones inadecuadas, ni tampoco aquellos sitios donde abunden los organismos microscópicos enemigos de nuestro ser.

Pero sucede que la atmósfera puede estar enteramente sana, y, sin embargo, resultar impropia para la vida por falta ó sobra de la presión normal (760 milímetros de mercurio).

***

Desde que la pasión por las ascensiones difíciles se ha generalizado entre los turistas, son notorios los efectos patológicos producidos por la falta de presión del aire en las altas montañas: aceleración del pulso, somnolencia, vértigos, síncopes, transudación de la sangre por las membranas mucosas, dolores musculares, sensación como de parálisis en los miembros inferiores, palidez de la piel, cianosis de la cara.

Estos síntomas (conocidos con el nombre de MAL DE LAS MONTAÑAS, aun cuando también se sienten en las altas ascensiones aerostáticas), proceden de la rareidad del aire; y van cesando á medida que se desciende á lugar donde la presión atmosférica es la normal, ó se va acercando á ella.

A no ser por sus riquísimas minas, la meseta de Pasco en el Perú, la más alta de los Andes, pues se eleva á 14.000 pies sobre el nivel del mar, estaría deshabitada, no sólo por su baja temperatura y sus horribles tormentas de nieve y de granizo, sino también y muy principalmente por los mortales efectos del mal de las montañas, que pocos europeos pueden resistir. Los escasos indígenas allí habitantes son (en virtud del proceso llamado de adaptación) notables por lo enorme de su cavidad toráxica, propia para alojar pulmones especiales. Solamente el *llama*, precioso y manso animal que carga la mitad que una mula, vive bien á tanta elevación.

***

Los caminos de hierro requieren obras sin precedente en la antigüedad. Respecto de la altura de los puentes de sillería, no han excedido apenas los ingenieros modernos las obras de los antiguos, y, en cuanto al abra de los arcos, no han llegado á tanto como ellos. El Puente de San Martín, sobre el Tajo, construído en 1203, tiene 40 metros de abra: el de Verona en Italia, edificado en 1354, se abre hasta 49 metros: el de Vieille-Broude en Francia, construcción de 1454, tiene 54, y el de Trezzo en Italia, quizá el de mayor abertura de la época antigua, alcanza 72 metros: su construcción data de 1377. Ningún puente de sillería del siglo actual llega á tanto. El puente de Chester sobre el Dee, en Inglaterra, edificado en 1834, cuenta un abra de 61 metros; y 67 tiene el de Cabin-John en los Estados-Unidos, levantado en 1861.

Pero en cambio son muchos los puentes para ferrocarril con tramos de 100 metros y más. El puente sobre el Mississippí, en San Luis, tiene dos tramos de 152 metros de abra y uno de 158: cinco de 160 metros ostenta el puente sobre el Hudson, cerca de Poughkeepsie, en los Estados Unidos; y otro también de 160 metros se admira en el Puente sobre el Duero, Oporto, en Portugal. Y en cuanto á puentes colgantes, baste citar el de Brooklin, Nueva York, cuyo tramo central cuenta casi medio kilómetro (487 metros) y los dos de las orillas 286 metros cada uno: el ancho de este puente colosal es de 26 metros, con dos vías de 5m,70 cada una para carruajes, y otras dos de 3,86 para líneas férreas.

Necesariamente los cimientos de los estribos de estos puentes gigantescos han exigido á veces trabajos bajo el nivel libre de las aguas hasta profundidades excepcionales, cuya ejecución habría sido, si no imposible, de seguro costosísima, y en todo caso muy incierta sin el empleo del aire comprimido.

***

Dentro de un gran cajón ó de un enorme tubo, rectangular muchas veces, cilíndrico con frecuencia, cerrado por su parte superior, abierto por la inferior, dentro del cual se inyecta continuamente aire hasta la presión necesaria para que las aguas no entren, trabajan en seco los obreros destinados á sentar los cimientos de estos puentes. Los hombres sacan primero los fangos, arenas ó piedras del lecho, y luego sientan los sillares y el hormigón hidráulico.

No es del caso describir ahora los medios ingeniosos imaginados para la entrada y salida de los trabajadores, extracción de arenas, fangos y guijarros inútiles, é introducción de los materiales de construcción. Baste decir que todo esto constituye por sí solo una de las más grandes maravillas del arte moderno de las edificaciones hidráulicas.

En el puente de la Voulte en Francia se usó un tubo elíptico de palastro de doce metros de largo y cinco de ancho. En la esclusa de Rotterdam, el cajón-tubo llegó á 24 metros de largo por 9 de ancho; y en el puente de San Luis sobre el Mississippí se usaron tubos exagonales de 25 metros de largo por 18,50 de ancho. Pero todas estas dimensiones parecen exiguas cuando se contempla que en el puente de Brooklin el cajón rectangular dentro del cual se construyeron los cimientos tenía 52 metros de longitud por 31 de anchura; es decir, una superficie de 1612 metros.

***

Pero las presiones más intensas que el hombre ha soportado no fueron en ese colosal cajón: fueron las de 3 at. 3 y 3 at. 4 en el puente Saint Louis del Mississippí, la cual todavía quedó excedida por la del puente de Lünfjord en Dinamarca, donde varió de 3 at. 50 á 3 at. 80, además de la natural de la atmósfera ambiente.

***

Numerosas fueron las desgracias ocurridas á los obreros en el citado puente de San Luis, por causa sólo de lo excesivo de la presión; pero muy más terribles resultaron las del puente de Lünfjord, donde, á los males propios de tan insólita compresión, se agregaron los de explosiones de gases deletereos desprendidos de los fangos.

***

El primer efecto desastroso del aire á gran presión es producir fuertes dolores de oídos, y, en algunos casos sordera y neuralgias que se prolongan durante mucho tiempo. A veces sigue parálisis parcial ó completa. Muchos han muerto inmediatamente: otros en los hospitales ó en sus casas; y no pocos han quedado inútiles para el resto de su vida; pero en la gran mayoría de los casos los enfermos han recobrado por completo la salud.

Los efectos temibles no empiezan sino cuando la compresión del aire dentro de los cajones ó tubos llega hasta contrarrestar una carga hidráulica de 10 á 15 metros de agua, ó sea de una atmósfera á una atmósfera y media sobre la normal del aire ambiente; y por tanto no hay verdadero peligro en las cimentaciones por medio del aire comprimido mientras no se trabaje á más de 15 metros por debajo del nivel libre de las aguas. Y aun los efectos á mayores profundidades no son de temer si se toman ciertas precauciones que recomienda la experiencia.

No debe admitirse á obreros que no sean jóvenes, de robusta complexión y de buenas costumbres.

No ha de permitirse á nadie el trabajo á grandes profundidades mientras no se hayan habituado á la compresión de esas atmósferas artificiales en presiones inferiores á una carga hidráulica de 10 metros ó sea inferiores á una atmósfera.

Ha de sacarse inmediatamente al aire libre á todo obrero al primer síntoma de accidente.

Se reducirá el trabajo á 2 horas cuando la carga hidráulica llegue á 20 metros; yá una hora solamente cuando la presión suba hasta 25.

Por último, cerca de las obras debe haber constantemente un médico de guardía y un botiquín bien surtido de los auxilios necesarios.

***

De lo dicho se deduce que el hombre no puede exponerse sin gran peligro á una rarefacción del aire en las montañas y los globos aerostáticos inferior á $^2/_3$ de atmósfera ni á una compresión en los tubos ó cajones superior á 3.

La presión normal de 760 milímetros de mercurio se encuentra á orillas del mar; y bien conocidos son en España sus efectos bienhechores de los que en sus excursiones veraniegas abandonan las elevadas mesetas de Castilla, donde la presión es de 700 milímetros ó poco más, y van á tomar baños en las lluviosas playas del Cantábrico ó en las deliciosas del mar de Andalucía.

E. BENOT



ALEGORÍA Á ESPAÑA É ISLAS FILIPINAS, copia de un cuadro de J. Luna

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



BODAS DE UN PRÍNCIPE ESPAÑOL EN EL SIGLO XV, CUADRO DE S. S. BARBUDO

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 20 DE DICIEMBRE DE 1886 — NUM. 260

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

En este mismo sitio, testigo ahora del intenso pesar de la joven viuda, se encontró ésta por vez primera con el hombre que había de ser su esposo. Se vieron, se amaron, se unieron con santo vínculo y el cielo bendijo su unión con el nacimiento de una hija hermosa como su madre, robusta como el autor de sus días.

A lo mejor de esta felicidad, la patria reclamó el concurso de la espada de ese hombre, y un fatal encuentro puso sangriento término á ese idilio, efímero como todas las dichas humanas. Por esto al encontrarse la pobre mujer en el lugar que fué cuna de su dicha muerta, las lágrimas inundan su semblante y hoy es para ella desierto triste lo que antes fué risueño paraíso.

El autor de este cuadro ha interpretado con acierto el asunto: el paisaje da perfecta idea de la soledad en que se encuentra la temprana viuda; hasta la inocente huérfana parece dirigir á su muñeca una triste mirada, parecida á otra de las muchas que á ella dirige su apesarada madre. Es uno de esos cuadros de los cuales puede decirse y no es poco: — Está bien sentido.

COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

El mar es, sin duda alguna, el espectáculo que da al hombre una idea más aproximada de lo infinito. Será por esto que el mar tiene para los artistas tan poderoso atractivo. Innumerables son los cuadros que ha inspirado, y ninguno de ellos, sin embargo, puede decirse imitación de otro. Es que el mar tiene, asimismo, manifestaciones innumerables, y ora se le reproduzca en perfecta calma, cual si la voluntad de Dios enfrenara su orgullo, ora se le copie cuando en su soberbia, parece querer apagar con sus olas encrespadas el rayo que se fragua en la electrizada nube; el artista tiene campo vasto y variado para sus manifestaciones, ricas en poesía ó sublimidad.

Grobe se ha situado en la costa holandesa y debe haber pasado muchas horas en esa contemplación, mezcla de ensueño y vigilia, durante la cual la imaginación del artista ve las cosas de una manera muy distinta de lo que las ve el vulgo de los mortales. Unicamente cuando el mar se aprecia con los ojos del alma, cuando la mirada vaga en la contemplación de la inmensidad hasta confundir el agua y el cielo en un mismo sentimiento de adoración; se producen marinas tan simpáticas, tan reales y tan poéticas á un mismo tiempo, como la publicada en el presente número.

EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Gilli

Dijo el profundo Larra, en uno de esos artículos, cuyo fondo y forma nadie ha igualado todavía, que no se conoció jamás cosa tan repugnante como los bufones asalariados por los príncipes, á no ser los príncipes que asalariaban bufones. La reina de nuestro cuadro, según lo concibió su autor, no ha tenido el mal gusto de recibir al *loco* de la corte, y este ridículo personaje se resigna á lucir sus estrafalarias habilidades en presencia de cuatro damas de honor, que las encuentran deliciosas.

No hay en este cuadro ninguno de esos prodigios del arte que revelan á un pintor de primera fuerza: las cuatro damas ríen bastante bien, y aunque animadas de un mismo sentimiento, la manifestación de éste resulta bastante variada. En cuanto al bufón es tan repugnante como Larra lo tenía concebido: repugnante, física y moralmente; su cuerpo es un engendro de la naturaleza en un día de mal humor; la expresión de su semblante es el espejo de un alma más fea aún que el mismo cuerpo. Si el autor se ha propuesto hacer repugnantes á esos seres á los cuales no nos permitiríamos llamar hombres, creemos que lo ha conseguido por completo; su cuadro es uno de esos epigramas que destilan sangre.



DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN
cuadro de Hugo Birger

Hubo un tiempo en que, dondequiera que se reunía numeroso concurso, eran de ver dos emblemas que lo dominaban todo, una campana que citaba á los adoradores de Dios y un ramo de pino que citaba á los amantes del vino. Hoy se ha suprimido casi por completo el primer emblema, y en cuanto al segundo el *restaurant* ha sustituído á la taberna, con algunas ventajas en la forma aunque bastante discutibles en el fondo.

El *restaurant* es inseparable, por ejemplo, de toda *Exposición*, tan inseparable como la sombra del cuerpo; y por cierto que lo de la sombra no debe entenderse siempre en el sentido del arte. Sombras hay en esos banquetes preparatorios de las exhibiciones artísticas, más imponentes que la de Banco en el festín de Macbet. Para disipar esas sombras, que amenazan en forma de desaire del Jurado ó de falta de compradores de aquel lienzo en que se han cifrado tantas esperanzas y para cuya ejecución se han contraído tantas deudas, se echa mano del conjuro eficaz del *champagne* y del ponche que se escancia con más ó menos orden, pero siempre en abundancia.

Birger es un pintor que conoce *á su gente* y la ha reproducido del natural. La mayor parte de los bustos del cuadro son retratos; la gran mayoría de los personajes, artistas sorprendidos *in-fraganti*. La composición es animada y si no produce en el ánimo impresión durable, es porque el asunto no es de los más á propósito para excitar sentimiento alguno de esos que se imponen hasta involuntariamente. Las escenas vulgares de la vida real nunca se prestarán á grandes manifestaciones del arte. Con ellas se hacen á lo sumo bonitos cuadros, como el de Birger.

ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS,
cuadro de J. de Klever

En la exposición berlinesa llamada del *Jubileo* ha llamado la atención este cuadro, muy principalmente por su fuerza de luz, circunstancia imposible de apreciar en un grabado. Es de ver, empero, la sobriedad de recursos empleado por el autor y esa misma desnudez de la naturaleza, tan á propósito para hacernos formar idea exacta de la otra desnudez que reina en las cabañas de esos pescadores que deben tener formada del mundo una idea bien mezquina y bien triste.

Gregorio el Magno, castigando á un codicioso,
cuadro de Wassili Wereschtschagin

El pontífice Gregorio I, llamado *el Magno*, fué consagrado en 3 de setiembre del año 590 á la edad de los cincuenta años. Varón dotado de vasta ciencia, controvierten algunos su carácter, suponiéndole arrebatado en algunas ocasiones hasta el punto de hacer odiosas sus mismas justicias.

Los que tal sostienen, dan cuenta de un hecho que no sabemos se halle seriamente comprobado. Dicen, y tal es el asunto de nuestro cuadro, que mandó enterrar vivo á un hombre á quien los hábitos codiciosos habían hecho cometer toda clase de excesos.

Verdad ó leyenda, el asunto se prestaba á algo superior en su género; pero el lienzo en cuestión, sin carecer de recomendables condiciones, no corresponde al aliento que supone el hecho de escoger un argumento que, por lo extraordinario, predispone á la exigencia de parte del público y de la crítica.

UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

Precioso estudio ejecutado de mano de maestro. No cabe mayor correción de dibujo, ni pastosidad mayor, ni más delicadas tintas; y sobre todo, no es posible transparentar con mayor verdad y poesía á un tiempo el sueño del amor que embarga á la hermosa criatura. Se ha dormido leyendo á Shakespeare: no hacía falta que el artista consignara en la cubierta del libro la obra en cuya lectura la había sorprendido el sueño. La joven que así duerme y así sueña no podía leer sino *Julieta y Romeo*.

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLAS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

– ¿Se atreve V. á tirarse? – preguntó asombrada la señorita Natalia, que este era el nombre de la interesante joven.

– Señorita, me tiraría yo de la cumbre del Chimborazo, y de la luna á este globo, seguro de bajar ileso, con tal que me estuviese mirando ese par de ojos.

Y diciendo y haciendo, seguí camino arriba sin esperar réplica. Es verdad que en aquel pequeño espacio de tiempo se me ocurrió que ¿quién me metía á mí en aquel trance, donde sin perder la vida, podía perder la dignidad rodando por el suelo como costal de patatas? pero había pasado el Rubicón y no era tiempo de volver atrás. Llegué, ví, me senté, tomé bastante aliento, apreté los dientes, extendí los brazos como remos, y encomendándome á todos los santos volatines, dejéme despeñar por aquel abismo. La sensación que en este descenso rápido se experimenta es indescriptible, por lo menos la vez primera y cuando va mezclada con dudas, escrúpulos y temores. Sólo diré que desde el instante en que dejé el punto de apoyo hasta el momento en que cesó la fuerza impulsiva, no tuve verdadera conciencia de la marcha del tiempo, y si me hubiesen preguntado cuánto tardé, habría dicho que un año y un día. Volví los ojos y ví que desde lo alto de la montaña me saludaban y victoreaban como á un héroe, lo cual fué ponerme espuelas para subir la escala de la otra montaña, que en otro abrir y cerrar de ojos me disparó y devolvió sano y salvo al lado de los testigos de mi serenidad y no digo sangre fría, porque en aquel momento debía estar á ochenta grados sobre cero: que un gran esfuerzo de ánimo produce los mismos efectos que un gran esfuerzo físico. Recibí los plácemes y escuché las expresiones de asombro con cierto orgullo interior, pero pensando más en lo que me quedaba que hacer que en lo que había hecho. Sin que hubiese un voto en contra, todos confesaron que era yo un piloto seguro y un conductor de confianza para encargarme de la preciosa carga de cualquier señorita por tímida que fuese, y valido de esta aura popular, convidé á la joven Natalia para mi tercera expedición.

¡Oh, *vis suprema formæ!* como exclamaba el gran poeta latino. ¿Hay nada en el mundo que transforme, divinice, avasalle é impere como la juventud y belleza de la mujer y más cuando esta belleza se oculta á la mirada y como por la uña al león se la construye por un solo rasgo? Aquellos ojos azules, grandes, ideales, aquella complexión blanca y trasparente de la tez, y una nariz *irreprochable*, como suelen decir los retratistas franceses á la pluma, no podían ser parte sino de un todo perfecto. Al modo del naturalista, á quien dan un miembro ó hueso de una especie viviente desconocida, y por él calculan su forma y dimensiones, había yo figurado y refigurado en mi fantasía el talle, el pié, la mano, el cuello y el cabello de Natalia, y entonces deseaba que nunca de otro modo se vistiera, para que nadie más que yo gozase del encanto de su hermosura.

Al tomar de nuevo aquel vehículo en miniatura para lanzarme en el espacio con tan gentil compañera, se me vinieron á la mente todas las expediciones célebres de hombres y dioses con la dulce compañía de una sirena en su regazo, y me parecía soñar, y bendecía á Rusia y sus incomparables costumbres, tan lejos de tener imitación bajo el insociable y escrupuloso clima del Sur de Europa.

– Usted llamará á esto bajar á la tierra, – dije á Natalia, cuando estábamos en la altura, – pero yo le llamo subir al cielo y en compañía de un ángel.

– ¿Cree V.?

– No por fe, señorita, sino porque lo veo. Usted se presenta á mi vista como espíritu puro, ocultando el cuerpo y dando sólo á ver el alma por el cristal de esos ojos. Ya ve que soy de los que distinguen la joya del aderezo y el brillante de la montura.

– Lo veremos.

Llegó el ansiado momento. Si entonces me hubieran propuesto cambiarme por el soberano más rico y poderoso del mundo, habría declinado reverentemente la proposición. Mi fantasía se desbordaba sobre abismos de inesperada dicha al pensar que aquel serafín bajado del cielo, á la dulzura de cuya mirada se derretía mi corazón, iba á estar dentro de poco en mis brazos, que podía estrecharla á mi sabor y sentir los latidos del suyo. Yo debía ser presa de una fiebre, porque conocí que el abrigo que me cubría estaba demás. Parecíame la temperatura algo más insufrible que la del Senegal, y sentía calor bastante para ir á explorar el polo Norte de frac y corbata blanca. Solté también los guantes como apéndices inútiles, y sentándome en el trineo recibí tembloroso la preciosa carga. Un segundo después volábamos á razón de treinta leguas por hora.

Al revés de mi primera, presentía que había de parecerme corta mi segunda expedición; pero en este breve espacio, ¡cuántos mundos de ilusiones y de felicidad! Deseaba yo que aquella pendiente se prolongase y diese cien vueltas á la superficie de la tierra, quería entrar en otro laberinto como el de Teseo, renunciando al hilo de Ariadna. ¿Por qué, decía para mí, no han construído los hombres una montaña rusa que corte en zig-zag los senos de nuestro planeta? Y á todo esto estrechaba la cintura, digo más bien, el *blindaje* ó coraza de blandas pieles que deformaba el talle de mi sílfide, hasta el punto de hacerla exclamar: ¡V. me ahoga! y acercaba los labios á su cabeza creyendo poder besar la presunta cabellera rubia, y... pero, ¡oh suerte caprichosa y cruel! En aquellos breves instantes de felicidad suprema, diviso frente de mí un punto negro, casi imperceptible en la distancia, que se acercaba y crecía en magnitud, como vemos agrandarse un tren expreso que corre en dirección á nosotros, y por último, se presentaba bajo la forma del fantasma perseguidor de mi reposo, á quien dejamos rondando tranquilamente el muelle inglés. Mostrar miedo en aquellas circunstancias estaba fuera del programa. Me sentía capaz entonces de hacer frente, no digo á un polizonte ruso, sino á la policía pública y secreta de todas las potencias de Europa con el mismo Vidocq en persona á su cabeza; pero esta rebelión de mis ímpetus de independencia debieron producir algún estremecimiento nervioso, porque nuestro trineo torció su dirección, y queriendo enderezarle, le hice dar una voltereta en la que creímos caer rodando por la helada senda. Ya iba yo á exclamar para mi piel, ¡adiós poesía, prestigio y éxtasis de amor! pero á dicha pudimos resistir aquella rotación rápida, y el vehículo siguió de nuevo el camino recto.

El retorno fué más feliz, y por lo tanto desafía á toda facultad descriptiva; pero cuando sentado en el trineo regresaba á la capital llevando al lado á mi bella compañera, mi rostro estaba pálido, mis labios mudos, la mirada vaga y las manos temblorosas. Natalia, por el contrario, parecía una amapola.

—¿Se siente V. mal? – me preguntó dulcemente.

– Nunca me he encontrado mejor.

En toda la jornada no cambiamos más que estas palabras. Tras la excitación pasada, había sobrevenido una reacción terrible. El abatimiento se apoderaba de mi espíritu y el frío del cuerpo, cuyas extremidades tenía ya insensibles. El cristal de los ojos se hallaba cubierto de una finísima capa de hielo, las pestañas parecían agujas que se chocaban al cerrar dificultoso de los párpados. El bigote semejaba hecho de bayonetas de luciente acero, según brillaba el cristal de hielo trasparente que envolvía á cada tubo capilar, y esta rigidez impedía de tal modo el movimiento de los labios, que imposibilitaba de todo punto la emisión de la palabra No obstante, la sensación general era por extremo agradable. A no estar tan cerca de una beldad, habría creído que era el bienestar engañoso que precede á la parálisis mortal del enfriamiento; pero ¡helarse al lado de una mujer hermosa, cuyas mejillas despedían vivo fuego! Sobre todo, ¡helarse un andaluz!

Pero los elementos son inclementes y para las leyes naturales no hay subterfugios. Al frío del Norte le tenía sin cuidado el que yo fuese hijo de la tierra de María Santísima, y no hacía más que recompensar la audacia de haberme salido á afrontar veintidos grados bajo cero, próximamente con el mismo abrigo que usamos en cualquier capital de España. En efecto, yo había contado con que era de la raza

> De gente que regelea,
> Y tiene en las venas brea,

y de que llevaba calor natural para una temporada de cinco ó seis meses; pero lo que me llevé fué un gran chasco. El color de la cera, signo inequívoco de la congelación, apareció en las puntas de nariz y orejas. La pobre Natalia exclamó alarmada: ¡V. se hiela! y tocando en la espalda al cochero, le llamó la atención hacia mi fisonomía risueña y beatífica, cual la de un anacoreta en éxtasis. El cochero detuvo el caballo, saltó á tierra como un gamo, tomó dos buenos puños de nieve, y sin pedir permiso empezó á refregarme dichas extremidades, como quien lava un mascarón de proa, expuesto muchos años á la intemperie. Bien veía yo que aquella faena sería necesaria para salvar los tales miembros; pero ¡cielos! ¡así se rompe la poesía de un cuadro! ¡así se perturba aquella situación romántica con un fregado ignominioso de nariz en las barbas del adorado objeto! Yo me dejaba manosear, porque no había otro remedio, viéndome sin acción en las manos; pero á media voz no pude menos de decir:

– ¡Ay, señorita! ¡cuán poco entiende este besugo de venturas de amor! Dejárame morir dulcemente al lado de V. y moriría dichoso.

Concluída la fricción, salió el caballo al galope y en poco tiempo se halló reunida la caravana en la gran Morskaia, donde nos separamos, no sin decirme Natalia, que otra vez no desafiase indiscretamente la crudeza del clima, pues aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca.

XI

Al entrar en mi residencia de Larski Doma, la variación de temperatura fué por lo menos de cuarenta grados. Parecíame estar en uno de los salones de calefacción de los baños turcos. La sangre empezó á afluir á las extremidades y entonces sí que sentía la impresión algo dolorosa del triunfo del calor vital sobre el mortífero hielo. Después hubo un período de verdadero *comfort* ó bienestar, y luego comenzaron á fatigarme las consecuencias de una reacción tan violenta y rápida. Las partes más combatidas por el frío semejaban hervideros. Parecía que la sangre, desalojada de las partes donde había vivido, venía en doble cantidad á recobrar el domicilio y corría de una á otra parte jugueteando y celebrando la reconquista. Toda esta función interior, se reveló al exterior por un tinte primero sonrosado, que fué pasando al rojo y después al pimentón, y luego al amoratado ó aberenjenado; y el exceso del líquido vital se tradujo en una hinchazón que crecía gradualmente, adelgazando los tejidos y epidermis de tal modo, que quería saltarse afuera tomando una apariencia como si fuese carne viva, y todo esto acompañado de un peso y fogareda en dichas extremidades, como si verdaderamente se hubieran trocado en derretido plomo.

Mr. de Clairville notó aquellos estragos, y haciéndome poner un poco de *cold cream*, me dijo que no temiese, pues la sangre volvería á buscar su equilibrio, y que el peligro estaba en descuidar una de esas partes, hasta el punto de ausentarse de ellas la última ráfaga de calor, que por la fricción externa sirve de medianera y conductora de nueva circulación de la vida, porque entonces aquella parte se marchita, seca y arruga, y concluye por desprenderse como apéndice inútil.

Un doméstico ruso entró en la habitación, y saludando profundamente, dijo:

– *Abiada gatof, payatte*, – que en cristiano quiere decir: la comida está lista, pueden Vds. pasar. El apetito era voraz, pero donde quiera que fueres haz lo que vieres. En un extremo de la galería, que yo había hecho mi comedor, porque daba á un precioso jardín de invierno, había una mesa redonda cubierta de fiambres y estimulantes de todo género para abrir boca, y comenzamos este exordio antes de entrar de lleno en la función gastronómica. El caviar, las ruedas del salchichón de Vich y de Lyón, las sardinillas de Nantes y aceitunas de Sevilla, sirvieron de agujas de ensartar el seco de Jerez y el amargo de Torino, á guisa de descubierta ó vanguardia destinada á preparar en el local digestivo una recepción de los alimentos, como convenía á la alta reputación del jefe de la cocina, Mr. Jules, ex-jefe culinario de varias notabilidades dinásticas y diplomáticas, y autor de un libro, en vía de composición, con el título de *Filosofía del gusto*, donde continuaba la gran obra que empezó con tanto aplauso el inolvidable santo padre de la *gourmandise*, Brillat-Savarín.

Apenas nos sentamos á la mesa, Mr. de Clairville me recordó la promesa que la noche antes le había hecho de revelarle el misterio de mi conflicto con el individuo de la policía. A decir verdad, me sentí avergonzado de tener que relatar accidentes, que á veces me parecían puerilidades, temiendo no fuese á representar un papel ridículo.

– Si V. no lo lleva á mal, – respondí, – aun le pediría un nuevo plazo. Baste decirle por ahora, que el fondo de la cuestión no es más que susceptibilidades de un carác-

ter libre é independiente, acostumbrado á vivir en una nación gobernada por un régimen liberal.

Esto nos hizo venir como por la mano á hablar del estado y porvenir de la Rusia. Mr. de Clairville era de estos jóvenes cosmopolitas que engendra la banca y el comercio, para quienes el mundo va bien y la sociedad es inmejorable, mientras arrojan un buen saldo á su favor los libros de caja.

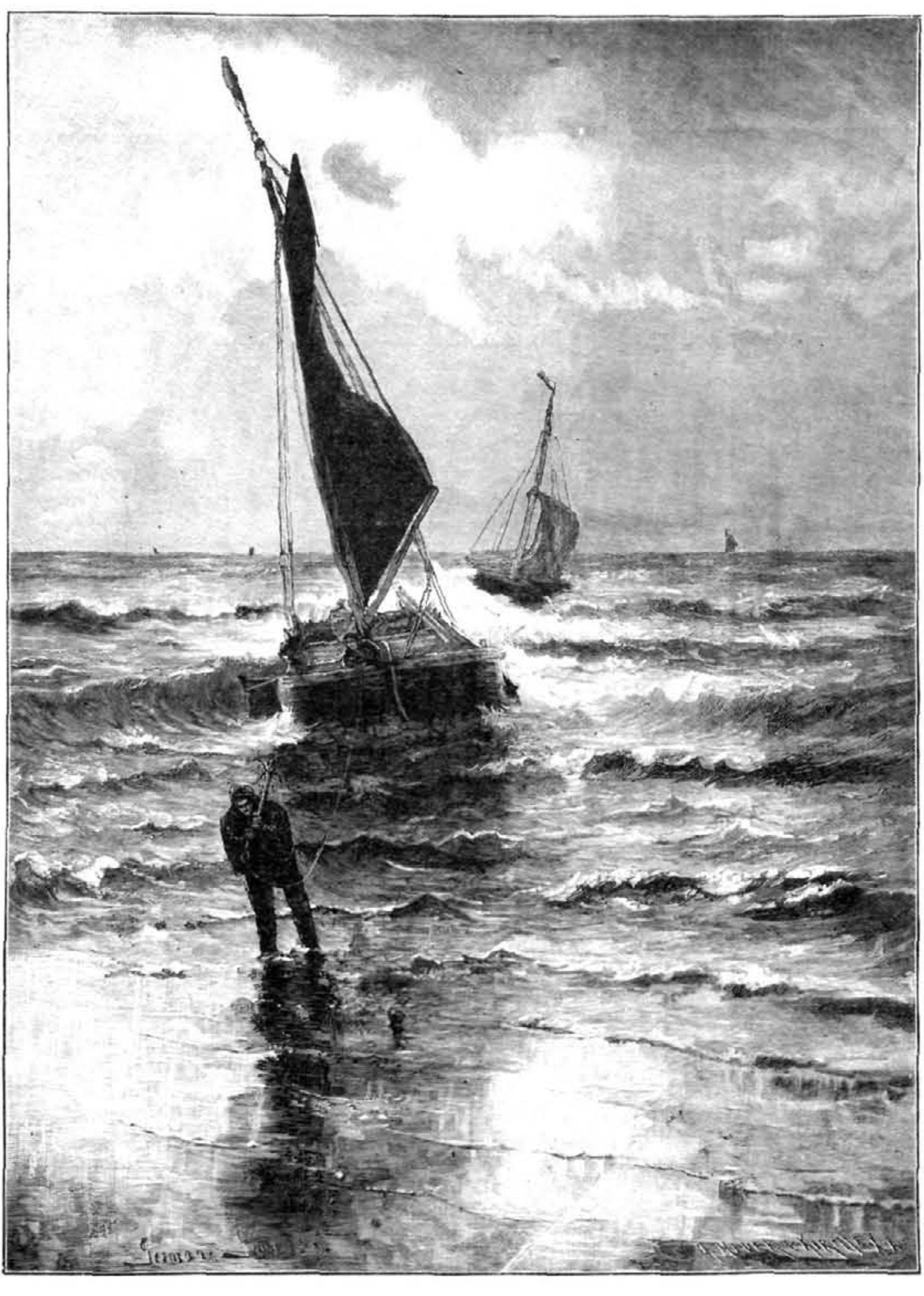
– Yo no diré á V. que la Rusia sea una nación perfecta, – observó, llenando de camino una honda copa de legítimo *Château Laffitte;* – pero si V. se abstiene de hablar de política y de religión, de murmurar del Czar y de su gobierno, y de fumar en las calles y plazas, puede V. moverse y vivir á su talante.

– Como un pájaro en su jaula.

– Concedido; pero hay diferencias de jaulas. Algunas son tan grandes, que puede el pájaro revolotear sin topar con los hierros. Después de todo, ¿qué es el mundo más que una jaula inmensa? La verdad es, que en Europa se tiene muy pobre idea de lo que es este pueblo. Se cree que es un gran desierto de nieve y hielo donde sólo se curten pieles para carteras y petacas, de las muchas alimañas que lo infestan. Pero vengamos á cuentas. V. ha visto ya algo de su capital, y no podrá menos de convenir en que es una ciudad grandiosa y elegante. Los rusos de las clases alta y media tienen una educación refinadísima, el trato es amable, los espectáculos públicos no ceden en magnificencia á los de París y Londres, el lenguaje usual de la sociedad culta es el francés, los trajes, la alimentación, las costumbres de la sociedad están cortados según el mejor modelo parisiense. ¿Qué más puede V. pedir á una nación que hace un siglo estaba aislada, concentrada y amurallada como la China, para el contacto europeo?

– Yo no pediría tanto, – respondí, – si es que ha de haber una nación propiamente rusa, lo cual no es interés mío, sino de sus naturales. La cuestión es muy complexa hoy día á juzgar de la marcha de una nación. ¿Se quiere que un pueblo nazca, crezca y se desarrolle por sus propias fuerzas y según su carácter propio, para que ofrezca un tipo excepcional, individual, distinto, y venga con él á resolver algún problema social, político ó económico? Entonces, la Rusia se ha cortado las alas, Pedro el Grande ha sido su mayor enemigo, introduciendo semillas exóticas, abriéndola á todos los vientos, dándola un exceso de vida y de progreso artificial, que no podrá seguir sin llegar á un gran conflicto con las instituciones nacionales. El caso queda reducido á este dilema: ¿Qué es mejor? ¿el sistema de repulsión ó el de atracción y asimilación? Para mí ha concluído la época de gestación nacional aislada. Lo que pueden dar las naciones con una vida exclusivamente propia y aislada, ya lo hemos visto. Cada nacionalidad nos trajo una idea, un principio, una conquista en la ciencia del vivir y del ser de un Estado. Concluyó el trabajo parcial para dar lugar al colectivo.

(Continuará)



COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

AL PIE DE LA CUBA (1)

(Costumbres euskaras)

El manzano, árbol bajo y extenso, de raquítica figura cuando no está en flor y de semejanza en su copa á una sombrilla, fué el destinado á hacer un grandísimo papel en el Paraíso, como que albergó en su tronco al genio del mal, á Lucifer, y en su fruto todos los males de la tierra, trasmitidos á la humanidad por un mordisco de mujer.

Y el hombre, exasperado con la pérdida de tantos bienes, estrujó con rabia y venganza este fruto; mas ¡oh sorpresa! las lágrimas de la manzana sirvieron de consuelo á los desheredados del Paraíso, porque queriendo reparar el mal causado por su intercesión, dió en su zumo exquisito néctar que hoy se conoce con el nombre de sidra.

Los verdaderos aficionados á esta bebida la acechan, la buscan en el campo ó la ciudad; y cuando al catar de una de las cubas descubiertas, ya en un lejano caserío ó taberna de un pueblo inmediato, la califican de superior, este descubrimiento es más celebrado que el de Colón y la gente acude en masa al lugar designado, y durante tres ó cuatro días el cosechero, dueño de tan preciado tesoro, tiene su romería asegurada.

Al anuncio de una buena sidra todos abandonan el trabajo. Antes era un crimen el acudir en coche ú otro medio que no fuese á pie; pero en el día la abundancia de vehículos delante de la sidrería ó en el crucero más próximo, si no hay carretera hasta la puerta, denota que han variado los tiempos y que las facilidades que nos proporciona la época hacen que la comodidad sea atendida primero.

El núcleo de concurrentes á la apertura de una *sagardúa* lo componen principalmente cortadores y artesanos en gran número, propietarios de pequeños comercios, *indianos*, marineros, obreros y algunos señoritos desocupados que gastan boina, y el contraste que forma esta abigarrada colección de trajes y colores, extraña sobremanera; pues allí se ve, entre la faja y blusa del pescador y jornalero, el *chaquet* y hongo del *indiano*, y entre las maneras finas del hombre educado, el tosco ademán del rudo campesino.

Si la sidra se expende en el casco de alguna población ó aldea, á la puerta del establecimiento bullen compactos grupos de gente que sirve de anuncio con su presencia.

El local es lóbrego y oscuro, almacén sin ventilación en el que lucen las candilejas mañana y tarde. Por estrecho portal obstruído con hilera de bancos sucios y desvencijados tiene acceso, y en primer término y á la humeante luz del aceite se distingue una larga fila de cubas enormes que en su negrura parecen colosales elefantes adormecidos; aquí y allá barricas, toneles, leña, hojarasca, bancos y alguna silla incapaz, todo festoneado de moho y las paredes cubiertas de humedad y profusión de telas de... araña. Braseros de piedra para asar entre sus candentes cenizas la modesta sardina ó el trozo de mal abadejo, y chirriantes sartenes friendo en sus entrañas rojos chorizos ó lonjas y magras de jamón hostigadas en su evolución con punzantes dientes de tenedores de estaño, por manos de mujeres especuladoras. El gran bebedor, como el buen artillero al pie del cañón, no se separa de la cuba y allí en aquella atmósfera insalubre de humo, olor y humedad va apurando trago á trago el ansiado mosto. Dadle al tal sujeto una mesa pulcra, una habitación aseada, manjares en vajilla, y os dirá que la sidra en esas condiciones se desvirtúa y que es preciso beberla dentro de aquel antro.

Una ó dos dulcineas, según la afluencia, escancian en copas que se hallan colocadas en barreños ó cubetas repletas de agua en la que están en remojo, y las pobres mujeres no cesan un momento de mover el grifo, llenando y volviendo á llenar los vasos del solicitado néctar que á la incierta luz de las candilejas parece oro.

Los *gourmets* de sidrería tienen siempre para merendar escogida lista de comestibles, y ya son las tiernas chuletas ó los exquisitos *entrecots* ó la abundante callada, la dorada merluza frita, las famosas trimpollas (tripas de merluza) ó las frescas anchoas á la papillote, porque el género francés ha adquirido carta de naturaleza hasta en las tabernas; pero el mísero peón y el infeliz pescador, que pululan por entre aquellos *tripazais* (tragaldabas), se contentan á la fuerza con la sardina en el pan, cuyas migajas van á parar á las fauces de su inseparable perro.

El entusiasta consumidor, que nunca separa la vista de la cuba, ve con pena cómo extrañas y para él profanas gentes acuden en crecido número á comprar al por *mayor* y llena el primero sus toneles, otro infinidad de botellas, otros cántaras y *herradas*, para llevarla á vender fuera de aquel clásico recinto ó despacharla en sus casas.

Esto le disgusta en alto grado; es arrancarle la fibra más sensible de su corazón, porque vislumbra en período breve el término de su muy amado brebaje.

La contabilidad de las escanciadoras no ofrece quebraderos de cabeza, y eso que en ocasiones se arma gran confusión y barullo; se fían de la buena fe de los parroquianos. Cada consumidor al tomar el vaso va cantando el número de los que debe; *bigarrena, laugarrena, amargarrena* (segundo, cuarto, décimo), y á la conclusión de su tarea hace el resumen total y paga religiosamente. A veces, como la cuenta sube al vaso número veinte ó treinta, le cuesta más de un cuarto de hora de discusión el arreglarla, y se comprende.

Si la sidrería se ha abierto en un caserío, la decoración varía; pues si bien en el fondo es la misma, en la forma presenta mayor colorido y abundancia de aire, luz y espacio.

La gente, las cubas, las meriendas, todo es igual, mas cambia la escena que generalmente se verifica en el establo de la casería; mientras el concurrente bebe, recibe el saludable aliento de vacas y terneros, oye la chillona música de los cerdos y se encuentra si se descuida con una coz que sale de entre tinieblas, y cuyo autor se adivina siempre; un manso asno. Pero á su capricho tiene el bebedor, si quiere, el gran salón de la naturaleza para comedor, con la verde alfombra por mantel, y los frondosos árboles por toldo, y las diversas cocinas que al aire libre se improvisan para satisfacción de su estómago.

Su vista se recrea viendo jugar algunas partidas de bolos ó al interesante *chott* (impropiamente llamado en castellano *toca)*, y en sus oídos repercuten los dichos y oportunidades de los famosos *eranzalles* (bebedores).

En la calle, hay que advertir que en vascuence con esta gráfica denominación se indica la ciudad ó pueblo de alguna importancia, las sidrerías se hallan en sótanos con el correspondiente cartelito anunciando la mercancía, á la puerta; pero sidrería en sótano, almacén ó caserío, el aparato escénico es el mismo y únicamente se observan las diferencias de que ya hemos hecho mención.

Ir á la sidra, es la frase que emplean los favorecedores de ella cuando se dirigen casi todos los días de paseo á echar un trago.

Y vamos á conocer ahora este tipo *amateur* de la *sagardúa*.

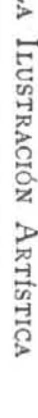
Manuel ha hecho dinero con el tráfico de ganado y colocado sus intereses en papel del Estado, Banco y sociedades de crédito, con cuyo objeto ha aprendido á leer, escribir y contar lo suficiente para poder enterarse diaria-

(1) Este artículo forma parte de una recomendable obra: *La tierra Euskara*, publicada últimamente en Tolosa por D. Alfredo de Laffitte.

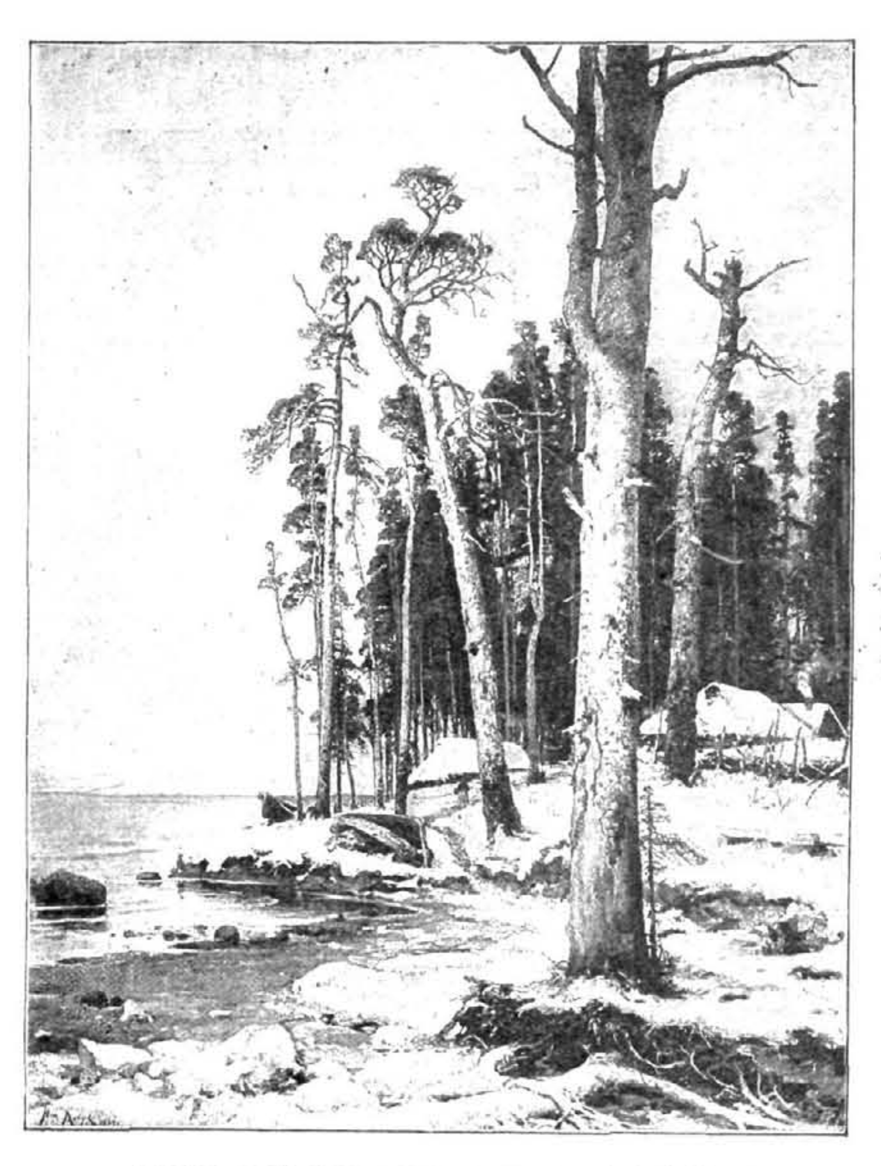
El autor nos cuenta en ella lo que ha visto y lo que ha sentido en ese país, que para los vascongados constituye la predilecta patria dentro de la patria común de los españoles. En libro poco abultado y de agradable lectura da á conocer sus montes y sus valles, sus poblaciones y sus puertos, sus tipos y sus costumbres. ¡Bendita tierra la tierra euskara, con la cual hasta tal punto se encariñan sus entusiastas hijos!



EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Gilli



ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN, cuadro de Hugo Birger



ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS, cuadro de J. Klever
(Presentado en la Exposición de Berlín)

mente de la cotización de la Bolsa; y como no tiene otro quehacer, se dedica exclusiva y buenamente á comer, pero á comer de lo lindo, para descansar, así lo dice él, puesto que bastante ha bregado ya con cuernos. Todas las mañanas da su vueltita por el mercado, porque eso sí, ¿para qué ganó tanto dinero sino para comerse lo mejorcito que aparezca en la plaza? ¿para quién han de ser los primeros besugos, los primeros chipirones (calamares), las primeras lampernas (percebes), las tiernas legumbres, la rica fruta, las producciones todas de la tierra, sino para Manuelito?

Al mediodía come espléndidamente, toma café y copa, y después de terminada con calma tan importante función se dirige pian, pianito, por carretera ó camino vecinal, según su destino, á donde le han indicado los aficionados que se vende la mejor sidra. Da gusto verle por esos caminos de Dios con el consiguiente bamboleo de su cuerpo hercúleo, su gran barba entrecana, una cara que parece un sol, su pesado continente, el fardelito con la merienda en una mano y el garrote en la otra, andar algunos kilómetros hasta dar con la deseada *mezquita*.

A la llegada saluda á sus conocimientos, que por lo regular son todos los fuertes bebedores, y se sienta en un banco al pie de la cuba; en seguida saca de su pañuelo fardel las provisiones; poca cosa, alguna merluza de ocho ó diez libras ó una tajada de sustanciosa carne, como que es sastre que conoce el paño; é ínterin se lo preparan, comienza un rosario de vasos, tomándose media docenita para hacer boca. Le rodean amigos, admiradores y guasones que quieren *tomarle el pelo*, y alguno que otro caballerito de hongo que ha cultivado su amistad en Madrid ó Valladolid cuando Manuel iba á estos puntos por asuntos mercantiles.

Entablada la conversación, cuidadito con interrumpirle ó hacerle observaciones; es muy susceptible y no aguanta bromas; destroza el castellano y aun el vascuence, su lengua nativa, pero habla de las cortes y de la corte, del ayuntamiento y hasta de la Dominica, que tiene un puesto en el mercado.

Entretanto, merienda la carne con cuchara para que no se escape el jugo, y lo demás con los cinco mandamientos, tragándose el pan por libras.

La rociada de sidra es tanta, que asalta el temor de que ésta no hace más que cambiar de sitio. La cabida de *la cuba* de Manuel es de veinte á treinta vasos diarios, y su complacencia explicar quinientas veces á cuantos le quieran oir la cantidad de sidra que ha bebido en los cincuenta años que lleva de existencia, y que á su juicio llenaría la bahía de Pasajes.

Al oscurecer, y después de haber pagado el gasto de sus amigos, que no en vano es poderosísimo señor, emprende la caminata de vuelta á pie, él no pierde las antiguas y buenas costumbres; pero en recompensa, al llegar á las puertas de su casa, se le desarrolla un apetito tan voraz, que cena opíparamente, vacía algunas copitas de aguardiente y se acuesta tranquilamente hasta mañana, que se repite la misma función.

Este es uno de los pocos tipos clásicos de sidrería que quedan; pues que la mayoría, como hemos dicho antes, acude en grupo más ó menos numeroso, pero casi siempre en coche, y alguna vez en ferrocarril, según el lugar.

La tradicional romería á la sagardúa no existe ya apenas; la cerveza y el vino han concluído con ella, así como el moderno *restaurant* con las meriendas en el campo.

A pesar de todo, el lema de los escasos aficionados que permanecen fieles á las antiguas tradiciones, es que la buena sidra debe beberse al pie de la cuba.

ALFREDO DE LAFFITTE

EL PLACER DE LOS DIOSES

(Conclusión)

No descenderé á pormenores que yo mismo conozco apenas: fué la historia de siempre, la historia eterna de la virtud desvalida y débil en lucha desigual con el vicio fuerte y poderoso. Sagradas promesas de casamiento, amorosos extremos vencieron al fin la virtud de Rafaela que sólo advirtió cuán loca y cuán imprudente había sido cuando era demasiado tarde para remediar la locura ó corregir la imprudencia.

Ese pobre inocente que por ahí juega bien ajeno de su desgracia, fué el desdichado fruto de aquellos amores: su padre había desaparecido de Madrid algunos meses antes de nacer Rafael, encargando á uno de sus más íntimos amigos que arreglase este desdichado asunto como esa gente cree que se arregla todo, con un puñado de billetes de banco.

Recibí la triste noticia en Filipinas y desde entonces sé que no matan las penas: no sé lo que pasó por mí, ni sé lo que pensé, ni sé lo que hice; sé solamente que á los seis meses de conocer la noticia me encontraba en Madrid.

Abracé á mi pobre hija que, deshecha en llanto, apenas se atrevía á levantar hasta mí sus hermosos ojos; abracé á mi mujer, ¡pobre mujer! que para descargar á su hija de toda culpa, echaba sobre sí los cargos de imprudente y descuidada; besé al pequeño, inocente fruto de la culpa, y después juré por la sagrada memoria de mis padres que vengaría á mi hija y lavaría con sangre mi deshonra: juramento sacrílego que llevé á cabo.

En vano se arrojaron á mis pies mi mujer y mi hija; en vano apelaron á cuantos recursos les sugirió su ternura: nada oí, nada quise saber sino el nombre del seductor; no me lo dijeron ellas, pero me fué fácil averiguarlo. Cuando lo supe, cuando averigüé también su paradero, repetí con más fuerza y mayor encono el juramento que había hecho.

Todos los tormentos me parecían pocos para castigar al osado, al impío que había profanado la pureza de una joven tan hermosa, tan buena, tan noble como mi Rafaela.

Este pensamiento me quemaba la frente y me hacía concebir y madurar horribles proyectos.

Con tranquilidad que ahora mismo me espanta formé mi plan, lo medité con todo detenimiento, estudié sus dificultades, discurrí la manera de orillarlas, precaví los obstáculos y encontré medios para vencerlos, y una vez ultimado mi plan, púseme desde luego á llevarle á efecto.

Comencé por presentarme, con las reservas que mi situación de proscripto exigía, á mis antiguos parroquianos que, si bien censuraban lo que tenían en mí por fanatismo político, estimaban mi honradez y se hacían lenguas de mi probidad: fácilmente pude procurarme expresivas cartas de recomendación para el seductor de mi hija á cuyo servicio pretendía yo entrar como hombre de confianza, y nadie extrañó que yo ocultase mi verdadero nombre dada la crítica situación en que me encontraba. Provisto de buenas cartas de recomendación y de algunos aunque no muy abundantes recursos, me despedí de mi mujer, á la que no había de ver más y de mi pobre hija, y sin darles cuenta de mis propósitos, salí para Barcelona donde se hallaba el verdugo de mi Rafaela, el que yo había señalado ya como mi víctima.

No tardé en presentarme en su casa, y poco tiempo después me admitía á su servicio. Cuando por primera vez me encontré frente á frente con aquel hombre, con aquel joven cuya felicidad insolente era un verdadero insulto para mi desgracia, rico, considerado, lleno de comodidades, rodeado de placeres, sin límites para el deseo, sin obstáculos para la ambición; cuando pensé que aquel que solamente felicidades conocía, me había privado á mí de lo único que mitigaba mis amarguras y hacía llevadera mi desgracia; que un pasatiempo de aquel miserable gran señor, un rato de placer de aquel infame había sido bastante para causar la desgracia de toda mi familia, sentí inpulsos, impulsos muy poderosos, de arrojarme sobre él y sumergir mi puñal en su pecho; pero esto, que hubiera hecho sin remordimiento alguno, sin temor de ninguna clase, me privaba de la vida, y yo necesitaba vivir para mi hija y para su inocente Rafael. Me contuve, pues, á costa de duros combates y sacrificios penosos, y procuré captarme la confianza de mi amo.

El crimen es mas ingenioso que la virtud ó es que el hombre presta mas crédito á la mentira que á la verdad: el hecho es que, en muy poco tiempo, conseguí apoderarme del espíritu de Gonzalo, así se llamaba el padre de Rafael. Llegué á presumir que Dios era mi cómplice: tan



GREGORIO EL MAGNO, CASTIGANDO Á UN CODICIOSO, cuadro de Wassili Wereschtschagin
(Presentado en la Exposición de Berlín)

absoluta, tan completa fué la confianza que Gonzalo depositó en mí: era yo una necesidad para él; de mí se aconsejaba en todos los asuntos arduos de su vida; conmigo consultaba las cuestiones de intereses. No podía separarse de mí, y así lo confesaba él ingenuamente.

Este resultado me había costado dos años. Durante estos dos años nada escribí á mi familia, que ignoraba completamente mi paradero.

Entretanto mis proyectos de venganza se aproximaban á su realización, y yo solamente esperaba una oportunidad que no podía tardar en presentarse, para poner término á mi tarea.

Esta oportunidad llegó muy pronto. Mi amo había resuelto, sin consultarme esta vez, salir de Barcelona con dirección á Italia. Habíame encargado de tomar papel sobre plazas italianas y de convertir en oro todo el capital existente en casa, encargo que yo no había cumplido teniendo considerables sumas de efectivo capaces de tentar la codicia del ladrón más descontentadizo y avaricioso.

Así las cosas, me puse de acuerdo con el jefe de una cuadrilla de bandidos que se ocupaban en dar golpes de mano cuando el negocio era seguro y de consideración. Nuestro trato se cerró fácilmente, porque mis condiciones no podían ser más aceptables para mis cómplices. Ellos debían esperar una señal mía para penetrar en la casa cuya puerta yo habría dejado *sin cerrar*. *Ya dentro* de la casa, debían sujetar, maniatar y amordazar á mi amo, dejándole para mí, para mí solo, y ellos después podían llevarse tranquilamente dinero, billetes, alhajas, mobiliario, cuanto quisieran; yo nada quería de aquello: mi parte de botín era Gonzalo, aquel ladrón de mi felicidad, aquel asesino de mi hija. Yo le veía en sueños, yo pensaba en él despierto y le contemplaba á mis pies mudo, espantado, tembloroso; me veía blandiendo el puñal y *hundiéndole una, dos, tres*, cien veces en su infame seno, y gritándole para responder á sus gritos de angustia: «mírame, soy el padre de Rafaela, de esa pobre niña cuya honra ha sido para tí un juguete, cuya felicidad has destruído con criminal indiferencia;» y cuando pensaba en esto me sentía feliz, la venganza era para mí más que la vida.

Llegó la noche con tanto anhelo esperada; los ladrones apostados alrededor de la casa, esperaban mi señal; *inmediatamente* después de hecha, debían introducirse en la casa: yo había sacado previamente las cápsulas del revólver de mi amo y había quitado la carga á sus pistolas.

Aquella noche los contertulios de Gonzalo, otros jóvenes tan atolondrados como él, se retiraron tarde: yo cuando salí á despedir al último, dejé entreabierta la puerta y me apresuré á hacer la señal. El corazón me latió con violencia y más de una vez tuve tentaciones de cerrar la puerta y renunciar á mi proyecto en el momento mismo de realizarle.

En estas angustias me hallaba cuando oí la voz de mi amo que me llamaba; entré en su cuarto y le ví que se paseaba midiendo á largos pasos el salón que le servía de despacho.

«Manuel, – me dijo cuando me vió entrar, y sin interrumpir su paseo; – tú no eres un servidor para mí, eres un buen amigo. Muchas veces te lo he dicho y ahora voy á probártelo. Vas á encargarte en mi favor de una comisión difícil y delicada; pero tengo completa seguridad en que sabrás desempeñarla perfectamente. Tú ignoras á qué voy á Italia: pues bien; voy a casarme; pero la mujer con quien he de unirme no está en Italia, está en Madrid. Es una joven, tan bella como virtuosa, á quien amé y de quien fuí amado. No es mi igual por el nacimiento, pero ¡ay! es superior á mí por el corazón. Razones de familia, exigencias ridículas de la posición me obligaron á cometer con ella un crimen que de seguro sabrá perdonarme: la abandoné y pretendí olvidarla, no lo he conseguido; comprendo que mi cariño durará lo que mi vida dure y que el remordimiento de mi falta no dejará de atormentarme mientras no le dé mi nombre y mi mano legitimando así el fruto de este amor. Yo deseo que nuestra unión se verifique en Italia para evitar las hablillas y las murmuraciones á que daría motivo una boda desigual: pasaré con mi mujer algunos años en Italia, Alemania y Francia, y me volveré á Madrid donde sólo verán en mi mujer, no la hija de un obrero digno y honrado, sino la condesa de X. Quiero pues, y esto es lo que de tí solicito, que salgas mañana mismo para Madrid, que busques á *Rafaela N.*, que vivía hace muy pocos años en (dió las señas de mi casa), veas á su madre, una honradísima y buena mujer, digna madre de tal hija, entregues á una y otra estas cartas que para ellas he escrito y en las que me declaro solemnemente unido á Rafaela y las hagas que se pongan en camino de Italia á donde quiero que las acompañes...»

Pintar á V. las diversas emociones que al escuchar estas palabras experimenté no cabe en lo posible: el placer por una parte, el agradecimiento por otra, la alegría de ver á mi hija honrada otra vez y feliz para siempre, el temor de que aquello fuese un sueño; todo pasaba y repasaba por mi cabeza sin darme punto de reflexión; todo lo veía en un confuso montón de revueltas ideas, y cuando loco de alegría quería precipitarme á los pies de Gonzalo, cuatro hombres, que sigilosamente habían llegado hasta la habitación gracias á los medios por mí facilitados, se arrojaron sobre mi amo y le ataron sin que pudiera defenderse. *Yo, sin pensar en lo que hacía y sin recordar* que estaba indefenso, corrí al lado de Gonzalo, le desaté, me apoderé del revólver que sobre la mesa había y disparé inútilmente: yo mismo había descargado el revólver; ni mi amo ni yo teníamos armas; quise gritar y los ladrones que no comprendían mi traición ni se explicaban mi actitud, se dividieron en dos grupos para inutilizar á los dos enemigos. Ví caer á mi amo, muerto al parecer, sentí un golpe terrible en la cabeza y caí aturdido y sin conocimiento.

Al llegar á este punto, suspendió mi compañero su relación por algunos minutos. Hallábase visiblemente afectado. Roguéle que aplazase para otro día la terminación de la historia, y me dijo: «no, falta muy poco ya y prefiero terminarla ahora.»

Cuando recobré mis sentidos, me encontré en la sala de presos del hospital. Entonces supe que mi amo había muerto á consecuencia de sus heridas, pero que había tenido fuerza para prestar declaración; que las declaraciones de Gonzalo me habían sido muy favorables; que había dicho que era yo el hombre más honrado y más probo del mundo y que como servidor leal y decidido había caído á su lado dando mi vida por defender la suya; declaró que, si le sobreviviese, era su voluntad que fuese yo dueño de cuantos valores suyos existían en aquella casa que los ladrones abandonaron al cabo sin robar sorprendidos por la policía, aunque no capturados. Estaba, pues, en la sala de presos, no por el crimen cometido entonces que fué siempre un secreto, sino porque al registrar mis papeles se identificó mi persona y se supo que era fugado de Filipinas: un indulto vino á poner término á mi prisión; pero no á mis remordimientos que no me abandonan ni un instante

Por más que hice, cuando busqué las cartas que Gonzalo me había dado para mi hija, no conseguí encontrarlas: si la justicia se había incautado de ellas, no creyó conveniente desglosarlas del proceso; si no se incautó de ellas, en el trastorno de la refriega se extraviarían y acaso por papel inservible las arrojaron después á la calle. La verdad es que hube de abandonar á Barcelona sin poder llevar á mi hija este consuelo del tardío arrepentimiento de su desnaturalizado padre y la noticia de los dignos propósitos del padre de su hijo.

En Madrid supe que mi esposa había muerto ya y encontré moribunda á mi hija. La noticia de lo ocurrido en Barcelona á Gonzalo había llegado á conocimiento de una y otra; y aunque nada dijeron, sé perfectamente que adivinaron de dónde había partido el golpe que mató á Gonzalo: sabían cuáles eran mis sentimientos al abandonar á Madrid y temiendo constantemente una catástrofe, mi silencio les causaba el terror que inspira siempre lo desconocido. Mi santa mujer no pudo resistir el golpe: mi pobre hija, mi hija querida sobrevivió muy poco á su madre. Cuando logré verla, estaba expirando. Apartó su vista de mí, me pareció que con horror, y me señaló á su hijo que jugueteaba á los pies de la cama alegre y risueño como ahora le vemos.

Comprendí su recomendación muda y juré obedecerla. Desde entonces vivo para Rafael... y sólo por él vivo.

Mi deseo de venganza le dejó sin padre; mi deseo de venganza dió la muerte á su madre; mi deseo de venganza le ha quitado un apellido ilustre, una posición brillante, toda clase de bienes, ¿qué puedo yo hacer, pobre de mí, para darle algo que compense lo que le he quitado?

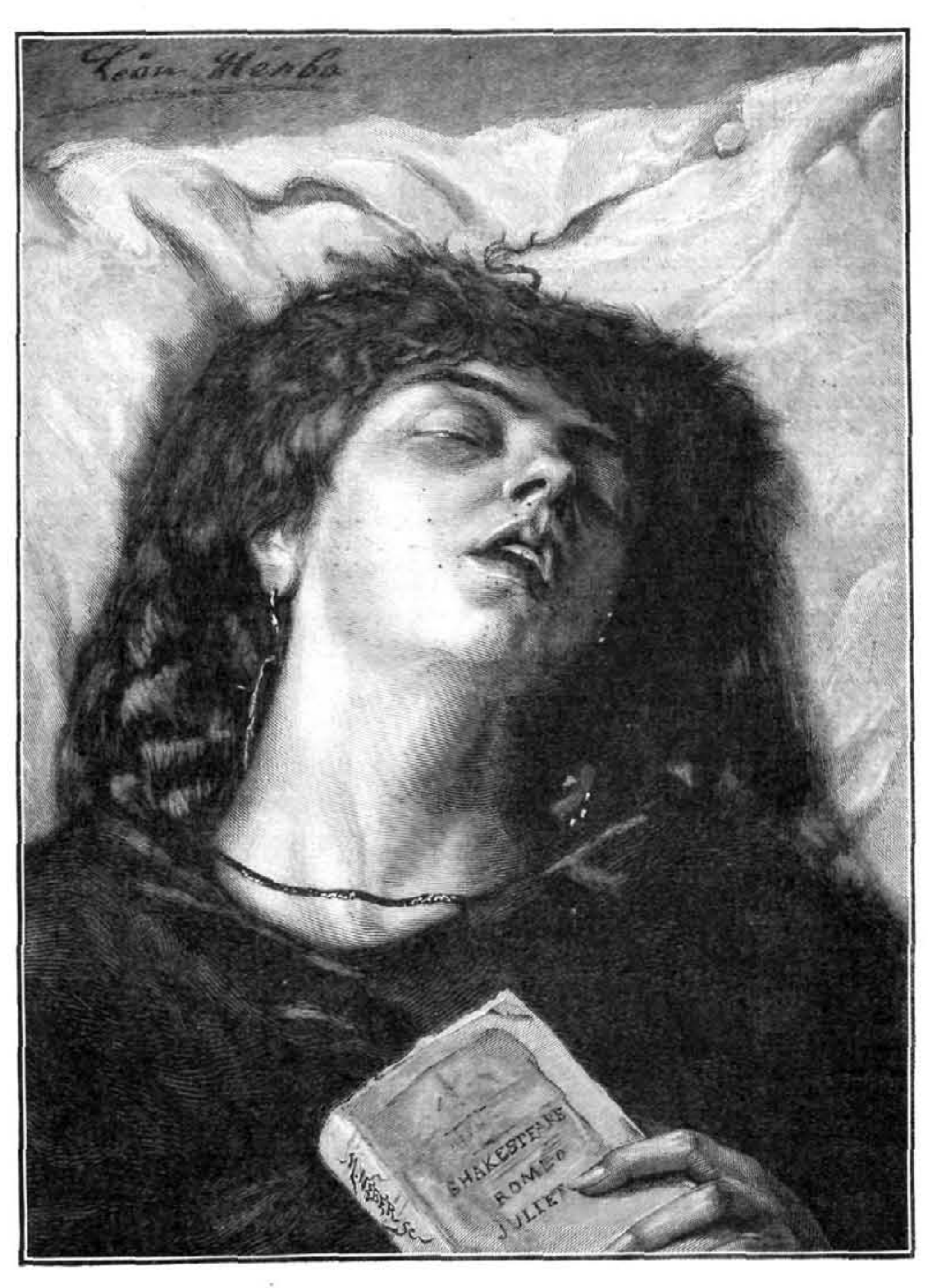
Aunque le diera mi vida, que no vacilaría en dársela, ¿qué vale mi vida para él?

Crea V., amigo mío, que este pensamiento me hace llorar.

Por eso cuando oigo á cualquiera hablar de venganza, el terror se apodera de mí, y ni sé lo que digo ni comprendo lo que hago.

Diga V. si no está justificado con esto... Al llegar á este punto, se acercó Rafael fatigado de su contínuo ejercicio y preguntó con angelical sonrisa: «¿Habéis acabado? ¿puedo quedarme aquí ó me voy al banco de enfrente?» Don Pedro sentó á Rafael sobre sus rodillas y le enjugó el sudor que corría por su tersa y pura frente de ángel. Yo contemplé con muestra de verdadera *compasión* al pobre niño, estreché la mano del viejo y me separé de ellos. Les he perdido de vista después, pero no puedo menos de recordar al uno y al otro cuando oigo decir que la venganza es sabrosa ó la titula algún majadero el *placer de los dioses*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

UN GIFFARD DE FUEGO

Si la *Naturaleza* pertenece al bello sexo, como su nombre lo indica y la tradición lo enseña, forzoso es confesar, en acatamiento á la justicia, que es señora por todo extremo juiciosa y en alto grado económica. Producir los mayores efectos con el menor gasto; utilizarlo todo, lo grande como lo pequeño; conservar íntegro el capital de la familia; no vagar inútilmente por extraviados senderos; ir por el contrario, siguiendo el camino más corto, á sus haciendas y deberes; no suspender sus trabajos ni un solo instante; tales son sus buenas y ejemplares costumbres, y sus invariables principios.

Por el camino *recto* va la luz, cuando las dificultades que encuentra no le obligan á torcer el rumbo, buscando siempre la menor distancia, compatible con las dificultades de la marcha, como sucede en la reflexión, en la refracción y en otros muchos fenómenos de la Óptica.

Su *energía* conserva íntegra, procurando ganar por un concepto lo que por otro concepto pueda perder; como sucede en las infinitas transformaciones del calor en electricidad, de la electricidad en trabajo mecánico, de la corriente en luz, y de la luz en acción química, pasando así en evolución eterna, de unas en otras formas en el seno de un todo invariable y constante.

Por el principio de la *menor acción* demuestra en mecánica, que las leyes del mundo físico, tal como está ordenado, son las más económicas entre todas las leyes que hubieran podido imponerse á la materia.

Y de esta suerte pudiéramos ir ensalzando las cualidades de la *madre común*, su previsión y su arreglo en la inmensa faena del mundo inorgánico.

Pero si la *madre* es adorable modelo de juicio y prudencia, hay que reconocer humildemente que sus señores hijos, los *humanos*, no han heredado las virtudes domésticas de la que, en su propio seno y con sus maravillosas fuerzas vitales, les dió inteligencia y actividad, y forma nobilísima para ejemplo y estímulo de las artes plásticas.

El hombre es de suyo derrochador y despilfarrado, y en sus grandes orgías devora todo el capital de la familia, sin cuidarse del porvenir de sus descendientes, ni de la pobreza en que ha de sumir á las futuras generaciones.

Derrocha su ingenio no pocas veces en insustancialida-

des; aniquila sus energías en el vicio; derrama su sangre á torrentes en los campos de batalla, por causas santas en alguna ocasión, por odiosas ambiciones en otras muchas; y en lo grande como en lo pequeño, por cada trance en que se muestra digno de su grandeza, en otros mil preséntase como un *sublime calavera*, que cuaja la historia de aventuras escandalosas y asombra y deslumbra con sus gigantescas excentricidades.

Entre otras infinitas que pudiéramos presentar, valga esta prueba de las afirmaciones que preceden.

Trabajó por nosotros durante siglos y siglos, que se cuentan por millares, el astro central de nuestro sistema planetario, á fin de economizarnos un respetable caudal de fuerza bajo forma de *carbón*.

Hubiera sido de ver, si hubiera podido verse, al sol de los tiempos prehistóricos, tendiendo hacia latierra, como dedos gigantescos, sus infinitos rayos de luz: cogiendo con toda delicadeza cada molécula de *ácido carbónico*, separando de una parte el oxígeno y de otra el carbono, lanzando aquél á la atmósfera y colocando cuidadosamente en el maravilloso tejido vegetal el átomo libre de carbono.

Hubiera sido de ver, decimos, cómo arropaba bajo tierra ramas y hojarasca y troncos carbonizados; cómo prensaba durante siglos y siglos los grandes depósitos de hulla; y cómo conservaba la provisión de fuerza, de calor, de luz y de energía, en las grandes cuevas del edificio geológico, para regalo y riqueza de sus ingratos, imprevisores y mal educados descendientes.

Porque acababa el siglo XVIII comenzaba el nuestro, y cayó el hombre en la cuenta de que esto de quemar carbón es manera sencillísima de obtener inmensa fuerza motriz, y es por ende centuplicar las energías de la industria, dar alientos de vapor al comercio, y satisfacción espléndida á las mil y mil necesidades de la raza humana, comprimidas por la miseria en los siglos medios, y despiertas y codiciosas de placer en los tiempos modernos, por la facilidad con que el placer se brinda, y el poco trabajo con que se consigue.

Bien echado está el cálculo, y no fué otro el objeto de la próvida naturaleza al ordenar á su gigantesco y activo servidor, el gran astro del día, que separase en las brumosas atmósferas de los bosques primitivos, de una parte todo el *oxígeno* y de otra, en la masa vegetal, todo el carbono que con el aire vital hallábase combinado.

Obrero maravilloso fué el sol y á conciencia, si la tiene, cumplió el mandato recibido: separados fueron el oxígeno y el carbono, consumiéndose en separarlos un inmenso trabajo, que durante miles de años ha permanecido bajo forma *potencial*: en la atmósfera ha vagado el oxígeno; en las entrañas de la tierra ha dormitado el carbono; y cuando en el hogar de una máquina se encuentre un trozo de hulla y una corriente de aire, al precipitarse y unirse, engendrarán todo aquel trabajo que el sol empleó en alejarlos uno de otro y, bajo forma de calor, obtendrá la industria moderna la energía acumulada en las primeras edades de nuestro globo.

De su herencia dispone el hombre, y no está en ello el daño, sino en que tira y derrocha, como antes decíamos, de modo tal, que en tres ó cuatro siglos habrá consumido todo su patrimonio, agotando las ricas minas de carbón de piedra, que no há muchos años parecían inagotables y cuyo fondo hoy con espanto se calcula, y se ve como ve el pródigo en el fondo del arca las últimas onzas de oro que su buen padre economizó durante toda una vida de laboriosidad y privaciones.

Y no decimos que *derrocha* porque *gaste*, sino porque consume cantidades enormes sin utilizar de ellas más que una pequeñísima parte.

He aquí la demostración, bajo forma de unas cuantas cifras.

Para separar de *un kilogramo* de carbón el oxígeno que con él se hallaba combinado, empleó el sol de las primeras edades geológicas, un trabajo representado por 3 millones 400,000 kilográmetros, de suerte que al quemar hulla en una de nuestras máquinas de vapor, es decir, al estimular la unión de cada *kilogramo* de combustible con el oxígeno correspondiente á esta masa de carbono, *consumimos* 3.400,000 kilográmetros.

Pero de esta cantidad total, ¿qué parte se utiliza?

Esto es lo triste, aquí está el derroche, y en él consiste la gran responsabilidad de la generación presente para con las generaciones venideras.

Cada kilogramo de carbón consumido, sólo produce, aún en las máquinas más perfectas, 270,000 kilográmetros.

Destruir 3.400,000 kilográmetros y no aprovechar más que 270,000 km., es lo mismo que utilizar el 8 por 100: ni *la décima parte* siquiera de la fuerza total.

Es lo mismo, repetimos, que si el heredero de una gran fortuna de cada 100 duros de su capital utiliza 8, arrojando los 92 restantes por la ventana; y séanos permitido lo vulgar del ejemplo, en gracia á su exactitud y á su claridad.

Y si bien es cierto que el 2.° principio de la Termodinámica demuestra que la transformación del calor en trabajo no puede realizarse por la totalidad de aquél, no es suficiente esta circunstancia para justificar la pérdida absoluta de fuerza motriz que con el sistema actual hemos señalado, y que en términos generales aceptan todos los autores que de esta materia tratan. Basta con observar que más del 50 por 100 de la fuerza que representa el combustible huye á la atmósfera y en ella se pierde por la chimenea de la máquina en espesas y caldeadas nubes de humo.

Sería una transformación total de las industrias y un aumento extraordinario de riqueza, cualquier invención que permitiese aprovechar de ese 92 por 100 de pérdida, otro 8 por 100 siquiera: que en esta modestísima hipótesis la fuerza industrial se habría duplicado de un golpe, y aun quedaba el campo abierto á nuevas invenciones para triplicarla, cuadruplicarla y recorrer toda la escala del 8 por 100 al 100 por 100 como límite.

No es esta pérdida un misterio; que harto se conoce, y harto se encarece; y á reducirla en lo posible tienden numerosos inventos: las envolventes de vapor, la expansión del mismo por escalones, las máquinas compound; el sistema de cadenas metálicas de Mr. Tellier; y tantas y tantas combinaciones ingeniosísimas y más ó menos útiles en la práctica.

Pero con ser importante en sumo grado lo que hasta aquí llevamos escrito, no se explica el título del presente artículo, ni adivinará fácilmente el lector qué es, ni qué relación tiene con la economía de combustible *un Giffard de fuego*.

Ante todo, ó mejor dicho, después de todo, porque estas breves líneas tocan á su término, recordemos al que lo haya olvidado, ó expliquemos al que no lo sepa, que Mr. Giffard era un célebre ingeniero francés, que trabajó brillantemente en el problema de la navegación aérea; que inventó un *inyectador* ingeniosísimo para alimentar de agua las calderas de las máquinas, con cuya invención hízose poderoso; y que á dicho mecanismo, hoy universalmente empleado, se le da el nombre de Inyectador Giffard.

Pues bien, si convirtiéramos el hogar y la chimenea de una máquina en un enorme inyectador; si los productos de la combustión en vez de perderse en la atmósfera actuasen por su propia fuerza expansiva dentro de la misma chimenea; si utilizando una parte de su fuerza el mecanismo lanzase sobre las ascuas del hogar una violenta corriente de aire; y si todo estuviese protegido por envolventes aisladoras; tendríamos lo que pudiera llamarse un *Giffard de fuego*, porque en vez de circular por él vapor de agua y agua absorbida de un depósito, circularían directamente los productos de la combustión actuando como fuerza motriz.

Y como el artículo termina, es imposible que desarrollemos esta concepción más que teórica, de puro simbolismo científico; y con la cual hemos procurado dar forma sensible á uno de los problemas capitales de la industria moderna y de la Termodinámica: utilizar toda la energía de que es capaz un combustible, suprimiendo las pérdidas del hogar, del humo y del aire calientes, de los enfriamientos, de las expansiones incompletas, de la temperatura final y de toda clase de resistencias pasivas.

Mucho pedir es, pero en el pedir no hay engaño, según dice el popularísimo refrán de pedigüeños y esperanzados.

J. Echegaray

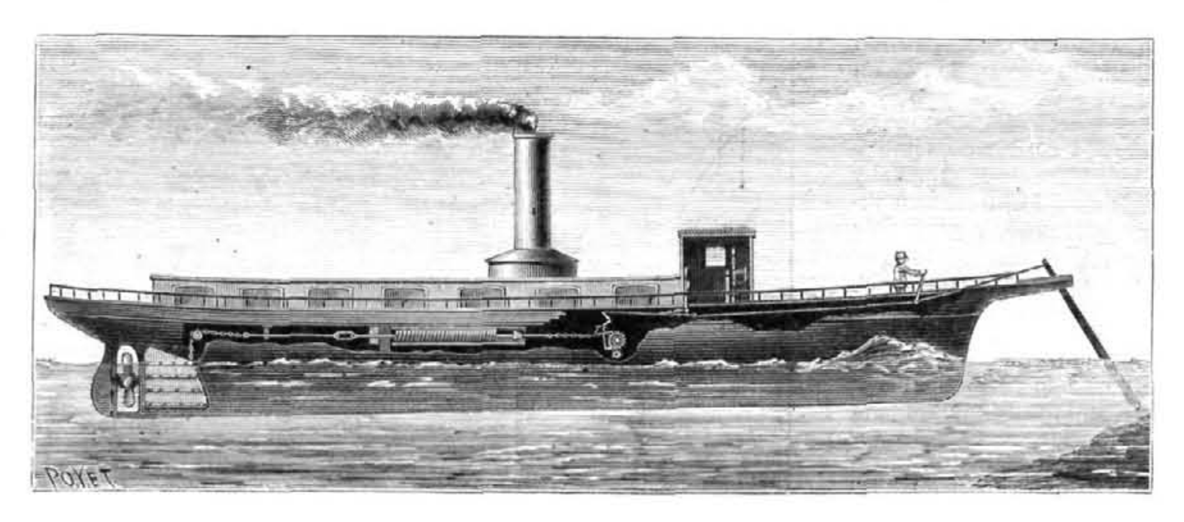


Fig. 1.—El buque *Ciudad de Florencia* con el freno de Mac-Adán

EL FRENO DE MAC-ADÁN PARA LOS BUQUES

(Artículo tomado del periódico *La Nature*)

No es posible hallar ningún medio de locomoción que no ofrezca peligros, y éstos son tanto más graves cuanto mayor sea la velocidad del medio de transporte empleado. Por esta razón los trenes de los ferrocarriles, en los que la velocidad es muy grande, si encuentran en su marcha algún obstáculo, ocasionan espantosos siniestros. La catástrofe de Monte Carlo, que tuvo lugar á principios del año actual, puede servirnos de triste ejemplo. Para poder evitar tales peligros, basta que cuando se tema fundadamente un choque, haya un freno bastante enérgico que pueda detener repentinamente, ó casi de repente, los vehículos que forman al tren. El freno de Westinghouse ha venido casi á llenar esta necesidad en los ferrocarriles, porque facilita la detención de un tren en un corto espacio y porque en la práctica se han evitado muchos choques merced á su uso.

La locomoción marina por medio de buques de vela ó de vapor no está exenta de tales peligros, ya porque las colisiones ó choques entre dos de ellos son más frecuentes, ya también por la dificultad que hay en evitar el encuentro de los hielos flotantes.

En la navegación, como en la locomoción terrestre, es necesario un freno: pero en la primera se necesita obtenerle en la misma agua en que se mueve.

A este fin ha construído, hace poco, el americano Mac Adán un ingenioso aparato del que vamos á dar á nuestros lectores algunos detalles tomados del *Scientific American* de Nueva-York.

A fin de conseguir Mac-Adán detener de repente á un buque en movimiento, ha tenido la idea de colocar en los dos costados posteriores del mismo dos paletas ó compuertas que por su gran superficie pudieran servir de freno.

Semejante idea, muy sencilla en teoría, ha obtenido resultados prácticos. La fig. 1. nos presenta la manera de funcionar el aparato. Las anchas paletas, revestidas de planchas de hierro y protegidas con bandas del mismo metal, están montadas sobre charnelas y colocadas en el codaste, en la parte anterior del bastidor del hélice. Cuando el aparato no funciona, quedan en contacto con los costados del buque, y á fin de que conserven esta posición, se las sujeta por medio de fuertes cadenas que salen por los escobenes abiertos en el casco. Si se desea que funcione el freno con objeto de que disminuya la velocidad del buque, basta sólo que se abran las paletas, en cuyo caso toman la posición que se indica en la fig. 2; pero al mismo tiempo que esta maniobra ha de ser rápida, es necesario que no sea violenta y que se eviten los choques bruscos. Para obtener este efecto, las cadenas suben á la parte superior sobre la línea de flotación y, después de haber pasado por galetes dispuestos de la manera más conveniente, se sujetan á fuertes resortes en forma espiral, que funcionan en cilindros, como puede verse en la fig. 1., y moderan los choques al abrirse las paletas por medio de la acción de la cadena sobre el eje ó tronco del cilindro.

En la posición habitual, ó sea durante la marcha normal del buque, un aparato de enganche hace que las compuertas estén perfectamente abiertas. Un alambre de acero, que corre á proa, permite que se maneje fácilmente el pasador ó desenganche, bien desde el camarote del capitán, bien desde el puesto que ocupa el timonel ó bien automáticamente por medio de una berlinga colocada en la proa y que toca en el fondo cuando hay poca agua.

Cuando se verifica el desenganche, los pequeños resortes que se encuentran entre los costados del buque y las compuertas, hacen que éstas se muevan suavemente hacia fuera; el agua penetra en las aberturas, y por medio de los resortes interiores se lleva á cabo la separación moderada de las paletas.

El aparato anterior se ha montado en un vapor de 170 toneladas, *Ciudad de Florencia*, que mide 39^{m} metros de eslora, 6,30^{m} de manga, 3,30^{m} de calado, y cuyas paletas ó compuertas tienen una superficie de 10 metros. Marchando el buque á toda velocidad, se ha detenido á los 22 segundos después de haberse cerrado la caja de vapor; y

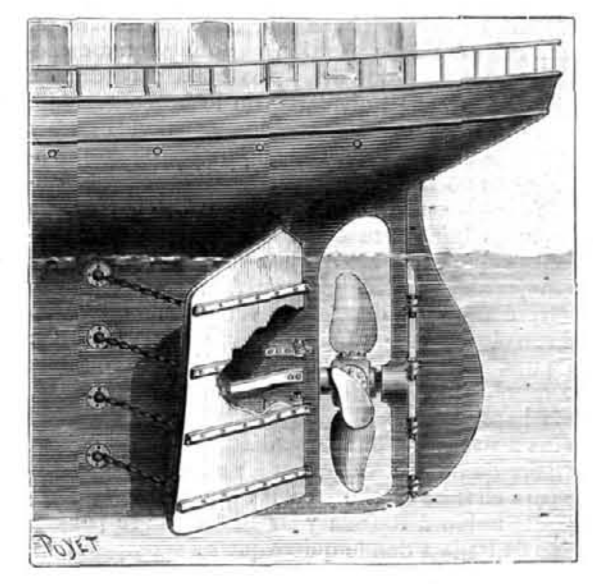


Fig. 2.—Freno para los buques, abierto y funcionando

dando contravapor, á los 12 segundos. Se han hecho tambien ensayos abriendo las paletas cuando marcha á toda velocidad, y el andar reposado del buque ha demostrado los útiles y beneficiosos resultados del freno de Mac-Adán.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artistica

Año V — Barcelona 27 de diciembre de 1886 — Num. 261

Número extraordinario.—Regalo a los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Si pudieran en estas líneas condensarse todos los dolores, si con lágrimas pudieran escribirse las breves frases de esta introducción, lágrimas y dolores serían el tributo más elocuente que depositar ante la tumba del poeta. ¿Qué palabras habrá bastante expresivas para verter al papel lo que el corazón sufre y siente y no encaja en el estrecho molde del lenguaje? ¿Cómo lamentar sino con ayes y suspiros la memoria del amigo muerto en flor, cuando aun no habían estallado los volcanes de ingenio y de talento que hervían en aquella cabeza privilegiada, en aquella frente que apenas pudo reposar tranquila una sola noche sin que insomnios crueles pretendieran turbar su lucidez? Ni miserias ni desengaños ni amarguras hicieron mella en su poderosa inteligencia; luchó con el destino, probó todos los acerbos cálices del dolor, agotó todo el triste caudal de desencantos que presenta la vida, no gozó apenas día sereno, que hasta sus sueños é ilusiones mataba la realidad, y al fin se dobló su cuerpo como el lirio que troncha el huracán; mas el tiempo no ha podido arrebatarle su perfume, que aun exhala, y hoy, cuantos aman las letras y rinden culto á lo bello buscan con afán las hojas secas, pero siempre vivas, que dejó arrojadas á su paso por este mundo: la flor se ha marchitado, pero la esencia ha subido á los cielos y ha llenado la tierra con su aroma!

¿Qué significa el presente número, cuya primera página abro con el temor natural del que reconoce su insuficiencia, pero con el entusiasmo del que ayuda á reparar injusticias y hacer el bien? ¿Qué representa la ceremonia sencilla, pero conmovedora, de colocar la primera piedra para el monumento que ha de recordar aún más si posible fuera en esta Sevilla la memoria de Gustavo Adolfo Bécquer? ¿Qué valor tiene la velada literaria celebrada en su honor? ¿Por qué se trasladan sus restos mortales sin pompa ni aparato para que duerman el sueño eterno á orillas del Guadalquivir? ¿Por qué se coloca modesta lápida conmemorativa en la casa donde abrió sus ojos á la luz?

Preguntas son éstas cuya contestación podría encerrarse en una sola palabra que sale del corazón y brota rápida de la pluma... ¡Perdón! sí, ¡perdón! en nombre de los que te desconocieron y te abandonaron y colocaron hiel sobre tus lábios y sobre tus heridas: hoy queremos llegar hasta las alturas donde moras con la esperanza de ser perdonados; si es posible que lavemos el pasado, acepta esta reparación por todos los que te ofendieron y baje hasta nosotros el rocío del cielo y adivinemos tu sonrisa y tu perdón en el crepúsculo de la tarde, cuando suben las oraciones hasta el trono del Altísimo acompañadas por el melancólico son de la campana, cuando se esparcen por la tierra misterios, sombras y armonías.

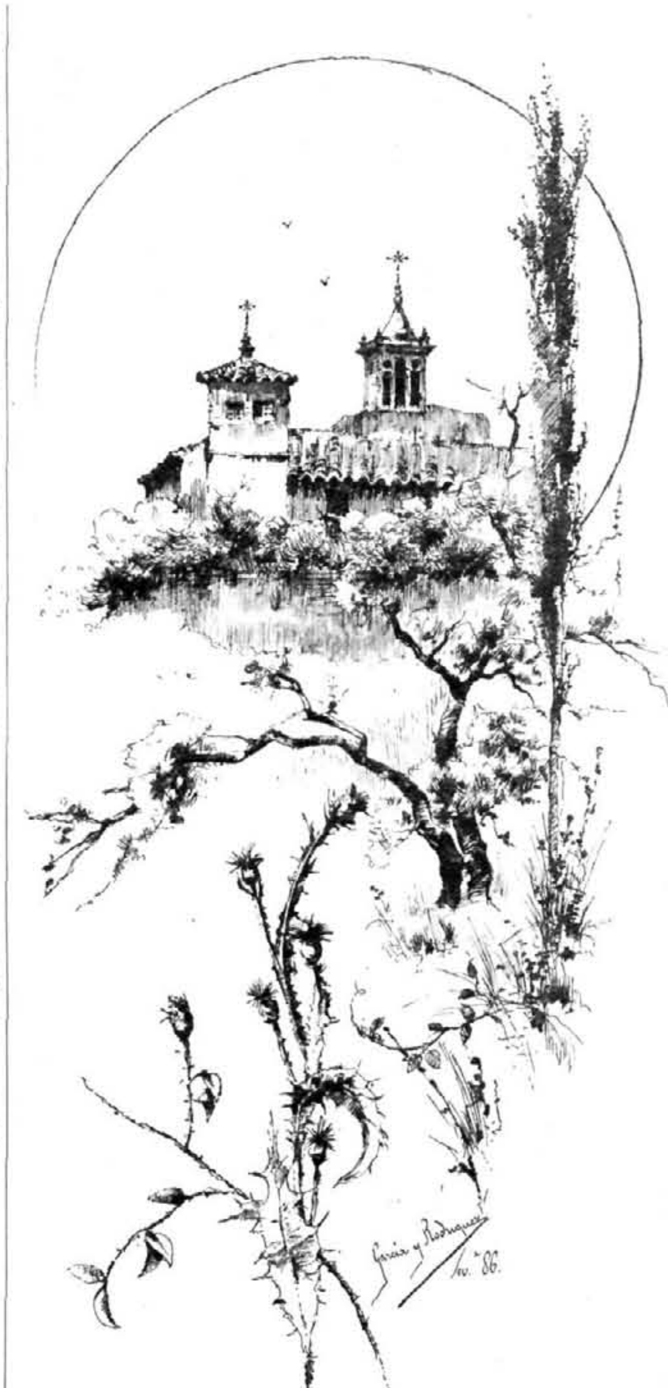
Bécquer: tus ilusiones de adolescente van á cumplirse. A la orilla del Guadalquivir, entre el puente que conduce á la fabril Triana y el arruinado convento de los Jerónimos, en uno de los remansos que forman las aguas, una cruz gótica y una piedra dirán que allí vive tu recuerdo; los álamos arrullarán tu sueño, el sauce llorará tus desventuras, las campanillas y los lirios subirán á besar tu nombre, y todo un pueblo vendrá en día señalado á depositar flores y coronas y á proclamar tu genio, que cual sol vigoroso ha roto las nubes que amortiguaban su lumbre y brilla con claro é inusitado fulgor. ¡Gloria á Bécquer! gritarán las generaciones futuras – ¡Perdón! continuaremos gimiendo nosotros...

Y el viajero que llegue á la ciudad de San Fernando llamado por la fama de sus artísticas bellezas, al cruzar impulsado por la vertiginosa locomotora, el barrio de los Humeros, fijará sus ojos en aquel sencillo monumento, preguntará quién reposa en aquel poético sitio y al escuchar tu historia y al conocer tus libros llevará á su patria un nombre más que añadir á los de los grandes poetas y escritores de la humanidad, y podrá exclamar: «Sevilla no es ingrata; ha honrado á su hijo querido, ha dominado la pereza que le achacan, ha vencido su apatía y ha dado un ejemplo que guarde el corazón de los buenos como preciada reliquia, como bálsamo consolador...»

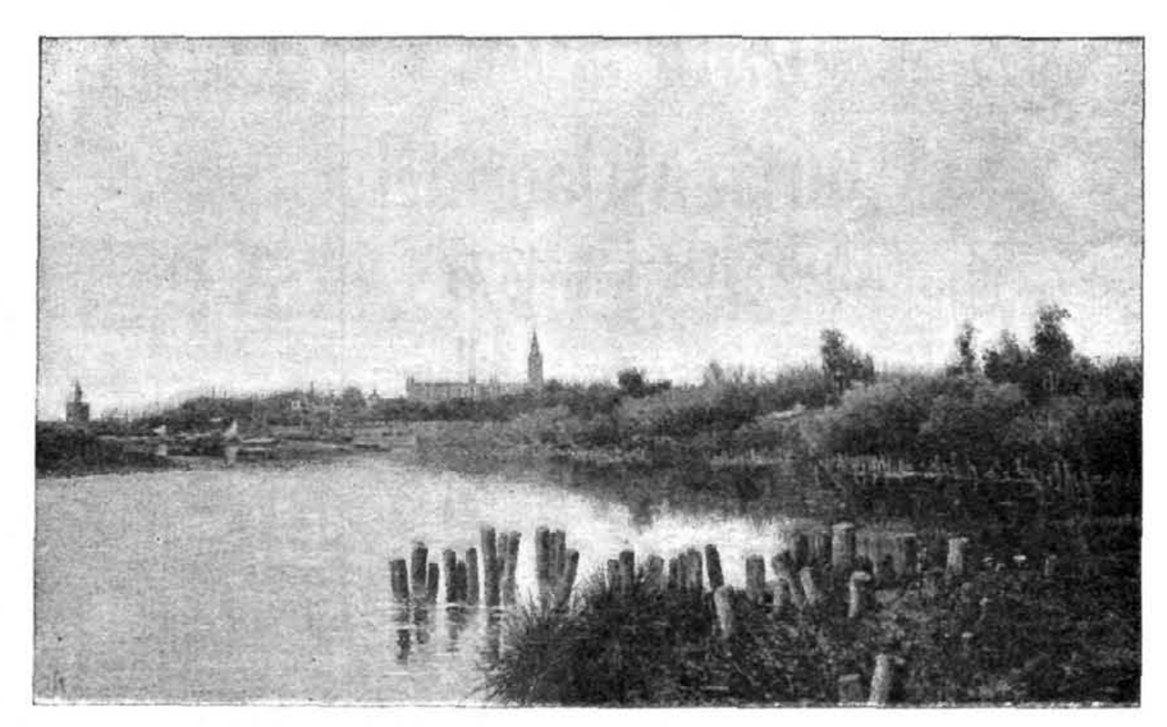
Sería insigne temeridad mezclar en estas líneas, hijas sólo del sentimiento, juicios críticos más ó menos rápidos del carácter de Bécquer, de sus obras y de su importancia literaria; el artista, el poeta, el escritor están juzgados; pocos años han bastado para otorgarle la corona merecida y, prueba clara y evidente de su alta significación, apenas había dejado el que fué para él valle de lágrimas perenne, cuando ya su nombre resonaba en todos los oídos, pasaba los mares, inundaba las prensas y adquiría la popularidad que hoy tiene y que crece á medida que el tiempo hace más luz y el entendimiento penetra con atención en los riquísimos tesoros que encierran sus artículos, sus cartas, sus leyendas y sus rimas.

Energía, sentimiento, estudio concienzudo del idioma, galanura inexplicable en el decir, profundidad del pensamiento, erudición extraordinaria, facilidad pasmosa de asimilación, gusto exquisito y depurado, todas estas condiciones juntas hacen de Bécquer uno de aquellos escritores que revelan en pocas hojas su inmensa valía y le señalan puesto de honor en la historia literaria del siglo presente. Su temprana muerte secó los caudalosos torrentes de su magnífica inteligencia, cortó el hilo de su inspiración cuando producía frutos más sazonados y abundantes, y no puedo menos de protestar contra los que han dicho que Bécquer valía más por lo que anunciaba que por lo conocido: basta una *Carta desde mi celda* para darle el título de hablista sin igual; sus *Rimas* son todo un hermoso poema que no necesita ampliación. ¿Para qué más? Cójase al azar cualquiera de sus páginas, y el que no devore aquellas líneas, el que no sienta con el autor, el que no lo comprenda, el que no vea la belleza incomparable de la forma y la intención y grandiosidad del asunto, arroje el libro; para ese no tiene Bécquer confianzas, para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesía.

. . . .



El monasterio de San Jerónimo, dibujo de M. García Rodríguez



Vista de Sevilla, tomada desde los Remedios, dibujo de Antonio Cánovas

Acude, juventud sevillana, y haz tu paseo predilecto del lugar donde descansa el poeta; vé todos los días á refrescar sus laureles, á entonar himnos de loa sobre su tumba y á levantar los ojos ante la cruz pidiendo paz eterna para el que se adurmió tranquilo al sentir las alas de un ángel que se posaban sobre su frente: vé allí, y dí al que lo ignore que hubo un hijo ilustre de esta ciudad que sufrió todos los tormentos, que apenas tuvo reposo para dar rienda suelta á los raudales de su potente genio, y que murió pobre y triste y abandonado; dí por todas partes que ese víctima de desdichas sin cuento es uno de los que dan mayor esplendor á las glorias literarias de nuestra patria; y no olvides que, aun cuando tarde, los hombres se acuerdan de él y le tributan los honores debidos. Juventud que nacesá la vida, sírvante de enseñanza las amarguras del poeta y sírvate su recuerdo para inspirarte en un alto espíritu de generosidad y de protección. ¡Qué mayor satisfacción podrías dar á Bécquer! ¡qué triunfo el suyo, si agrupados al rededor de su tumba echásemos los cimientos de una verdadera fraternidad, si su memoria fuese el poderoso impulso que uniera todas las voluntades y salvásemos de los escollos y las borrascas de la vida al que, desalentado y sin fuerzas, se viera próximo á perecer!... Entonces sí que nos creeríamos perdonados, entonces sí que vendría á vivir para siempre entre nosotros la sombra del poeta, el espíritu inmortal de Gustavo Adolfo Bécquer.

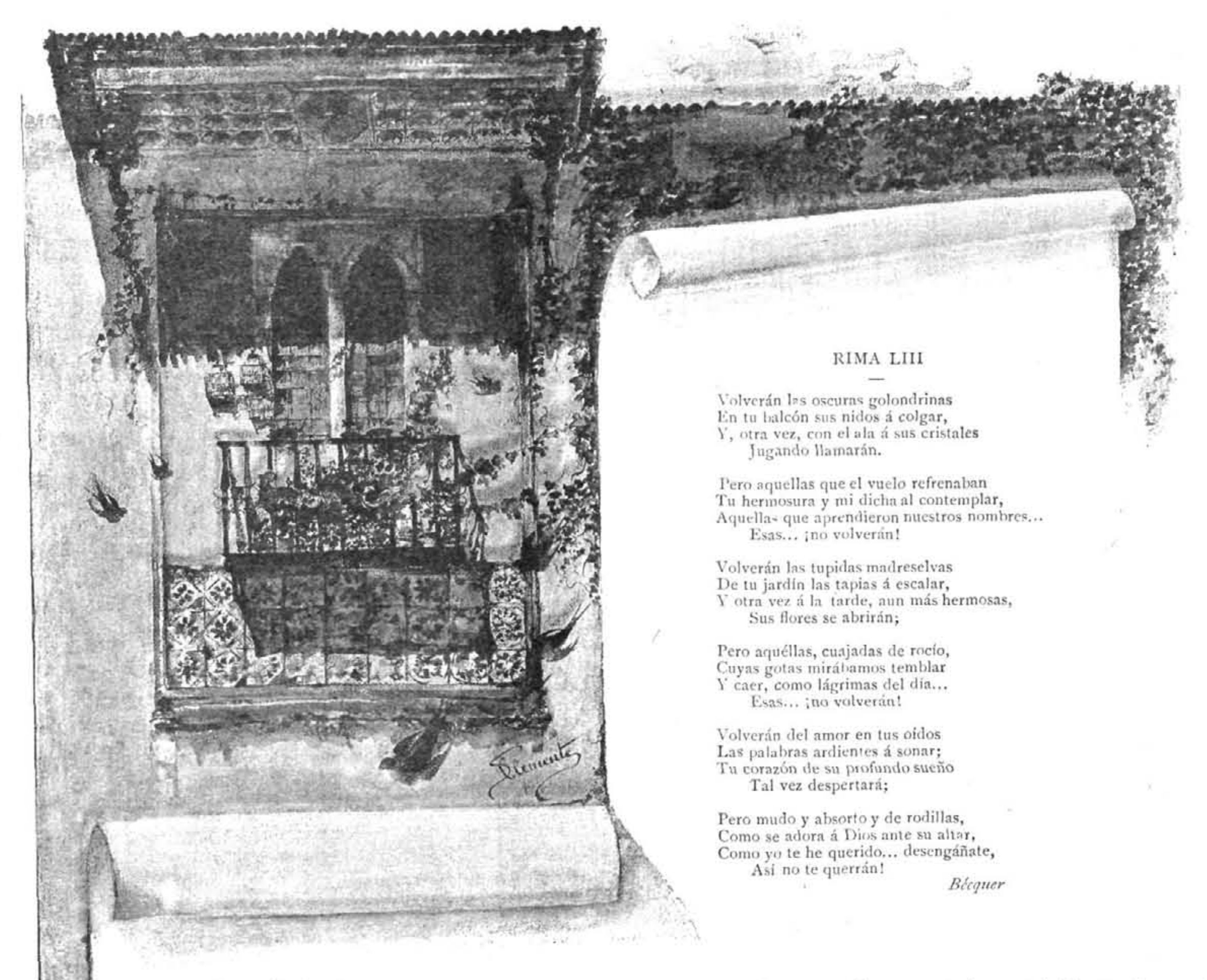
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Nunca he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy á tratar, y sin embargo jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros; es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyo hilos rotos flotan al acaso; de una vida que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta, y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

En Sevilla y en el mismo barrio en que el célebre caballero D. Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de D. Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vió desfilar su propio entierro, nació en 1836, dos años después que su hermano el pintor, don Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus



antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo XVI avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias. Fué su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre doña Joaquina Bastida. Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, á unos en la niñez y á otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, don Juan Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre hasta que ya crecidos pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla á la margen del río un colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Montpensier, en cuyo establecimiento planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Marcantes*, de Triana. Era preciso para ingresar en ella, ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado que costeaba la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fué también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo á una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas colgadas de trecho en trecho me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario, y digo *nuestro*, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama que se titula, si mal no recuerdo, *Los conjurados*. Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aquellos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando á los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que á fuerza de penosos combates y rudas pruebas adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fué suprimido de real orden y nos encontramos en la calle. Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos á ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fué recogido por la señora Monchay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Esos libros fueron una mina para Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles, ya el principio, ya el fin, los empezaba ó concluía de su cosecha, devanándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente; las Odas de Horacio, traducidas por el P. Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras mías, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo, una *Al viento*, imitación de Zorrilla; y otra en verso suelto, de corte horaciano, dirigida á mí, se empezaba de este modo:

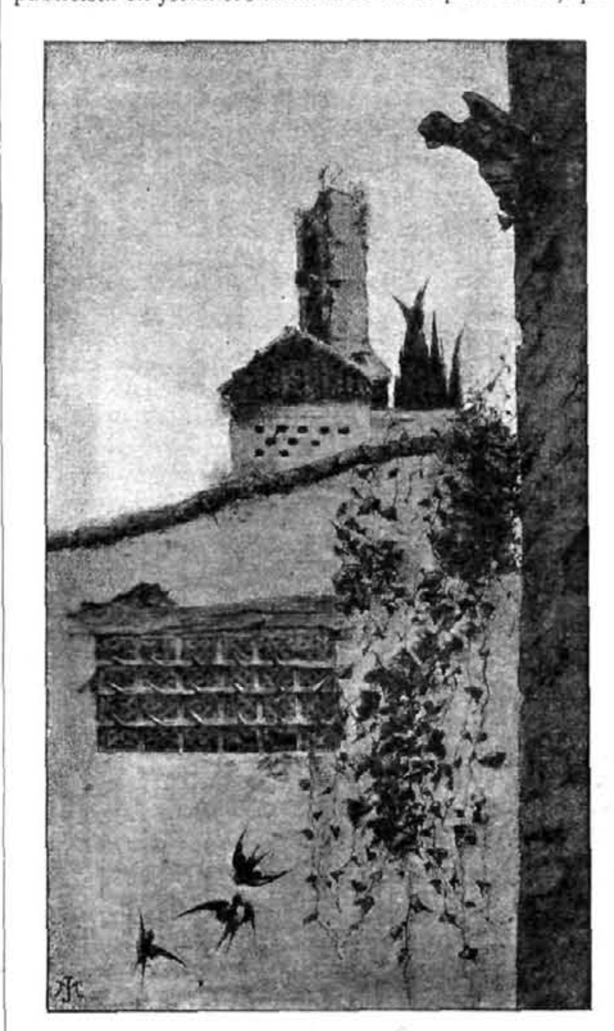
> Muy más sabrosos que la miel hiblea,
> Más gratos que el murmullo de la fuente,
> Me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849, había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo; uno de tales estudios, situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era el de D. Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abdelasis, junto al patio de Banderas, se hallaba dirigido por D. Joaquín Domínguez Bécquer, hermano y discípulo de D. José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste á los 14 años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos ejercitándose en el dibujo, para cuya arte, como para todas las demás, poseía extraordinarias dotes. Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aún con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico titulado: *La Conquista de Sevilla*. Poco tiempo antes de morir y hallándonos ambos en Madrid, ¡con qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenas de penetrantes perfumes de azahar y alumbradas por un sol de fuego, ó por la redonda y ancha luna que hacía brillar el río como si fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos á las ruinas de Itálica; las cien y cien leyendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantescas naves de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, ó las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles que, desde los huecos de sus hornacinas ó desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente, á nosotros, tan jóvenes y entusiastas!

El tiempo es despiadado: barre y se lleva á su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo á Madrid, resuelto á conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó á la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir á las necesidades más imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

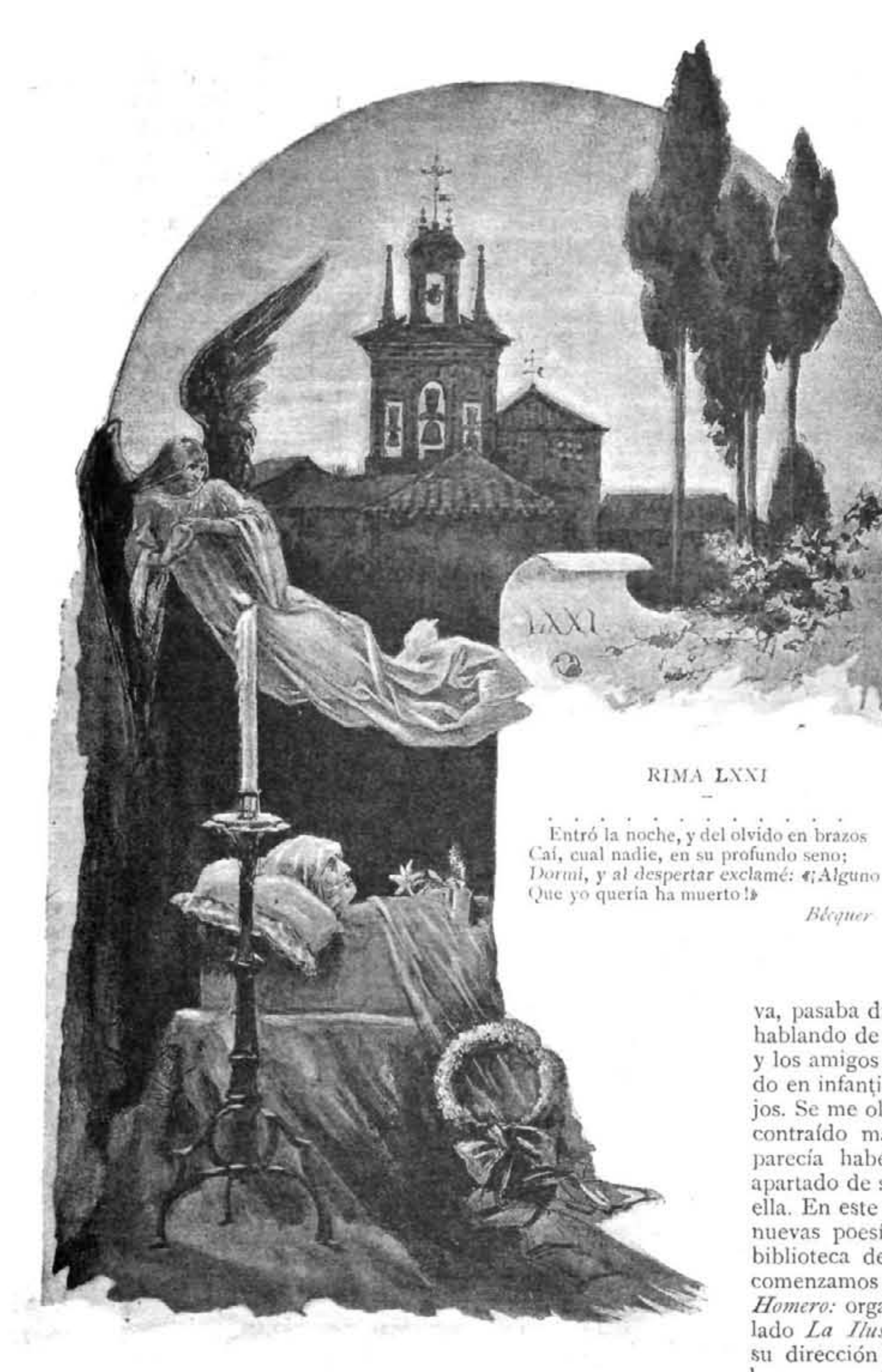
En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la *Historia de los templos de España*, de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, á no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente á las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor á buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentando plaza bajo tal ó cual enseña política, y convirtiéndose de publicista en jornalero asalariado de la publicidad, que á



DIBUJO DE J. OREJUELA, INSPIRADO EN LA RIMA LXX DE BÉCQUER

veces desarrolla proyectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan, y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número



RIMA LXXI

. . . .
Entró la noche, y del olvido en brazos
Caí, cual nadie, en su profundo seno:
Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno
Que yo quería ha muerto!»

Bécquer

COPIA DE UN CUADRO DE NARCISO SENTENACH

de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado prensa periódica. Gustavo en 1861 escribía para *El Contemporáneo*, diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor Valeriano, al histórico monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas: *Desde mi celda*, que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó á la corte, donde comenzó á publicar en unión de su buen amigo D. Felipe Vallarino la *Gaceta literaria*, cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos á conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863, continuó Gustavo formando parte de la redacción de *El Contemporáneo* y embelleciéndolo con varias *leyendas* llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fué á buscar la salud el verano del 64 acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del *Miserere* fantástico, y también otras varias no menos interesantes.

A su vuelta de los baños de Fitero, continuó en *El Contemporáneo*, y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político que su situación le imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse á sus estudios favoritos, mejor diré, á sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fué grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, tituladas *Rimas*. Don Luís González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas un prólogo é imprimirlas á sus expensas: ¡tal fué la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868: cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente seguro refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo, volvió los ojos á la poesía, pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre otros papeles y libros. Con ímprobo trabajo consiguió el poeta ir recordando y trascribiendo sus composiciones; retirado á la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y esperanzas, que á un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, á su regreso de los baños de la costa del Norte, vino á vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se entregó con afán á su vida solitaria y contemplativa, pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban á visitarle, ó alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio, verdad es que á él parecía habérsele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías, proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores para la cual comenzamos á traducir, él á *Dante* y yo á *Homero:* organizó el notable periódico titulado *La Ilustración de Madrid*, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dió de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En setiembre de 1870 ocurrió el fallecimiento de éste y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte; ¡tal fué el abatimiento y pesar que produjo en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus largas penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada: en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales; una ilusión, un desvanecimiento de un instante: no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus *Rimas*:

Los invisibles átomos del aire
En derredor se agitan y abrillantan,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada:
Oigo vibrar en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas,
Mis párpados se cierran... ¿qué sucede?
Es el amor que pasa.

Es verdad, que pasa y no vuelve; como no vuelven tampoco las generosas ilusiones, ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más honda raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para lo segundo, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición:
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme á sangre fría el corazón.
Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida... ¿y por qué?
Porque no brota sangre de la herida,
Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes: muerto para la alegría y la confianza: así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior continuamente una por una las páginas de su dolorosa historia, á que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus *Rimas*, *Leyendas* y demás produciones? De ningún modo. El público las ha leido y las ha juzgado; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas, ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las condiciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse, por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer; y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo á otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

BÉCQUER

A solas estoy contigo;
el mundo ligero y vano
ni mira temblar mi mano
ni escucha lo que te digo;
de mi confesión testigo
es la estrella vespertina;
muertos el gnomo y la ondina
del realismo al golpe rudo,
no rompen del Betis mudo
la lápida cristalina.

Ante el becerro de oro
gira el mundo turbulento;
oigo en el rumor del viento
el torpe y lascivo coro;
del sér humano en desdoro
el vil metal se entroniza;
Loreley á nadie hechiza,
la deshonra ya no arredra,
toda mujer es de piedra
y toda virtud ceniza.

En vano el Cristo enclavado
desde el Gólgota nos llama,
en vano el que siente y ama
busca ansioso al ser amado;
en el mar alborotado
del vicio y de la ambición
pesa tanto el corazón
y de tal modo acongoja,
que si al agua no se arroja
no hay tabla de salvación.

Con él en la mano has ido
recorriendo tu Calvario,
en el inmenso espoliario
arrojarlo no has querido;
los que como tú han sufrido
del mundo ingrato la saña
suben todos la montaña
imposible del deseo
y al buitre de Prometeo
ofrecen su propia entraña.



LA ROSA DE PASIÓN, COPIA DE UN CUADRO DE MANUEL DE LA ROSA

Recatándose en la sombra
te hirió una mano de nieve;
morir de una herida leve
cuando es de amor, no me asombra;
sobre la mullida alfombra
pasa en silencio el reptil,
las pobres rosas de abril
le dan al pasar su aroma
y él los bálsamos que toma
devuelve en ponzoña vil.

Comprendo que hayas buscado
en las vetustas rüinas
las vírgenes bizantinas
que ornan el arco apuntado;
bajo su brial plegado
la forma carnal perece;
ni la osada línea ofrece
la fácil curva del seno,
ni hay en su labio sereno
la contracción que enloquece.

¡Oh! cuando el pecho se abrasa
y se enciende la pupila
y la pasión intranquila
en nuestro ser se extravasa;
cuando el desear sin tasa
nuestra existencia envenena;
cuando se desencadena
el ciclón que dichas finge,
hay que apoyarse en la esfinge
hasta que pare la arena!

Que es la vida breve paso
tú lo sabes, pues has muerto;
¡*grano leve en el desierto!*
¡gota en gigantesco vaso!
¡sol que el Oriente y Ocaso
alcanza en un punto mismo!
¿Cómo existe el egoísmo?
¿cómo el dolo aquí se encierra?
¿va hacia el abismo la tierra
ó la tierra es el abismo?

¡Quién sabe las leyes duras
que nuestra existencia envuelven!
¡quién sabe por qué no vuelven
las golondrinas oscuras!
Tus íntimas amarguras
resucita mi razón
y no alcanzo, en conclusión,
cuál fué tu mayor tormento:
si el ser todo *pensamiento*
ó el ser todo *corazón.*

BENITO MÁS Y PRAT

EL PRÓLOGO DE BÉCQUER

¿Habéis leído la *Introducción* del poeta sevillano á la primera edición de sus obras? ¿Recordáis esos engendros inagotables, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, que, como esas miriadas de gérmenes que hierven y se estremecen dentro de las entrañas de la tierra sin encontrar fuerzas bastantes para salir á la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos, procreaba de continuo en su mente el extraño maridaje del insomnio y la fantasía?...

Pues son la revelación primera del genio.

Allá en esos limbos ignorados en que se tocan lo consciente y lo inconsciente; en esa unidad inefable en que la materia y el espíritu se penetran, el artista siente y el filósofo prevé pero no razona ni se explica, se encuentra la materia cósmica del Arte.

Pensamientos indescifrables, átomos, ya luminosos, ya invisibles que aparecen y desaparecen, se juntan y se apartan para volverse á juntar en figuras extravagantes é incoherentes, constituyen ese mundo en incubación, esa nebulosa del universo de lo bello.

Pero la mole se agita... La creación comienza.

Un momento después, en el espíritu del poeta se verifica la conjunción divina de la inteligencia y del amor.

La idea esclarece y ordena aquel revuelto caos; el sentimiento purifica las formas; lo infinito se encarna en lo finito y el misterio de que nace la belleza se consuma.

La creación gigante no cabe ya en la cabeza estrecha de un mortal; á su irresistible influjo, la palabra ruda se convierte en torrentes de armonía...

¡Descubríos!...

Es el vate, el adivino; es el poeta, es el sacerdote, es el inspirado, ¡es Dios mismo que habla por la boca del poeta!

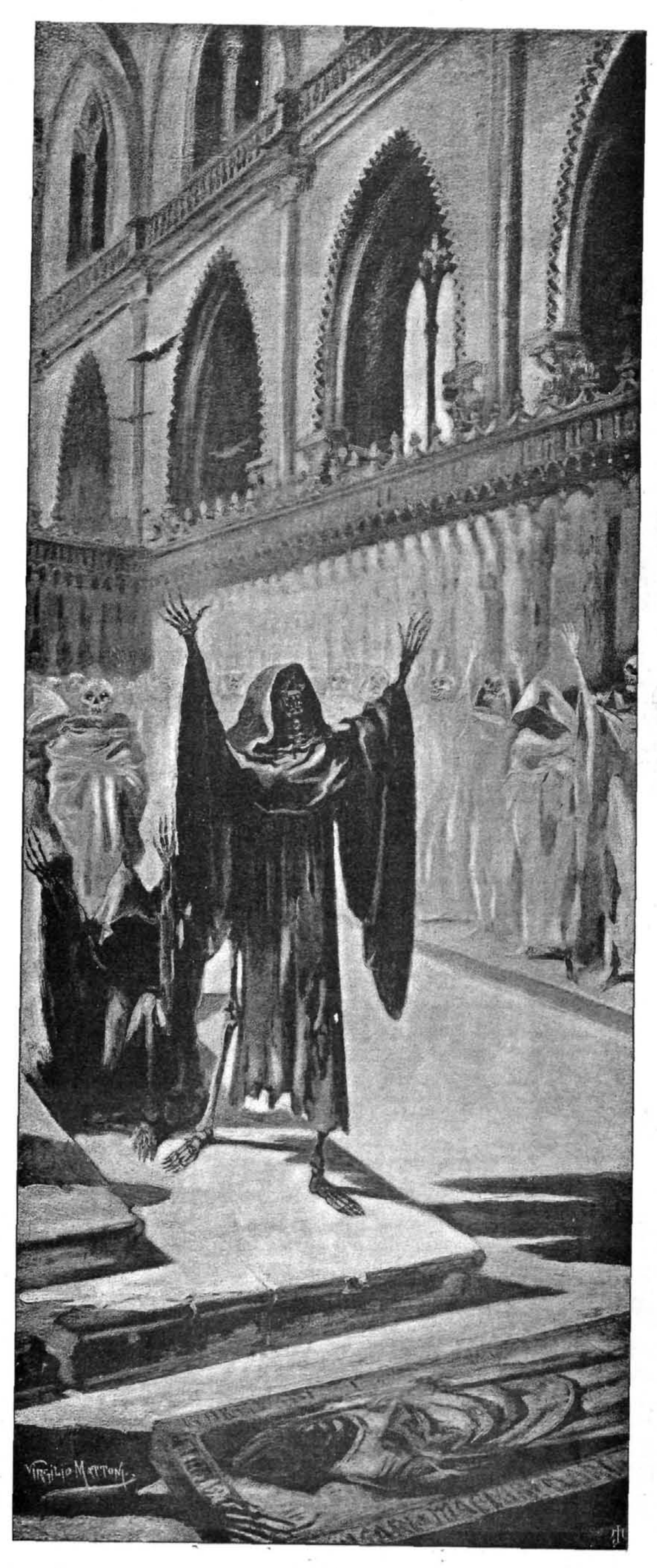
Os trae á la tierra lo perfecto, lo que eleva, lo que ennoblece, lo que sublima. A su voz huye la muerte y las generaciones pasadas resucitan; lo mezquino se esconde avergonzado; calma la tempestad de las pasiones; brilla el ideal como el eterno faro de la vida y el alma tiende sus alas invisibles, procurando arrastrar el cuerpo á su celeste patria.

¡Coronas de palma y de laurel para el poeta! ¡Bécquer ha triunfado!...

Mas ¡ay! traed también coronas de ciprés empapadas en lágrimas...

Joven aun, al peso de su inspiración ha sucumbido...

FEDERICO DE CASTRO



MATTONI. - El Miserere



La Giralda, dibujo á la pluma, de José Pineda

LA POESÍA

Podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía!!!
BÉCQUER

I

No es de la estatua el cincelado mármol,
Ni la ardiente palabra:
Ni las notas que vibran en el viento,
Del laúd arrancadas:

No es el color de múltiples matices,
Ni la correcta línea...
Nota, mármol, color, línea, palabra,
Las formas son no más de la Poesía.

¡Forma rebelde! Al pensamiento pone
En cruento martirio...
¡Para expresar lo ilimitado, sólo
Tiene medios finitos!

Dios es belleza, para el alma humana
Poco á poco visible...
Será poeta quien lo bello ame,
Y, amando, lo realice.

¿Y dónde, me diréis, vive lo bello?
¿Dónde brotan las fuentes
Que templan con sus aguas cristalinas
La sed que el alma siente?

En la verdad que la razón columbra;
En el bien que se ama;
Donde al soplo de Dios, un mundo alienta;
Donde de Dios, el pensamiento encarna.

El corazón por celestial impulso,
Lleva al ansiado centro,
Y brillante le alumbra en su camino
La luz del pensamiento.

No, no es la forma, realidad corpórea,
No es la forma Poesía...
¡Encarnada en el mármol de la estatua
Una idea palpita!

II

Virgen celeste, que del alto cielo
Baja á la tierra en alas de la tarde,
¿Quién no levanta, por su blando influjo,
La mustia frente que el dolor abate?

En los revueltos mares de la vida,
Cuando las olas y los vientos braman,
Eres, Poesía, para el triste náufrago,
La salvadora tabla.

Tú no socavas los ciclópeos muros
De templos seculares,
Ni aventas las cenizas del pasado
Como impuras cenizas de un cadáver.

Tú no despojas de su azul al cielo
Ni manchas el plumaje de tus alas...
Tú vuelas poderosa; no rastreas...
Tú no aterras al hombres; tú le ensalzas.

Tú vives á la luz del claro día;
No duermes á la sombra de la noche...
Tú no enciendes la guerra; tú la apagas...
Tú no forjas cadenas; tú las rompes...

Tú no deshojas con aleve mano
La flor de la inocencia...
¡Tú no te atreves al altar bendito
Donde la Cruz del Redentor se eleva!

III

Se atreve al rojo sol la oscura nube,
Y el sol radiante brilla;
El hombre niega á Dios; pero ¡qué importa!
¡Dios es perpetua vida!

Podrá existir quien al amor no entregue
Las llaves de su pecho;
Pero el amor, dulcísimo tirano,
Será señor y rey del Universo.

Niega la luz el ciego, en las tinieblas
De su vida angustiosa;
Y le brinda la luz con dulces besos,
Cual madre que perdona.

No porque en pueblos á la fe dormidos,
Triunfe la tiranía,
Muere la libertad. Párase el hombre
Alguna vez; la Humanidad camina.

IV

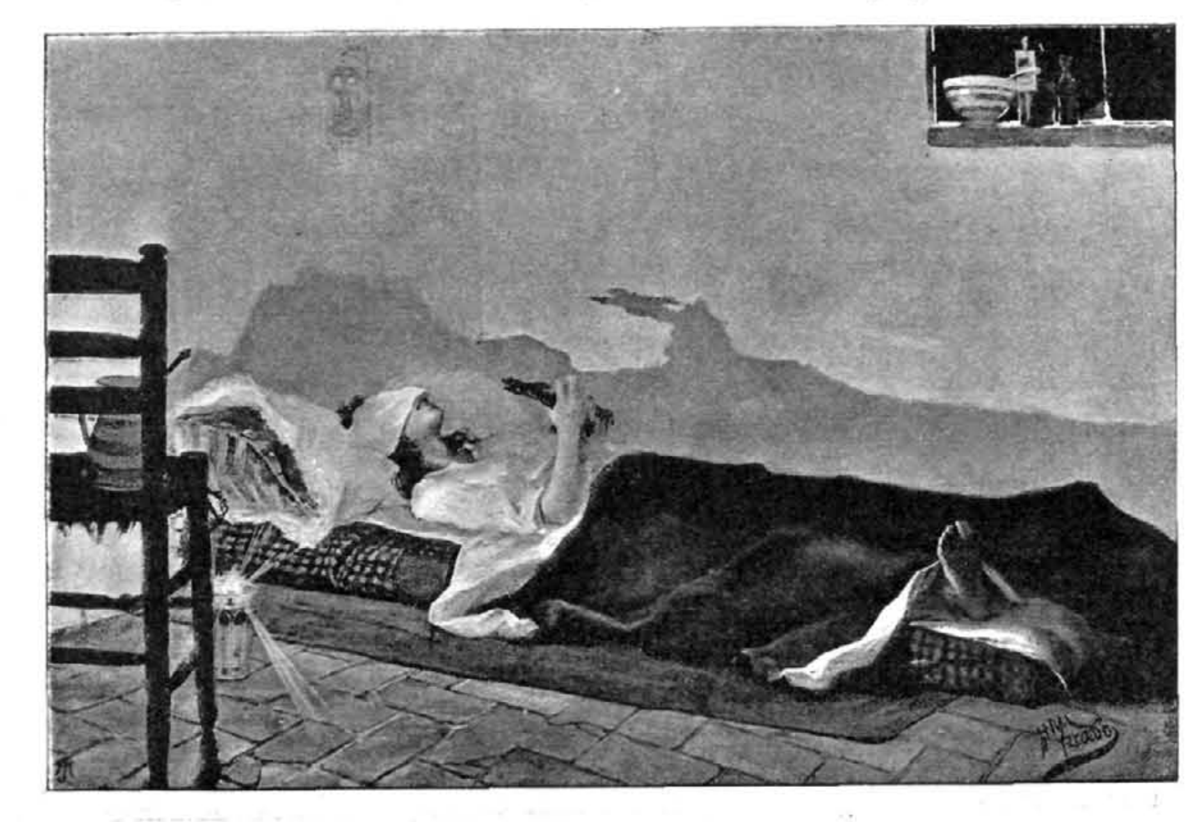
Dormirá el ave en el oculto nido,
Que su amor alegraba,
Y correrán las aguas del torrente
Turbias y alborotadas:

Huirán, acaso, del inculto suelo
Las brisas y las flores,
Y sobre el mundo tenderán su manto
Las sombras de la noche...

Aunque el invierno para el alma llegue,
Las fuentes de lo bello no se agotan...
¡Siempre el incienso subirá á la altura!
¡Siempre darán las flores sus aromas!

Podrá no haber cantores, que del alma
Interpreten la música divina...
«¡Podrá no haber poetas! pero siempre
Alentará la Virgen Poesía!»

LUIS MONTOTO



Cerraron sus ojos
Que aun tenía abiertos; Taparon su cara
con un blanco lienzo. Cuadro de *Fernando Tirado*, inspirado en la Rima X de Bécquer



Amparo, copia de una tabla pintada por Ildefonso Cañaveral

EL GÉNIO.-LA INSPIRACIÓN

(DE UN LIBRO INÉDITO)

. . . .

Quasi naves... sicut nubes... velut umbra.

LIBRO DE JOB

¡Genio!

¡En qué manera tan bella, tan expresiva, y al par tan gráfica, profunda y filosófica dió forma á esta idea abstracta la antigüedad!

Es un hermosísimo niño que juega con los atributos de todas las ciencias, de todas las artes... Sobre su cabeza hay una llama, una luz, una lengua de fuego simbolizando la inspiración.

Pero esa luz está fuera del cuerpo: es independiente de la materia; brilla sobre esta, y bien claro se ve que no la toca, por tener origen y destino superior.

La materia perece: el genio es inmortal. No puede expresarse la idea de una manera más clara.

La llama, la luz, es el espíritu. Es el *quid divinum*, el soplo de Dios que anima el barro, mas no puede confundirse con él. Nunca las modificaciones de la materia llegarán á alterar lo que es divino por origen é inmortal por esencia.

Desaparece el hombre: el polvo vuelve al polvo: lo que era nada tornarse ha en nada y hombre tras hombre pasan las generaciones casi como naves perdidas en el mar, á manera de fugaces nubes... menos todavía... como sombras.

Pero cuando se rompe el barro, al disolverse la materia, la llama que irradia sobre ella sin tocarla sube á región más pura, se separa del mundo, y solamente permanecen y duran sus resplandores, en reflejos más ó menos vivos, cuando el hombre ha sabido encadenar la huella de su espíritu en obras que puedan contribuir al adelanto y perfeccionamiento de la humanidad en sus etapas subsiguientes.

La medida del genio está en la importancia de su obra...

. . . .

¡Las obras del genio!

¿Sabe acaso el hombre el alcance de sus inspiraciones en la posteridad? ¿Puede imaginar siquiera si han de sobrevivir las manifestaciones de su ingenio y crecer en importancia y ser aplaudidas y estudiadas, ó están destinadas á morir con el sol que las vió nacer?

Homero y Murillo, Shakespeare y Cervantes, Miguel Angel y Esquilo, Velázquez y Dante, ¿pudieron soñar ni aún remotamente la importancia trascendental de sus creaciones, ni la refulgente aureola de gloria que circunda sus nombres á través de los siglos?

Tiene el genio conciencia de su propia valía... siente la inspiración... trabaja con fe.. Su lugar en el porvenir no es posible que se le manifieste.

. . . .

¡Bécquer! ¡Lira que canta, corazón que gime!

¡Cuánto de notable encierra su representación en la historia del arte moderno! ¡Con cuánta inspiración, con cuánto verdadero genio reune en sus obras el concepto filosófico de las presentes aspiraciones, con todo lo grande, con todo lo hermoso, con todo lo noble, levantado, bello y armonioso que conserva la antigua escuela Sevillana!

En eso consiste su grandeza; por esta razón es tan simpático á la generación que ha escuchado sus cantos.

Los poetas andaluces, brillantes en sus concepciones; abundantes de luz, de color, de armonía en sus pinturas; entusiastas de la patria, de la fe, del valor... eran los bardos de la antigua España, que no encontraban todavía su oportuno lugar en la evolución contemporánea.

BÉCQUER, genio y pensador, poeta y filósofo, sensible y desgraciado, encontró en sus propias desventuras la apetecida y ambicionada unión del canto de las tradiciones con el canto del filósofo. En sus obras se siente y late la sociedad antigua con las formas y la amargura de nuestras presentes convulsiones.

Y es que en su inspiración toma vuelo desde los jardines, las iglesias y las torres de Sevilla y las pinta con el subjetivismo de sus propias desdichas. Mira á la sociedad que le rodea y encuentra escepticismo, decepciones, frialdad y desventuras; pero como tiene siempre la vista fija con indecible ternura, con amor de hijo, en las glorias y tradiciones de sus mayores, encuentra por doquiera fe, patriotismo, religión y lealtad y con ellos forma el fondo de todos sus cantos.

La antítesis que resulta de la fusión de ambas grandezas, es el secreto de la hermosa poesía de BÉCQUER...

JOSÉ M. AUSENSIO



Copia de un boceto de *Ricardo López*, inspirado en la Rima X de Bécquer

PODER DEL GENIO

Con lógica implacable, la experiencia
nos conduce al fatal convencimiento
de que engrandece su poder la ciencia
á costa del poder del sentimiento.



Retrato del malogrado pintor *Valeriano D. Bécquer*, hermano del poeta, pintado por Eduardo Cano

Despreciada la fe, ya su dominio
contra el pesar al corazón no escuda
y hace la misma luz del raciocinio
más siniestras las sombras de la duda.

De investigar ante el afán creciente,
más fácil ha de ser para cualquiera
dividir un macizo continente
que arrancar una lágrima sincera.

No tus laureles mancillar pretendo
¡siglo inmortal! De inmarcesible gloria
van tus conquistas pródigas cubriendo
las páginas más grandes de la historia.

Pero á medida que con noble brío
prosigues tu carrera soberana,
vas dejando en las almas un vacío
que no puede llenar la ciencia humana.

. . . .

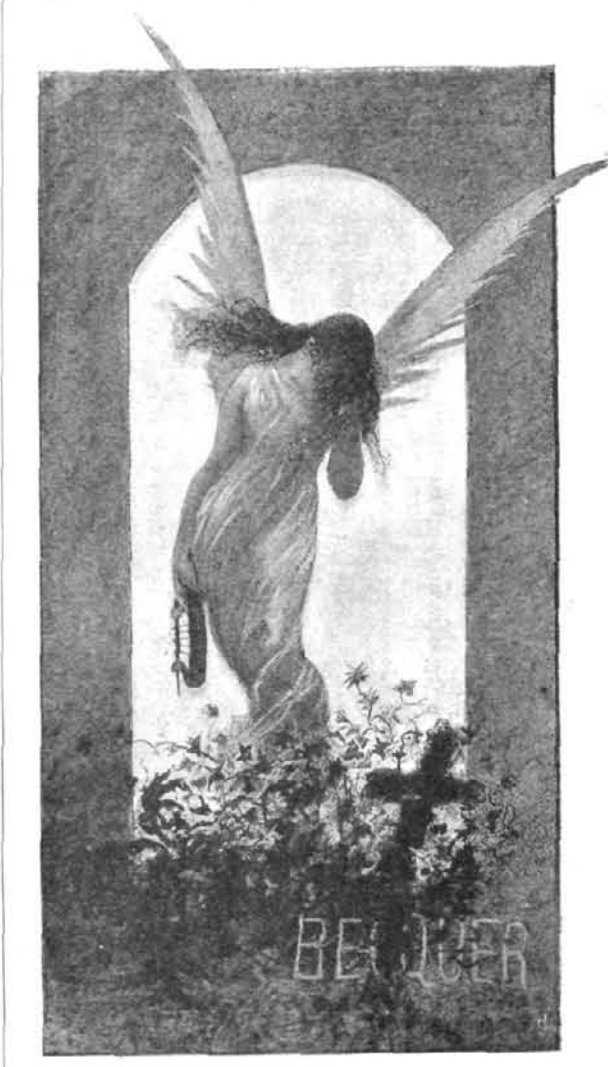
¡Bécquer, Bécquer! Tu genio esclarecido
mi admiración frenética promueve,
porque has hecho llorar, has conmovido
á los hombres del siglo diez y nueve!...

AMANTE LAFFÓN

CARTA Á MR. ACHILLE FOUQUIER

Mi distinguido y excelente amigo: prometí á V. durante nuestros ratos de conversación en su deliciosa quinta de San Juan de Luz, el pasado verano, enviarle algunas noticias inéditas referentes á Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas leyendas, en su mayor parte, ha traducido al idioma francés de una manera magistral, publicando un volumen lujosamente impreso y enriquecido con bellísimas aguasfuertes, dibujadas por el reputado artista D. Santiago Arcos. Oblíganme á cumplir mi oferta, á más de los sentimientos de sincera amistad hacia V., el deber que tengo como buen español y entusiasta del gran poeta, de demostrarle mi reconocimiento por haber dado á conocer á los literatos franceses las más preciosas muestas del esclarecido ingenio del poeta sevillano, aplaudido hoy ya en Francia como en España, gracias á la versión hecha por usted. Ahora, pues, que se me ofrece propicia ocasión, le envío los datos que poseo para que cuando realice el propósito de imprimir segunda tirada, pueda aumentar con ellos la biografía de aquel infortunado soñador.

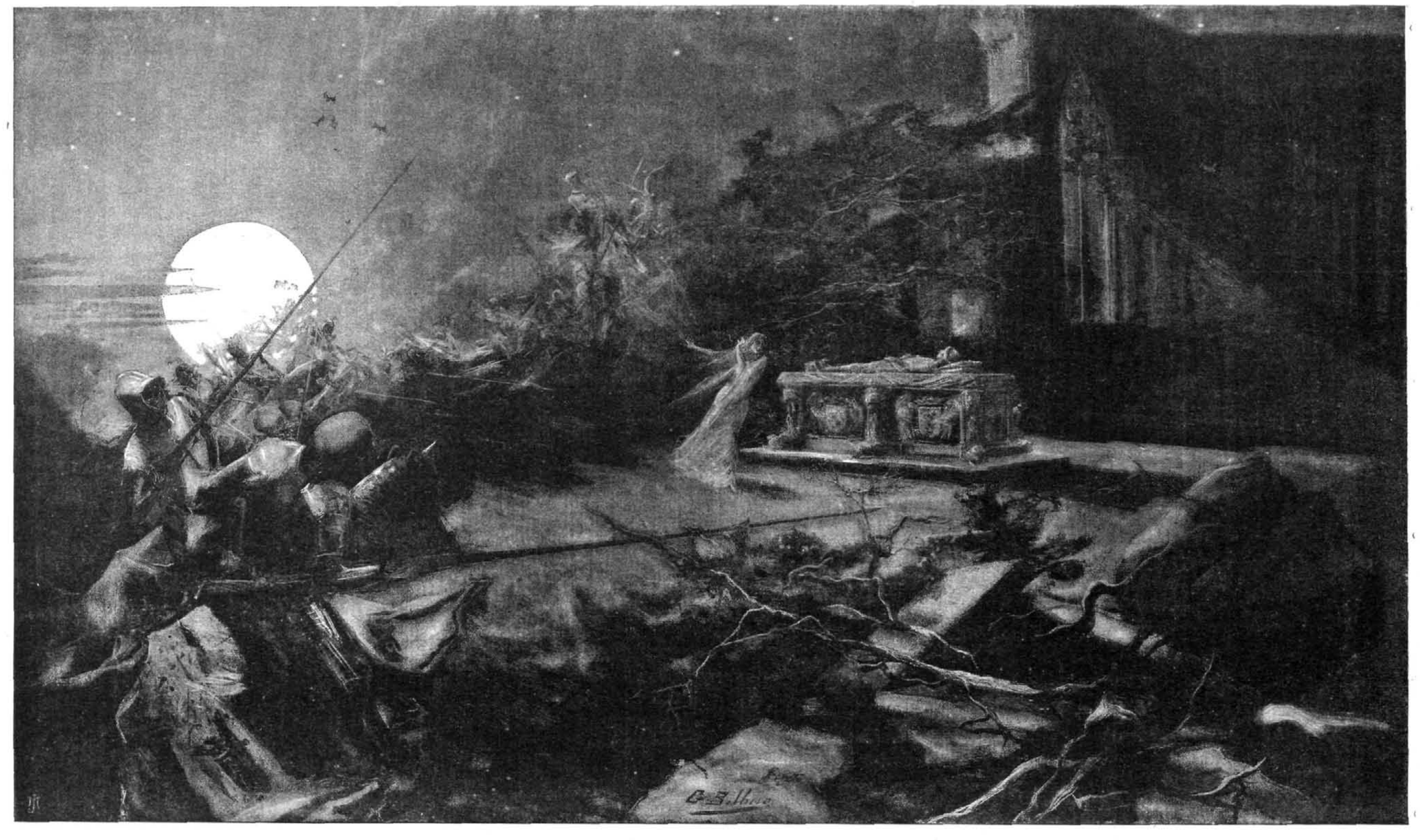
Mil veces he intentado escribir algunos renglones acerca de este ilustre ingenio, traduciendo por medio de palabras los íntimos sentimientos que en mí ha despertado desde niño la lectura de sus obras. Mi empeño ha sido inútil; tantas veces como me he propuesto hacerlo, cansada la imaginación, fatigado el espíritu, he tenido que renunciar á mis deseos. Si en las tardes de otoño en las poéticas márgenes del Guadalquivir veía ponerse el sol detrás de los muros y torres del monasterio de la Cartuja, teniendo á mi derecha la oscura mole del abandonado convento de San Jerónimo y á mis espaldas los de Santa Clara y San Clemente, vigilado el uno por la gigantesca y sombría atalaya de D. Fadrique y el otro con su ligera espadaña esmaltada de azulejos, venían siempre á mi memoria las inmortales narraciones de mi poeta favorito: si al recorrer las empinadas y tortuosas callejas de la imperial Toledo acudían á mi mente sus inimitables descripciones, sus sentidas leyendas, llevando en el alma viva la impresión causada por sus palabras, las ideas que entonces bullían desordenadamente dentro de mi cerebro pugnaban por romper su estrecha cárcel y manifestarse al exterior, mi mano quería obedecer á aquellos impulsos, pero no sé por qué secreto misterio permanecía quieta sobre el papel sin haber llegado nunca á escribir un solo renglón. Como resultado de este fenómeno psicológico cuya causa no he podido explicarme, trataré sólo de consignar algunas notas que podrán ser útiles para alguien que trate de escribir la biografía de este ilustre hombre. Recientes se hallan los hechos culminantes de su vida, aun existen sus deudos y amigos, restan al presente los documentos que vamos á trascribir; pasarán años, desapareciendo con ellos las personas, y ¡quién sabe también si los originales que ahora copio! Muéveme al intento que me propongo rendir un testimonio de admiración á la memoria del poeta y al mismo tiempo dejar impresos ciertos pormenores que la posteridad se encargará de juzgar. Junto al entusiasmo de la juventud, á sus nobilísimos impulsos, á sus esfuerzos y generosa lucha para tributarle un homenaje de gloria, aparecen también las sordas y mezquinas pasiones de políticos sin corazón, que, incapaces de sentir y menos aun de comprender los vuelos de aquel espíritu, pretenden hallar con el escalpelo de la fría razón motivos de censura para manchar su memoria; y mientras que los artistas y escritores sevillanos todos se agrupan impulsados de una misma idea, y el Municipio y Corporaciones acuden solícitos á prestar su concurso para honrar las venerandas cenizas, callada y encubiertamente se crean oposiciones á la realización de estos proyectos, niégase un asilo á sus huesos alegando fútiles pretextos, y llega la pasión hasta el extremo de lanzar gravísimas acusaciones en el concepto religioso para atraer la odiosidad de algunos á los sacrificios desinteresados de tantos hombres. Creo, mi buen amigo, como antes manifesté, que no corresponde á los contemporáneos juzgar estos procederes: dejemos á la posteridad tan difícil encargo, si bien por mi parte pido al cielo aleje de mi mente



La Musa de Bécquer, de Juan Aldaz

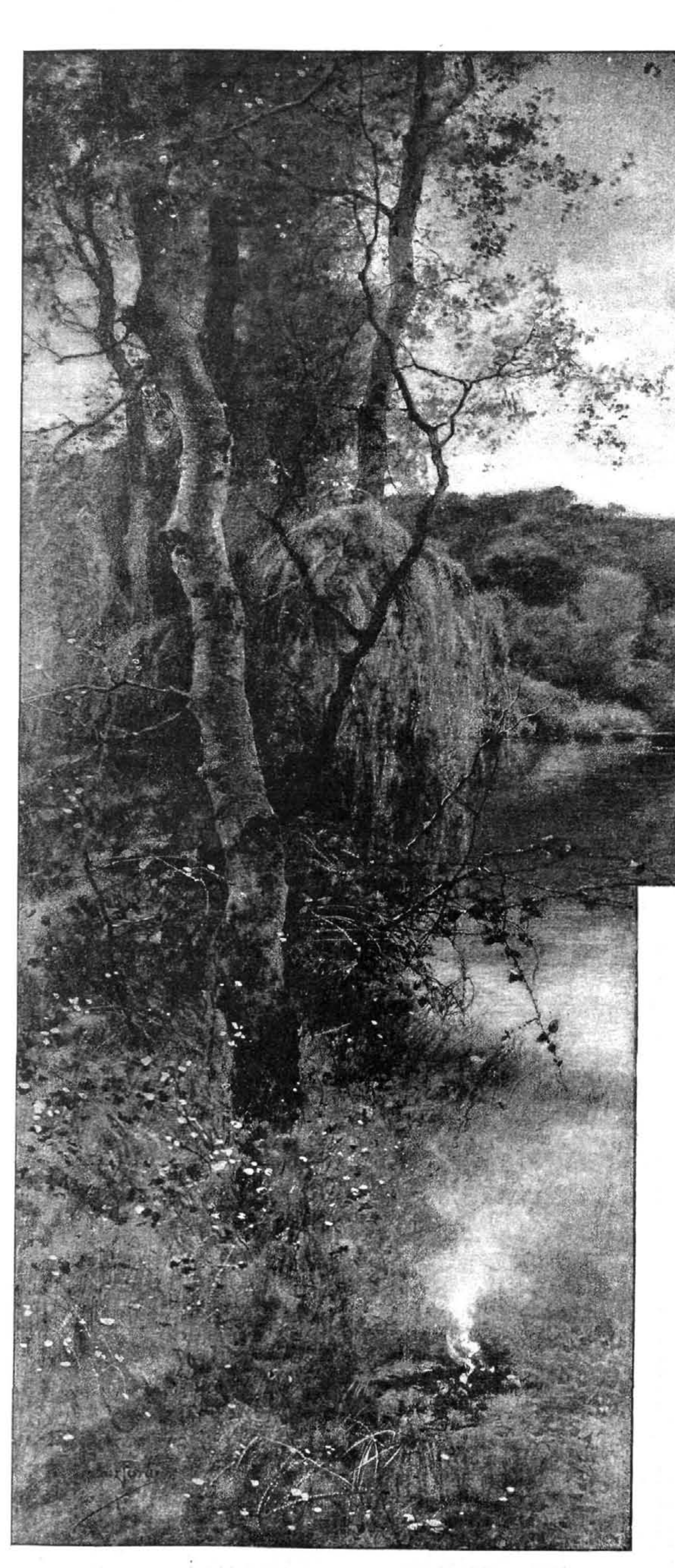
el pensamiento de oscurecer la memoria de los que fueron, con suposiciones nacidas de la pasión religiosa ó política, mala consejera siempre. Sentados estos precedentes que he creído necesarios, no para hoy, sino para lo porvenir, voy á trasladar á V. la partida bautismal de Gustavo Adolfo Bécquer, salvándola de los trastornos y vicisitudes de los tiempos.

Gustavo — «En jueves 25 de Febrero de 1836 años D. Antonio Rodriguez Arenas Pbro. con licencia del infrascrito Cura de la Parroquial de Sn. Lorenzo de Sevilla: bautizó solemnemente á Gustavo Adolfo que nació en 17 de dicho mes y año hijo de José Dominguez Vequer (sic) y Doña Juaquina (sic) Bastida su legítima mujer. Fué su madrina Doña Manuela Monahay vecina de la collacion de Sn. Miguel á la que se advirtió el parentesco espiri-



EL MONTE DE LAS ÁNIMAS, copia de un cuadro de Gonzalo Bilbao

«Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin salir del *Monte de las Animas*, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Loria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.» – *(Bécquer)*



Copia de un dibujo de Emilio Sánchez Perrier

RIMA IX

Besa el aura que gime blandamente
Las leves hondas que jugando riza;
El sol besa á la nube en Occidente
Y de púrpura y oro la matiza;
La llama en derredor del tronco ardiente
Por besar á otra llama se desliza,
Y hasta el sáuce, inclinándose á su peso,
Al río que le besa, vuelve un beso.

RIMA LXXIII

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

BÉCQUER

(Véase grabado pág. 367)



El sueño del poeta, dibujo de M. Cabral Bejarano

tual y obligaciones y para verdad lo firmé. – Antonio Lucena Cura.»

Con objeto de aclarar las dudas que pudieran ocurrir de la letra de este documento, debo hacer á V. las siguientes declaraciones que me ha facilitado el Sr. D. Estanislao Bécquer, hermano de Gustavo.

Don Martín Bécquer, mayorazgo y Veinticuatro de Sevilla, oriundo de Flandes (1), casó con doña Ursula Diez de Tejada, siendo padres de D. Juan y doña Mencía Bécquer. Casó ésta con D. Julián Dominguez, de quien tuvo á su hijo D. Antonio Domínguez y Bécquer, que á su vez contrajo matrimonio con doña María Antonia Insausti y Bausa, que fueron los padres de D. José Domínguez Insausti y Bausa, marido de doña Joaquina Bastida y Vargas, padres de Gustavo Adolfo, Valeriano, Estanislao, Ricardo, Alfredo, Eduardo, Jorge y José.

(1) La familia de los Bécker ó Bécquer, procedente de aquel país, vino á establecerse en España á fines del siglo XVI ó en los comienzos del XVII. Restan memorias de este tiempo en la Catedral de Sevilla, según acredita la inscripción que se encuentra en la verja de la capilla de los dos Santiagos, Mayor y Menor, que dice así: ESTA CAPILLA Y ENTIERRO ES DE MIGUEL ADAM BECQUER HERMANOS Y DE SUS HEREDEROS Y SUCESORES. ACABÓSE AÑO DE 1622.

Tanto estos señores como sus descendientes gozaron de gran respeto, y algunos de sus miembros aparecen como Veinticuatro, cargo que sólo podía obtenerse perteneciendo á esclarecido linaje y necesitando los que aspiraban á él presentar pruebas de nobleza.

Sus armas son: escudo de azur y un cheurrón de oro cargado de cinco estrellas de azur, acompañado de dos hojas de trébol de oro puestas en los cantones superiores del escudo, y en la punta una corona de oro.



La torre del Oro y el puente de Triana, por José Lafita

Ha salvado del olvido los hechos más importantes de la vida del poeta, su amigo del alma el Sr. D. Ramón Rodríguez Correa en la notable biografía que va al frente de sus obras; nada puedo añadir á estas noticias, pero sí daré á V. algunas que se relacionan con su memoria.

A fines de 1879, ó en los comienzos del 80, regalé al Excmo. Cabildo Catedral un retrato de Gustavo Adolfo, pintado generosamente por el autor del gran cuadro de Hamlet, por Barbudo: después de pocos meses que estuvo en los salones de la famosa Biblioteca Colombina, colocado entre los demás de sevillanos ilustres, se quitó de su sitio y ocultóse en una dependencia de la citada Biblioteca: los artistas, literatos y la prensa sevillana, dirigieron con este motivo á la Excma. Corporación eclesiástica la siguiente solicitud:

«Excmo. é Ilmo. Cabildo de esta Santa Iglesia de Sevilla. – Los que suscriben, deseosos de honrar la memoria del ilustre escritor Gustavo A. Bécquer, á V. E. I. suplican se digne disponer la colocación de su retrato entre los de sevillanos insignes que ornan los muros de la Biblioteca Colombina. Petición que esperan será atendida, dado el reconocido saber de V. S. I. – Sevilla 14 de Agosto de 1880.» Seguían cincuenta firmas. El retrato no llegó á colocarse de nuevo. Al cabo de cinco años, en 18 de junio del próximo pasado, me ha sido devuelto, quedando por ahora en depósito en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Extrañará V. que no se lleve á efecto el sepelio de los restos mortales de Bécquer en la Capilla de la Universidad Literaria, como en un principio se había pensado, pero ha habido tales dificultades, que se ha renunciado á inhumarlos en aquel templo, entre ellas por encontrarse las bóvedas absolutamente rellenas de tierra y cascotes, y ya V. comprenderá que ante esta razón no hay más que callar. Dejando á un lado estos *detalles*, tan naturales de la condición humana, voy á terminar enviándole copia de una composición inédita de nuestro poeta, conservada en el álbum de los Sres. de Tolache: así al menos olvidará V. el efecto que hayan podido causarle algunos renglones de mi carta.

Dice así:

La gota de rocío que en el cáliz
duerme de la blanquísima azucena,
es el palacio de cristal en donde
vive el genio feliz de la pureza.
El la da su misterio y poesía,
él su aroma balsámico le presta,
¡ay! de la flor si de la luz al beso
se evapora esa perla.

De V. afmo. S. S. Q. B. L. M.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

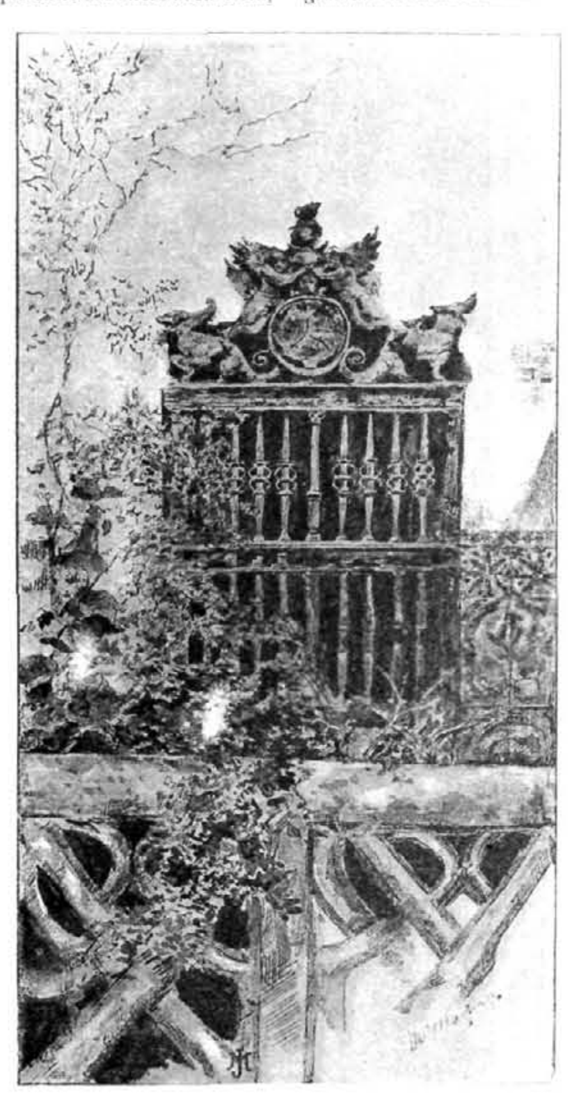
Sevilla 13 abril 1886

LA NOCHE TRISTE

(Fragmento de la leyenda inédita: *El hombre de piedra*)

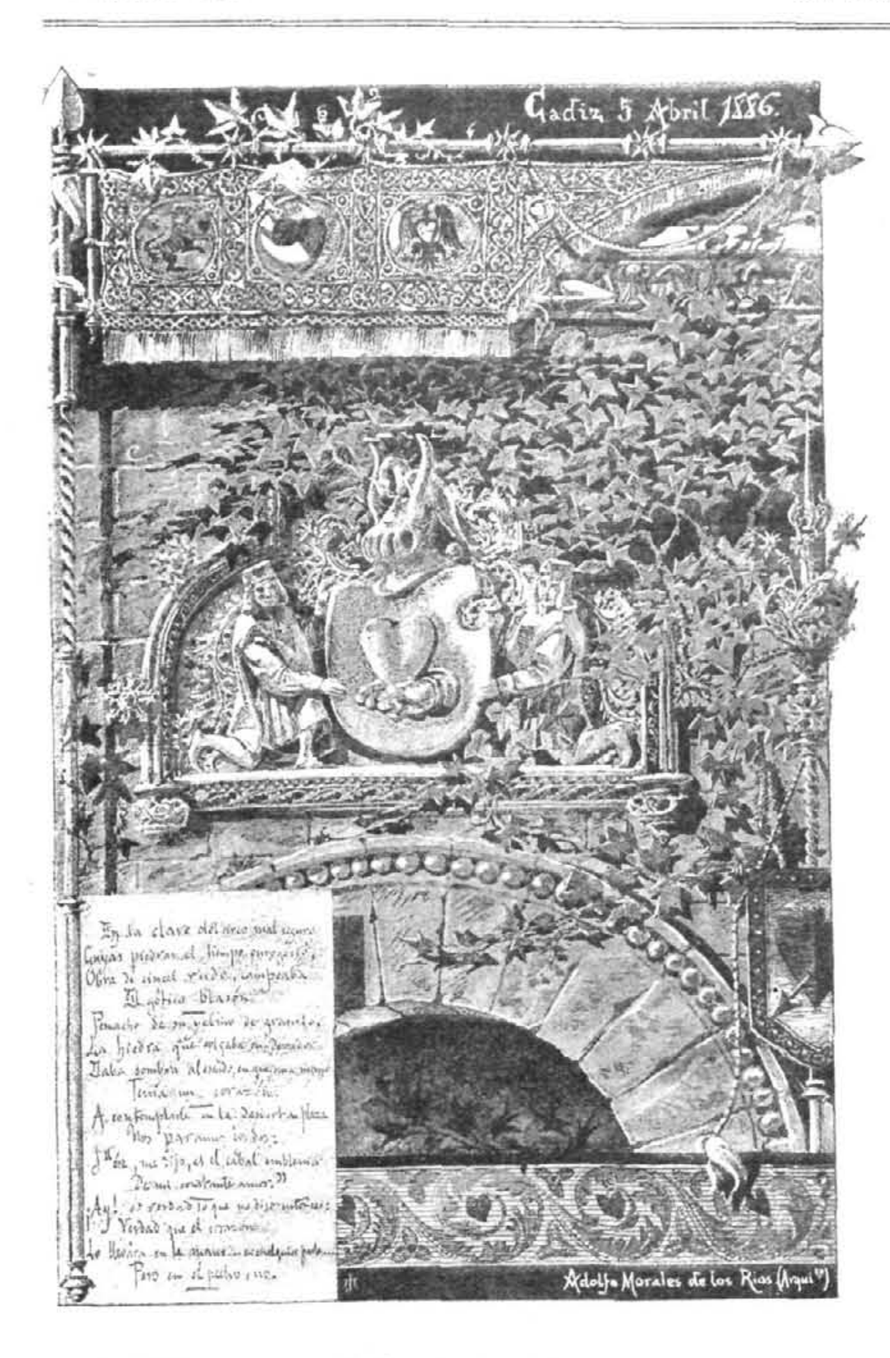
XIX

Entraron por la calzada,
entre sombras caminando,
y empezó mal la jornada,
pues mal se va confiando
en la noche y no en la espada.
Marchaban entre la bruma,
mudo el labio, el paso incierto,
recordando á Motezuma
y sintiendo cómo un muerto
á tantos vivos abruma.
Queda atrás su cuerpo inerte,
atrás sus vastos jardines
y su mansión rica y fuerte.
¡Detrás risas y festines!
¡Delante el luto y la muerte!
Aquella calzada inmensa,
estrecha como mortaja
y los temores condensa,
y envuelta entre sombra densa,
las esperanzas ataja.
¡Qué recelos al andar!
¡Y qué ansiedad por salir
de aquel tremendo lugar
sin matar y sin morir,
pues era morir matar!
Iban muy pesadamente
arrastrando los cañones:
muy silenciosa la gente;
muy despacio los bridones;
muy triste Cortés valiente.
Los indios con mucha carga;
los nuestros con mucho oro
que les pesa y les embarga,
pues defender el tesoro
es perder la vida amarga.
No retirada marcial,
parece fúnebre duelo;
y de duelo dan señal
con sus crespones el cielo,
con su grito el vendaval.
Ni hubo tardanza ni olvido,
fué todo bien calculado;
fuerte puente construído,
en fuertes hombros llevado
y á todo azar prevenido.
Mucho la calzada aterra,
que aquella laguna impura
que entre sus sirtes la encierra,
tiene traiciones de guerra
y horrores de sepultura.
Poco camino anduvieron.
La calzada estaba rota
y con gran asombro vieron
peñascos que el agua azota
entre abismos que se abrieron.
¡Venga el puente! se clamó
en un grito. Llegó el puente.
Entre miedos se tendió
y sobre él como un torrente
la hueste se desbordó.
Con gran peso y mal segura
la móvil puente crujía,
y la hueste sin ventura
se apiñaba y se embestía
con angustiosa locura.
Allí el temor se hacinaba
produciendo horrible estrago,
y la gente se apretaba
cayendo dentro del lago
la que del puente sobraba.
Y entre horribles confusiones
al agua echaron el oro,
botín de sus ambiciones,
y al agua, entre duelo y lloro
los no vencidos cañones,
aquellos bronces que fueron
los que á Tabasco asombraron,
los que á Tlascala rindieron,
los que á tantos valles dieron
ecos que á España aclamaron.
La tormenta iba á estallar,
mas por amargo sufrir,
entre el horrendo luchar
ni había rayos para herir,
ni truenos para asombrar.
Al fin la puente cedió.
Se oyó un grito. En torbellino
gran muchedumbre rodó.



Ventana de la casa de Pilatos, dibujo de M. Martínez

Se abrió al lago en remolino
y á cien guerreros tragó!
Y luego... la furia loca
de la sirte que en espuma
se estrella contra la roca,
y la avalancha que abruma
y el simoún que sofoca.
Luego... el incendio sin valla
y las furias sin cadena,
y el torrente sin muralla,
y el mar que se desenfrena,
y la tormenta que estalla.
Todo tomando color
de sangre, voz de lamento,
de rabia insana el furor,
de cruel aullido el clamor,
de atroz venganza el intento.
Era preciso matar
para evitarse morir,
y luchar sin descansar,
pues sólo dejar de herir
era la vida dejar.
Y la oscuridad cerraba
cuanto más se combatía.
¡Entre sombras se mataba!
¡La noche se enrojecía
y olor de sangre tomaba!
Era rudo el pelear,
sin tregua el acometer,
interminable el matar,
para la fuga el luchar,
para vivir el vencer.
¡Qué estrago! ¡Y qué confusión!
¡Y cómo el oro pesaba
al brazo y al corazón!
¡Cómo el que más rico estaba
estaba en más perdición!
¡Y cómo la fiera suerte
de la ambición se reía
viendo en aquel trance fuerte
al que más oro tenía
encontar más pobre muerte!
¡Tanto afán para adquirir
de riquezas gran exceso,
y, al fin, para conseguir
ver trocado el oro en peso
en la hora de morir!
¡Ricos murieron! La historia
á sus nombres no dió amparo
é hizo olvidar su memoria,
que en el templo de la gloria
entra el héroe, no el avaro.
¡Noche triste! ¡noche triste!
¡noche aciaga y sin fortuna!
toda luz en niebla hundiste
porque no viera quisiste
tinta en sangre la laguna,
tinta en sangre la calzada,
muertos tantos campeones
prez de la patria adorada,
desgarrados los pendones,
la santa cruz mancillada.
¡Noche triste! Con gemidos
tus amarguras contaron
los héroes esclarecidos
que se vieron ¡tan vencidos!
y ¡tanta fama lograron!
No el laurel lozano crece



para ceñir al dichoso
sino al que más lo merece;
él corona al animoso
que más lucha y más padece.
¡Torcedores del honor!
¡Martirios de las banderas!
¡Momentos de cruel dolor!
¡De la patria angustias fieras!
¡Sois vencimientos y horror!
En un árbol apoyado
porque el peso le abrumaba
de su dolor despiadado,
Cortés sus huestes miraba,
inerte, mudo, agobiado.
Sintió correr con enojos
por su semblante una hoguera
que le llena de sonrojos.
Y lava de fuego era
la que brota de sus ojos!
¡Gotas, sí, de fuego son
las que de sus ojos van
quemándole el corazón!
¡Saliderós de un volcán
de amarguras y aflicción!

MANUEL CANO Y CUETO

VALERIANO D. BÉCQUER

Entre los artistas y más aún los artistas españoles, que dejándose llevar tan sólo de sus intuiciones y particulares gustos, servían é impulsaban á la causa del progreso siendo los primeros indicadores de los nuevos caminos, se encuentra la personalidad de Valeriano D. Bécquer, hermano de cuerpo y de alma de Gustavo y no menos ilustre que él, en el terreno del arte.

En la familia Bécquer existe un germen artístico que va desarrollándose hasta producir las dos eminencias de que tratamos: ya antes, D. José Bécquer y D. Joaquín se dedican al cultivo de la pintura y del primero nacen los dos afamados hermanos. Sin duda un médico, mejor que nadie, hubiera podido darnos la clave de este y otros fenómenos de la misma especie.

Valeriano completa á Gustavo: entre los dos se comprende la realidad toda; el verdadero realismo es la unión de ambos hermanos.

Valeriano era jovial, alegre, observador finísimo del mundo exterior, propenso á lo cómico y lo pedestre, admirable en el retrato de los tipos y de las humanas variedades, chispeante y lleno de vida en la interpretación de las escenas más variadas, popular y lleno de gracia en sus motivos, haciendo resaltar siempre lo que era más lógico y propio de la localidad que estudiaba. Un artista espontáneo de primera fuerza, en una palabra, continuador de la serie iniciada por Velázquez y seguida después por Goya, Alenza y otros en nuestro siglo.

La pintura y el arte en general, cuando se dedica al género histórico-arqueológico, es indudable que no cumple su verdadera misión, se hace erudito y sacrifica la espontánea inspiración, resintiéndose siempre sus producciones de pertenecer á un arte *artificial*. La verdadera misión del artista es presentar á su siglo, extraer su esencia, único medio de obtener el mayor aplauso de sus contemporáneos y de ser buscadas por la posteridad sus producciones como el verdadero oro de sus tiempos.

Valeriano pertenece á estos últimos, era esencialmente espontáneo; dominando el dibujo, por procedimientos superiores á los que entonces se enseñaban y que después se habían de aceptar por todos los grandes revolucionarios de la pintura, nos dejó una grandísima colección de obras á cual más propia y encantadora. Ya retratara á Sevilla, su país natal, con todos sus encantos, ya nos manifestara las escenas de la vida íntima de las sencillas gentes de Castilla ó de la Mancha, ya nos representara los graciosos incidentes de sus viajes y sus estancias en posadas y ventas, siempre se ve en él un talento y una distinción, una vista tan superior que el lápiz en sus manos no hace á veces menos que la pluma en la de Cervantes.

Los realistas de hoy, los que han venido á destruir á los idealistas puros de mediados del siglo, no pueden por menos que ver en Valeriano una protesta de las ideas entonces tan en boga, una avanzada en el mundo de la observación y de la experiencia, un antropólogo profundo que estudia al hombre en su vida real y terrestre y lo comprende y retrata en sus más características variedades, en sus más elocuentes determinaciones. La fatalidad que se cernía sobre estos hermanos, cortó para desdicha nuestra tan tempranamente su existencia, como la de Gustavo.

NARCISO SENTENACH

DESDE MI CELDA

(FRAGMENTO DE LA CARTA TERCERA)

. . . .

En Sevilla y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta y tiene un rápido declive. Dos ó tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y á su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce ó quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta; cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas á las flores, Herrera en sus tiernas elegías y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fuí á sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta á mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se revestía á mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas! Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante á la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera un término á mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad á la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas y en aquel mismo punto á donde iba tantas veces á oir el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre, serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían á refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre á la resurrección del espíritu á regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles como para proteger y acariciar mis despojos; y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría á besar el borde de la losa, cercada de juncos, arrullaría mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo y después que la losa comenzara á cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules con un disco de carmín en el fondo que tanto me gustaban, crecería á su lado, enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y trasparentes que no sé por qué misterio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida á dormir en la calurosa siesta, vendrían á revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura ¿Pero para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase á todos de mi gloria; y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente y á quien mis palabras revelaron nuevos mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, ó un extranjero que vino á Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia ó respetuosa curiosidad: á la mañana, las gotas del rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.

Después de remontado el sol, sus rayos la dorarían penetrando tal vez en la tierra y abrigando con su dulce calor mis huesos. En la tarde y á la hora en que las aguas del Guadalquivir copian temblando el horizonte de fuego, la árabe torre y los muros romanos de mi hermosa ciudad, los que siguen la corriente del río en un ligero bote que deja en pos una inquieta línea de oro, dirían al ver aquel rincón de verdura donde la piedra blanqueaba al pie de los árboles: «allí duerme el poeta.» Y cuando el *gran Betis* dilatase sus riberas hasta los montes; cuando sus alteradas ondas, cubriendo el pequeño valle, subiesen hasta la mitad del tronco de los álamos, las ninfas que viven ocultas en el fondo de sus palacios, diáfanos y trasparentes, vendrían á agruparse al rededor de mi tumba: yo sentiría la frescura y el rumor del agua agitada por sus juegos; sorprendería el secreto de sus misteriosos amores, sentiría tal vez la ligera huella de sus pies de nieve al resbalar sobre el mármol en una danza cadenciosa, oyendo, en fin, como cuando se duerme ligeramente se oyen las palabras y los sonidos de una manera confusa, el armonioso coro de sus voces juveniles y las notas de sus liras de cristal.

. . . .

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

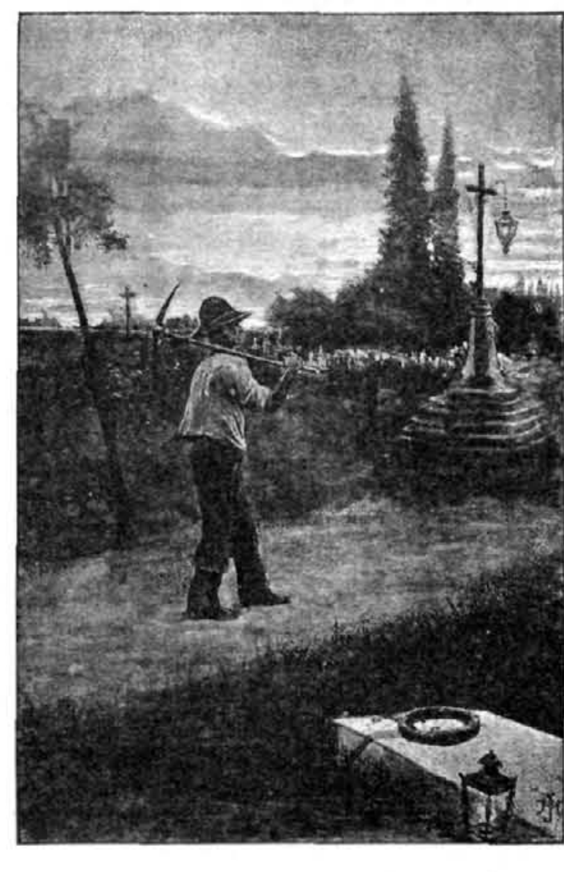
LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena
Sin inquietud ni pena,
Resbalando entre juegos y sonrisas;
¡Puro y naciente albor, fresco capullo,
Indescifrable arrullo
De ondas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta
Como la flor abierta,
Y perfuma el amor los corazones;
¡Ardiente claridad, fijo deseo,
Misterioso aleteo
De sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad triste y sombría
Como nublado día,
Entre recuerdos al sepulcro marcha;
¡Rayo crepuscular, seco ramaje,
Tristísimo paraje
De olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

MERCEDES DE VELILLA



Copia de un dibujo de *José Pando*, inspirado en la Rima XXIII de Bécquer. (*Véase pág.* 365)



Una aguja de la puerta de la Barqueta, dibujo á la pluma por Manuel García y Rodríguez

EL POETA

La inspiración, la originalidad, el talento y el genio artístico son sus dotes; la palabra su forma de representación, como verbo humano que mantiene una relación más directa con el espíritu; la expresión sensible, la de más idealidad y que menos impresión directa ejerce sobre los sentidos.

La obra del poeta no ofrece las líneas materiales esculpidas en la piedra, ni los vivos colores de la pintura, ni la sensible vibración de los sonidos; pero sus imágenes arrancadas de la profundidad de su concepción, aparecen visibles y vestidas con las galas y la riqueza de la imaginación. Desprendido de formas materiales para expresar el pensamiento, tomadas de la naturaleza sensible, desciende con entera libertad á las profundidades más íntimas del alma y descubre y revela sus misterios.

El poeta se mueve y agita en los dominios puros del pensamiento y de la representación espiritual. La sensibilidad que presta á sus imágenes no reviste la forma tangible de una existencia; sino la delicadeza impalpable de una realidad, destacada de los pliegues más profundos del alma; se asemeja al avaro que ha penetrado en el recinto que guarda los tesoros más recónditos del espíritu, y dueño



La Iglesia de San Marcos, dibujo á la pluma por Nicolás Pineda

de aquella riqueza se complace en deslumbrar con su vista. Al contemplar aquella revelación y recibir su impresión sentida en el alma, se experimenta el efecto que produce el despertar de un sentimiento que estaba dormido; y aquella realidad impalpable de la concepción y el pensamiento del poeta, toma cuerpo y formas en el propio sentimiento de los demás, evocados por la misteriosa corriente que surge en las relaciones espirituales.

Por este medio habla el poeta el lenguaje del alma y en el alma encuentra resonancia. Los sentidos perciben la cadencia armónica de las rimas, agradable vestidura que ciñe el pensamiento, pero el alma percibe á éste y con él se identifica. En la profundidad de los pensamientos, en la novedad al evocarlos y en la facilidad para trasmitirlos está la grandeza del poeta. Vasto é inmenso es el círculo en que puede moverse, tan extenso como grande es el mundo del alma y del pensamiento; desde el concepto delicado y puro del más sencillo sentimiento, bordado con una naturalidad que apenas descubra haber sufrido un cambio en la imaginación del poeta, hasta aquellos sentimientos concebidos y trasfigurados en toda su grandiosidad y que exigen mayor riqueza de conceptos y mayor profundidad de pensamientos, resulta un inmenso círculo que abraza el Universo físico y moral, enriquecido por la atenta é inteligente observación de la naturaleza y de sus fenómenos asimilados y embellecidos en su imaginación.

Independiente en su alta esfera, es el poeta, el artista de creación libre, emancipado de preocupaciones, contemplando al mundo en el fondo de su alma, y manteniendo entera libertad en la relación del espíritu con las cosas exteriores. Con esta libertad penetra en esas profundidades íntimas de la conciencia, y da vida y realidad con las imágenes arrancadas á su inspiración, á cuanto ha podido recoger en el conocimiento interno y externo de la naturaleza humana.

El fondo de su obra es siempre el pensamiento, el soplo que le da vida su inspiración, y la forma ó expresión poética, las palabras y el lenguaje combinados de manera que la imaginación misma se represente el objeto como si tuviera las formas sensibles de que carece. Al emitir y dar vida á su pensamiento mantiene la armonía entre la esencia íntima de las cosas y su forma accidental, y entre el análisis de la realidad y la síntesis de su esencia.

La expresión figurada de su lenguaje forma un todo único con la misma imagen que representa; por la riqueza de su imaginación se muestran los objetos con cierta forma de realidad, sin perder la sencillez que corresponde á la imagen que ha de permanecer en el espíritu y ser vista sólo por la claridad del pensamiento. El expresa en sus imágenes toda la riqueza de las formas sensibles, pero fundidas con el sentido íntimo y la esencia misma de la cosa, objeto de su representación, formando un todo de verdadera originalidad.

La diversidad del genio en los diferentes matices de la inspiración determina la naturaleza de su obra, ya expresando sentimientos delicados y melancólicos del alma, encerrados en su individualidad, ó ya cantando gloriosos acontecimientos y conceptos universales que abrazan el ideal entero de la humanidad.

ANTONIO BENÍTEZ DE LUGO

¡DUERME!

Non est mortua; sed dormit.
(San Mateo, IX, 24.)

Cuando los que veneramos
al noble vate hispalense
llevemos para su tumba
siemprevivas y laureles,
vayamos quedo, muy quedo;
nuestros pasos no resuenen
en la bóveda sombría;
recite el alma las preces.
Tú, pálida envidia, calla,
y tu propia lengua muerde;
que tu rumor miserable
hasta esta mansión no llegue.
Porque aunque el mundo y las musas
por muerto lloran á Bécquer,
no murió nuestro poeta:
¡Duerme!

¿Qué es morir?... Muda está el arpa,
el arpa de acentos flébiles;
pero su dulce armonía
aún los aires estremece.
Se apagó la voz süave,
la voz de timbre celeste;
mas las almas la recuerdan
y por su amor desfallecen.
Pasan siglos y naciones,
pero no el genio, que es fénix
y de sus propias cenizas
renace perpetuamente.
Y pues vivirá su fama
en todas partes y siempre,
no ha muerto nuestro poeta:
¡Duerme!

Numen por mí venerado,
sol radiante, luz perenne,
que iluminaste las almas
con fulgores que no mueren:
á tu sepulcro me acerco
silencioso y reverente,
con mis versos por ofrenda,
para tu alto ingenio débil.
Duerme tranquilo el piadoso
blando sueño de la muerte,
que no es el Calvario monte
á que se sube dos veces.
Sobre el corazón la mano
me he puesto, porque no suene
su latido, y de la noche
turbe la calma solemne.
¡Duerme!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

BÉCQUER Y LA POESÍA POPULAR

No canta el poeta las glorias ni las desgracias de su patria; ni las conquistas, luchas y aspiraciones de su siglo ni los ideales que persiguen los grandes pensadores; ni los problemas políticos y sociales.

¿Por qué, pues, es leido y admirado y da su nombre á una calle de Sevilla y se le erige un monumento y testifican los poetas, pintores y escultores, que pasa á la posteridad en el número de los genios?

Si no hizo dramas, ni poemas, ni novelas, si no llegó á realizar ninguna obra de empeño, porque la muerte segó en flor las más halagüeñas esperanzas, consiguió al menos cantar sus amores y sus recuerdos, identificándose con el pueblo en el modo de sentir y expresar sus afectos.

Así como el insigne poeta sevillano García Gutiérrez es inmortal por el *Trovador*, obra cuyos elementos son todos españoles y populares, Bécquer muestra cuanto vale en *La venta de los gatos*, bellísimo cuento inspirado en



La hija de Maese Pérez, por Domingo Fernández

esta hermosa copla que sirvió también al expresado dramaturgo de comienzo á su discurso de ingreso en la Academia Española:

En el carro de los muertos
ayer pasó por aquí;
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.

El que supo apreciar y describir artísticamente la poética tristeza, el tesoro de sentimiento que encierran esos cuatro versos, pintando con exactos rasgos el amor, la alegría, los celos, la desesperación y la pena, con toda la riqueza de colorido propia de Andalucía, bien merece ser contado en el número de los escogidos.

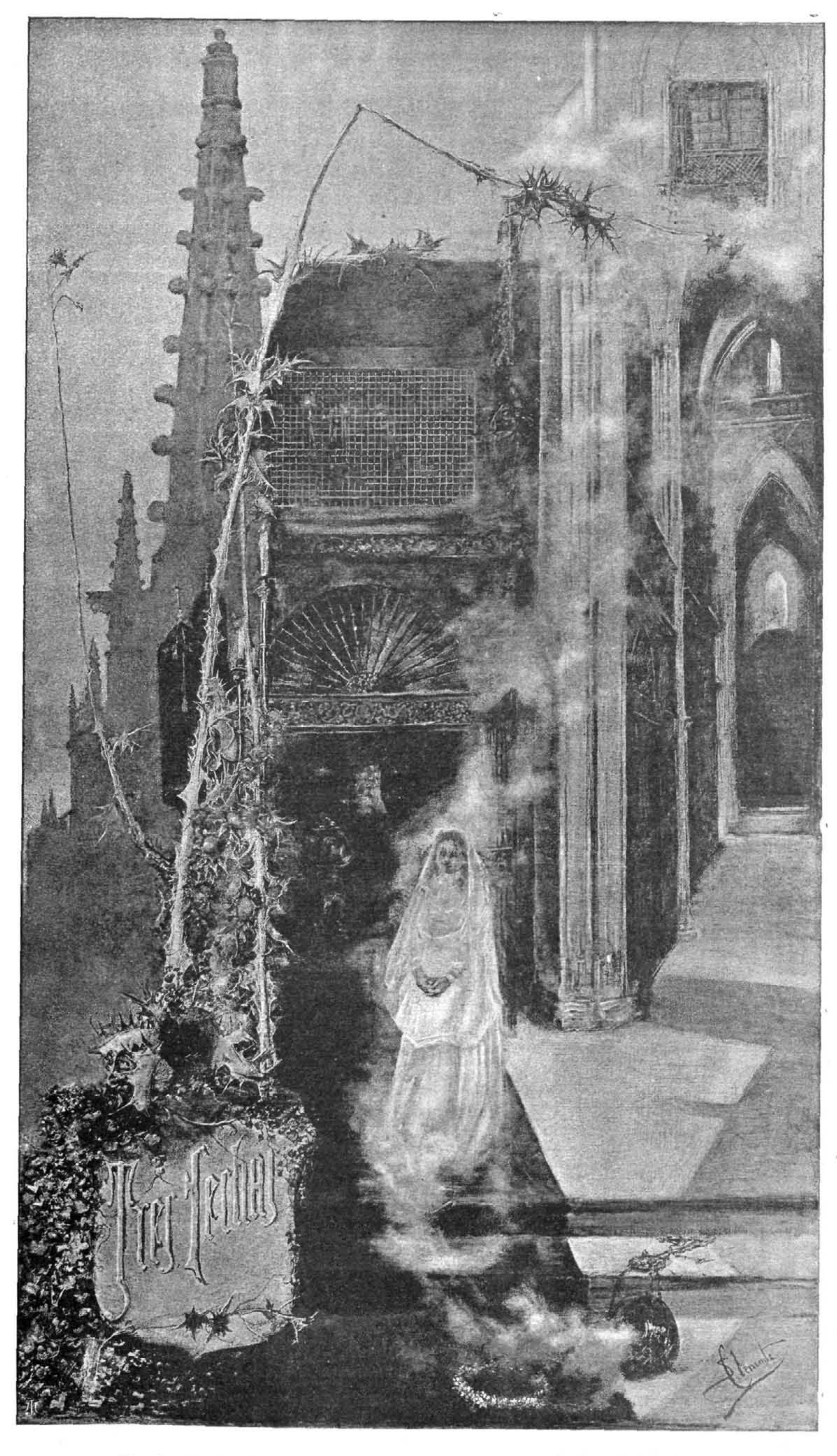
Pasarán los años, se repetirá mil veces el mismo drama variando en los detalles, se olvidarán muchas pequeñeces que hoy preocupan en sumo grado y sobrevivirá *La venta de los gatos* con el cantar del poeta anónimo que, celoso sin duda porque el artista engarzó en su corona ese diamante, nos lo ofrece en esta otra forma:

A las dos é la noche
pasaron los carros;
como llevaba una manita fuera
yo la he pincharao.

El que mejor sepa *pincharar* (1) lo que siente el pueblo y sus inagotables maneras de expresarse, ese será el mejor poeta. Por eso vale Gustavo Adolfo Bécquer, á cuyo nombre nos descubrimos con respeto.

MANUEL DÍAZ MARTÍN

(1) Pincharar, voz de la germanía que significa ver con perspicacia.



¡Pobres flores! Eran las últimas que había de ponerse aquella mujer, hermana de las flores como todas las mujeres. – *(Becquer)*

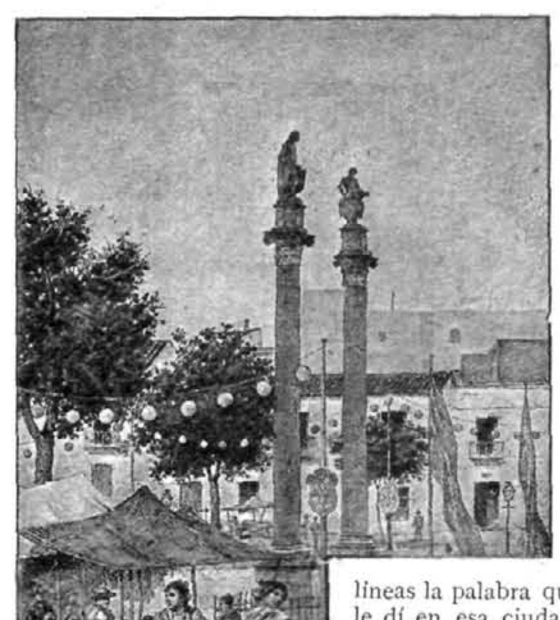
TRES FECHAS, copia de un cuadro de Salvador Clemente

UN AUTÓGRAFO DE BÉCQUER

Sr. D. Román García Pereira

Barcelona 1.º de mayo de 1886

Próximo á embarcar, mi estimado amigo y compañero, para el nuevo destierro de Manila, desempeño con estas



líneas la palabra que le dí en esa ciudad, cuando tuve el gusto de conocer á V., de oir sus inspirados versos, y de informarme del noble proyecto por V. generosamente iniciado y con inquebrantable constancia perseguido, de glorificar la memoria de Bécquer erigiéndole sencillo y elegante monumento proyectado por el hábil Susillo y recordando á la dormida Sevilla, de ese modo, cómo debe honrar el nombre de su gran prosador y sentidísimo poeta, una de sus más legítimas glorias.

Pero, ¿cómo decir algo nuevo, y sobre todo, algo bueno, acerca de escritor tan célebre? Ocioso sería, y en mí tarea imposible. Toda España, toda Europa conocen íntimamente el carácter, las tendencias literarias y hasta los más insignificantes detalles biográficos del constante amador de las *campanillas azules:* todo el mundo sabe de memoria las brillantes descripciones del poeta, especialmente en leyendas y asuntos de la Edad media, y con él ha aprendido á decir *medito* ante las venerable ruinas del armónico estilo greco-romano: *amo*, ante los monumentos del mauritano sensual y gracioso; *creo*, bajo las bóvedas sonoras del templo gótico, de que tantas muestras ofrece la insigne Sevilla, patria de eximios poetas, de grandes pintores, de brillantes artistas, cielo de hermosos y deslumbradores sueños y tierra fecunda en caracteres indiferentes y perezosos olvidos.

Enseñar, por otra parte, en la debatida materia del género é importancia de las poesías de Bécquer, mal llamadas *suspirillos germánicos*, que algo más son y mucho más representan, no sería oportuno: discurrir sobre la gran poesía clásica y sobre la carencia de una epopeya castellana, inútil y largo, y más si recordamos á Ercilla y si afirmamos que las mayores epopeyas de la historia están escritas con sangre latina y firmadas con espada española, y si añadimos que nuestros antepasados hicieron tantas que no dispusieron del tiempo necesario para escribirlas.

Nada de esto es oportuno, pero tengo en cambio algo importante que comunicar á V., tan amante de nuestro Bécquer.

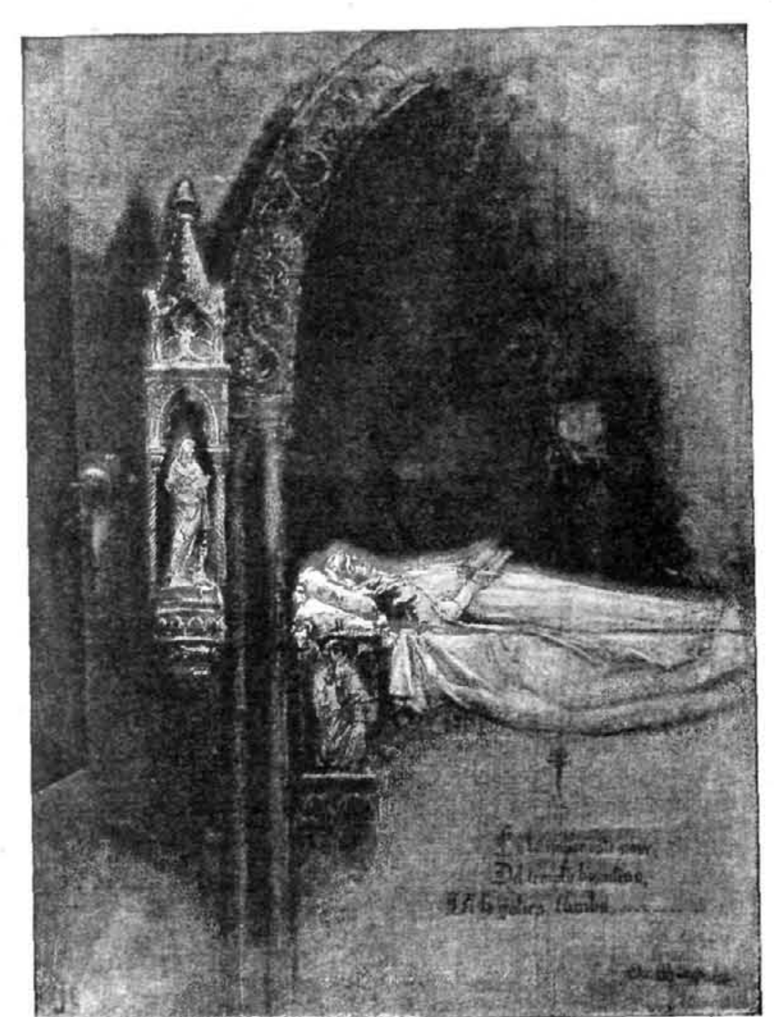
El autógrafo original de la famosa poesía *¡Dios mío! ¡qué solos se quedan los muertos!* vino á mis manos desde las del egregio poeta Campillo, albacea literario del infortunado Gustavo y lo conservo como reliquia preciosa. En la amarillenta hoja del papel aparecen, primero, en larga fila, los asonantes que se proponía emplear el poeta: después, como el balbucir de un niño, las primeras aún incorrectas estrofas, en que ya se dibuja vigorosamente el sombrío y abierto nicho que espera á su eterno huésped; el sepulturero apoyando la tosca mano en la siniestra piqueta; el lecho desde el que se proyecta la sombra del inmóvil cadáver, y el ¡ay! desgarrador del vate. A intervalos trazados por mano febril é inquieta, pero hábil, un friso, un capitel con elegantes hojas corintias, un busto de guerrero, revestida la finísima cota milanesa, la espesa celada descansando sobre el robusto pecho; y más allá, juguetona escena de dos damas sorprendidas por paje travieso en las escalinatas del jardín, presa una en los brazos amorosos del doncel, mientras huye precipitadamente la compañera. ¡Cuántas veces, en mis desalientos de poeta, me abismo en la muda contemplación del autógrafo, y me parece sentir el hálito abrasado del autor ilustre, y siento renacer nuevas fuerzas y divinas esperanzas, confortado con la sola vista del manuscrito, y pensando que sus amarillos bordes han sentido el roce de unas alas, de las alas gloriosas de la inmortalidad!

He cumplido mi oferta: pequeño es el don, pero no tengo otra cosa que dar; en cambio es grande mi admiración por el sevillano ilustre y grande también mi gratitud hacia V., que se enaltece honrando su memoria.

Se despide de V. y se reitera su amigo y admirador

Q. B. S. M.

Carlos Peñaranda



Copia de un cuadro de *José Arpa*, inspirado en la Rima LXXVI

LAS LÁGRIMAS DE BÉCQUER

Al pie de un sauce, en la desierta orilla
del caudaloso Betis,
una tarde de Otoño en esa hora
en que las sombras y las nieblas crecen
velando el sol, como las negras dudas
el sol de la razón velan y envuelven,
un hombre cual el sauce solitario,
enferma el alma y como enferma débil,
revelaba su amargo desaliento
con silenciosas lágrimas ardientes.

Ellas eran la tierna despedida
de un corazón que de dolor se muere,
al separarse del nativo suelo
que á la vez le rechaza y le detiene.
Eran también la decepción del genio
y expresión del tormento que padece,
al luchar por los nobles ideales
que el mundo no comprende.

. . . .

Marchó el poeta y su infeliz camino
sembró de abrojos la contraria suerte:
perdió sus esperanzas é ilusiones,
dulcísimas y alegres,
y las primeras luces de sus glorias
apagaron las sombras de la muerte.

Pero aquellas sus lágrimas, vertidas
en la orilla del Betis
y llevadas después al Oceano
á impulsos de la rápida corriente,
se elevaron del mar en los vapores
suavísimos y leves,
de que se forman las gigantes nubes
que luego cruzan la región celeste.
Con blandas lluvias fecundar lograron
la tierra dura, pedregosa, estéril,
y brotaron cual flores los recuerdos
del pobre mártir que muriera ausente.

A la ribera que meció su cuna
sus tristes restos vuelven
y Sevilla la losa que los guarde
cubrirá de coronas y laureles.
Mas no temáis, vosotros, los que unidos
por entusiasmo ardiente,
queréis hacer eterna su memoria,
que estas coronas el olvido seque;
que para refrescar siempre sus flores,
y conservar sus hojas siempre verdes,
del cielo bajarán como rocío
las lágrimas de Bécquer.

Isabel Cheix

Con motivo de la colocación de la primera piedra para el monumento á la memoria de Bécquer

Sevilla, aunque no nacido
bajo tu cielo esplendente,
tú para mí siempre has sido
patria amante, y te he querido
cual patria entrañablemente.

Que en tu recinto al lucir
de mi vida los albores
tú me enseñaste á sentir,
á pensar y á bendecir
al Dios de nuestros mayores.

Aquí por la vez primera
resonaron mis cantares,
y aquí alegre y placentera
vi volar la primavera
de mi vida sin pesares.

Y mi ardiente fantasía
aquí entre alegres canciones
impregnadas de poesía,
ufana se enardecía
con tus viejas tradiciones.

Tu hermosa brillante historia
profundamente grabada
llevé siempre en mi memoria,
mirando cual propia gloria
la gloria por tí alcanzada.

Por eso vengo mi acento
á unir á tu acento aquí,
y á gozar en tu contento
al honrar hoy el talento
de un hijo digno de tí.



La Torre de D. Fadrique, dibujo á la pluma, de José de la Vega y Marrugal

Noble genio á quien el hado
maltrató con saña impía,
corazón desventurado
cuyas quejas ha exhalado
en torrentes de poseía.

Para él desierto erial
fué de la vida el camino,
y su infortunio fué tal
que sólo tuvo un rival
en su ingenio peregrino.

¡Olvido y pobreza en vida!
¡mármol y aplausos en muerte!
Bécquer, tu patria querida
de su ayer arrepentida
quiere honrarte de tal suerte,

que al ensalzar tu talento
y cantar tu gloria aquí
hoy con entusiasta acento,
alcance el merecimiento
de hacerse digna de tí.

José Sánchez Arjona

Á GUSTAVO BÉCQUER

SONETO

Mendigó, ciego y pobre, el gran Homero,
Vióse Ovidio de Roma desterrado,
De Eleonora el amante, encadenado,
Y el autor del Quijote, prisionero.

Byron vivió, cual triste aventurero,
De su patria y sus deudos arrojado,
Y por Grecia murió, como soldado,
Con noble abnegación y ánimo entero.

Tal del genio la suerte: en lucha impía,
Sufrir, sólo sufrir fué tu destino,
Que en ti también la luz del genio ardía.

Mas si abrojos hallaste en tu camino,
Hoy las musas del arte y la poesía
Cercan tu nombre de laurel divino.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

LOS PÁJAROS

Hay niños criminales que escalando
Los árboles frondosos, decididos,
El riesgo despreciando,
Arrancan á los pájaros sus nidos.
Los pájaros se quejan,
Y, en confusión volando,
Rápidos de los árboles se alejan.
Llegan á otras regiones en bandadas,
Pero á labrar sus nidos no se atreven,
Temiendo que otras almas despiadadas,
De nuevo se los lleven.
Inquietos, revoltosos,
Andan volando, siempre temerosos;
Examinan los árboles, se juntan,
Se esconden en los huecos del ramaje
Al más tenue rumor, y en su lenguaje
– ¿También aquí habrá niños? – se preguntan.

Yo, triste, por la tierra caminando
En desiertos sin nombres;
Si me detengo á reposar, temblando,
Me pregunto también: – ¿Habrá aquí hombres?

JOSÉ DE VELILLA

TRENZAS Y PELOS

La tienda es nueva, es elegante y concurrida. Los escaparates, llenos de botes de perfumes, cabezas peinadas y figuras de pelo, muestran al público, entre pelucas para viejos y trenzas y bucles y tirabuzones, largas cabelleras femeninas, rubias, negras y castañas.

Siempre que paso por la calle en donde está la tienda, mis ojos son atraídos por aquellas guedejas, rubias como los rayos del sol poniente ó negras como la endrina, y siento mi alma invadida de pensamientos melancólicos.

Yo quisiera interrogarlas, saber qué ha sido de ellas, descubrir el secreto que las envuelve con no sé qué velo de melancólica y sentida poesía.

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! narradme vuestra historia... ¿Cuántos años han transcurrido desde que, peinadas en trenzas, ó graciosamente ensortijadas ó sueltos vuestros hilos y derramándose en torrentes, adornabais una cabecita infantil?... ¿Qué tiempo ha pasado desde que una madre os enseñaba con orgullo, exclamando llena de alegría: «mirad qué hermosos cabellos son los de mi hija»... ¿Hace mucho que vuestra joven dueña, mirándose dichosa en el espejo, ó de un arroyo en la corriente cristalina, y desatando la delgada cinta que os sujetaba, os arregló y peinó de las maneras más diversas?...

Cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas: ¿habéis crecido en medio de los aires pesados de la ciudad, ó jugueteó con vosotras el aura de los campos?... ¿Cuántos labios posó el amor sobre vosotras? ¿Cuántas manos os han hecho caricias? ¿Cuántos sueños de amor aletearon en torno vuestro? ¿Cuándo, por qué fuisteis cortadas? ¿fué la enfermedad, fué la miseria, fué la muerte lo que os hizo caer bajo las tijeras del peluquero?... ¿Aquellas cabezas que adornabais, miran al cielo todavía, ó se corrompen ya en la fosa?...

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! ¿qué destino os espera?... No se sabe de dónde venís. No se sabe tampoco dónde iréis. Pero sí se sabe que seréis adornos postizos de marchitas bellezas ó enfermas fealdades; que seréis una materia como el albayalde que emblanquece las mejillas, como el carbón que tiñe las cejas.

Triste, muy triste y desgraciada es vuestra suerte.

¡Feliz el pequeño rizo que una madre cortó de vosotras antes de que cayeseis en manos del mercader! El no ha roto sus lazos con el pasado; él no va peregrinando por entre personas extrañas, ni sirviéndolas para amaños y falsías; él no es objeto de ajenas vanidades; sino que siendo prenda de plácido recuerdo y descansando sobre un pecho amoroso, hace vibrar en él la cuerda de los más dulces afectos.

LORENZO LEAL



LA RIMA, por Ildefonso Cañaveral

PESADILLA

Era noche de estreno; comenzaba
La escena culminante de la acción
En medio del silencio más solemne
Que el interés dramático engendró.
Era aquel desenlace fiel trasunto
De la desgracia inmensa que sufrí;
Desgarrarse mis hondas cicatrices
En breve instante con dolor sentí;
Volví el rostro con torpe disimulo...
Y en el palco inmediato la encontré,
Tan cerca que á no ser por la baranda,
Cayera de rodillas á sus pies.
En sus marmóreas áridas mejillas
Que nunca dulce afán ruborizó,
Ni por ruda emoción palidecieron,
Ni llanto de ternura ennobleció,
Yo ví absorto, á la luz de cien bujías,
Dos silenciosas lágrimas brillar
Como las dos más tristes que en el Gólgota
Pudo la Virgen misma derramar.
Quise huir; sentí un vértigo; aturdido
Del palco al antepecho me acerqué,
Volviéronse mil rostros á mirarme
Y, ciego, señalándola, grité:
¿Por qué á mi amor profundo fué insensible
Y al que mintióle amores adoró?
¿Por qué rió de mi dolor inmenso
Y al parodiarlo un cómico lloró?

JAVIER LASSO DE LA VEGA

PENSAMIENTO

Los mármoles en que se labraron y los bronces en que se fundieron las estatuas de tantos héroes, de tantos mártires del deber y de la ciencia, y de tantos genios que inmortalizaron el nombre de la patria que meció su cuna y abrió su seno para darles sepultura, son menos duros que esa sociedad primero despiadada y á la postre vanidosa, que les dió en suerte

. . . .

HAMBRE EN LA VIDA, MÁRMOL EN LA MUERTE

JOAQUÍN GUICHOT

POESÍA Y ARTE

(PÁRRAFOS DE UN DISCURSO)

. . . .

En la India cantó Valmiki á Rama buscando á Sita por las cañadas y los bosques, y Viasa á Mahabharat, y oyéronse las eróticas estrofas del poema pastoral Gita Gorinda que celebra á Krishna vagando por la tierra con sus nueve pastoras; y el pueblo hebreo escuchaba todas las heroicas resignaciones del dolor en los trabajos de Job y todas las beatitudes y deliquios del más puro amor en el símbolo de Salomón, y veía todas las irisaciones de la más confiada esperanza en los Salmos de David y oía sorprendentes predicciones en el acento profético de Isaías; y en Grecia oyéronse los ecos de los inspirados cantores y errantes rapsodas que vagaban perdidos en las florestas del Asia Menor y de la Arcadia, y los poemas de Homero que creó al heroico Aquiles como Esquilo al gigante Prometeo y Sófocles al desventurado Edipo y Eurípides á la inmortal Ifigenia, y resonó el dolorido lamento de Safo hundiéndose con su lira y sus laureles en las aguas del olvido para ahogar en ellas con su vida aquella pasión incurable y frenética alimentada con la vista y el recuerdo del ingrato, insensible á la hermosura, insensible á la endecha, y á la gloria de la poetisa, y al sacrificio de la mujer amante; y en la ínclita Roma rindió Horacio tributo á la poesía para no pensar en la ruina de la República y Virgilio expresó en sencillas estrofas su entrañable amor á la vida del campo y el epicúreo Lucrecio cantó cual no otro la secreta naturaleza de las cosas; y oyóse por el Norte el eco de los bardos que cantaban las hazañas de Hermann y la voz sibilina de Velode la profetisa animando con sus acentos á los bátavos alemanes; y bajo la tienda de Atila entonáronse los poemas heroicos que celebraban la gloria de la familia real de los Amalungenes, como el Húngaro cantaba la conquista del país por los siete Jefes y las feroces proezas del *brazo de Dios*; y allá en Sajonia y entre las brumas de la Escandinavia escuchábase la teogonía de Odino y las catástrofes del Edá que profetizaban la noche de los dioses y la victoria de las sombras y de las potestades tenebrosas; y en Escocia embelesaba el ánimo la infinita melancolía de los poemas ossiánicos; y en la época de las Cruzadas la poesía provenzal, la gaya ciencia, las cortes y tribunales donde con sutileza casi metafísica discutían los trovadores las cuestiones amorosas; y preludiábase ya el poema de los Niebelungen con sus lances increíbles, sus aventuras inesperadas y maravillosas; y surgieron entonces las poesías de los Normandos con sus enanos y gigantes, con sus hadas y genios de las montañas, últimos vestigios de la teogonía del Norte, que cantaron las famosas hazañas de Carlomagno, y la batalla de Roncesvalles, y la muerte heroica de Rolando, y las historias del rey bretón Arturo y de la Mesa Redonda, que hallaron eco en Inglaterra y Francia y resonaron en Sicilia y se repitieron en Palestina, como vinieron del Oriente los cuentos árabes de las Mil y una noches y el libro de los héroes persianos de Firdusi, el Ariosto y el Homero de aquellas lejanas tierras; y resonó el poema del Cid, ese monumento nacional que no tiene rivales conocidos; y Dante y Tasso, y Milton y Klopstock simbolizaron en sus estrofas los caracteres, las luchas, las agitaciones de aquellos amargos días, mientras se oía en la calle del Zacatín y en la plaza de Vivarrambla y entre los azahares de la granadina vega, los romances que cantan las luchas de Zegríes y Gomeles con Abencerrajes y Venegas, Gazules y Almoradines, ó las cuitas de Zaida que avisa á su amante no ronde su casa ni hable con sus mujeres ni con sus cautivos trate, ó los terrores de aquella fuente del Pino donde luchó el Maestre de Calatrava con Albayaldos y Reduán con Gazul; y no extinguidos estos acentos, oyéronse los de Garcilaso, dulces y armoniosos como las corrientes cristalinas aguas que riegan los verdes prados y en cuyas linfas miran los árboles su umbroso follaje; y sucedená éstos las empresas de Ercilla y Camoens y los cantos de Guarini y la dramática poesía de Shakespeare, para quien nada es recóndito en el corazón humano; y síguenlo Lope y Calderón, Schiller y Goethe, Byron y Lamartine, Zorrilla y Víctor Hugo, Leopardi y BÉCQUER, pléyade gigantesca que prueba la universal necesidad de la poesía, teniendo á sus héroes repartidos por todos los países, diseminados por todos los tiempos, peritos en todas las lenguas, para que lleven á todos los hombres esas sublimes creaciones del genio, entre las cuales descuella y descollará eternamente una que todo el mundo conoce, una que no puedo citar sin emoción, que ha nacido en el centro de nuestra tierra, hija del más español de los españoles, glorioso timbre de la patria que debía estar representado en los cuarteles del escudo nacional, aquel aventurero, flor y nata de la generosidad y la abnegación, noble pecho de virtuosa fidelidad que no quebrantaron los sórdidos apetitos de la carne, alma cautiva de aquella alta y soberana señora del pensamiento, sólo acariciada en incorpóreas visiones y espirituales ensueños, por quien yacía herido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón, creación la más simpática que iluminó el humano entendimiento; aquel hidalgo que nos inspira adhesión con sus temeridades y duelo con sus decepciones y á quien antes miramos con irresistible piedad que con sarcástica sonrisa, porque todos los que al cruzar en ingrata peregrinación el áspero desierto de la vida comparamos la Dulcinea de nuestras aspiraciones con la triste figura de la realidad, aquí en el secreto de nuestro pecho vamos también, como el manchego hidalgo, heridos de punta de ausencia y llagados de las telas del corazón.



Tú y yo

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro de harpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
Eso eres tú.
Tú sombra aérea que cuantas veces
voy á tocarte te desvaneces,
como la llama, como el sonido,
como la niebla,
como el gemido del lago azul.
En mar sin playas ola espumante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento del ronco viento,
vaga esperanza de algo mejor,
Eso soy yo.
Yo que á tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día,
yo que incansable corro demente
tras una sombra,
tras la hija ardiente de una visión.

G. A. Bécquer.

20—

AUTÓGRAFO DE A. GUSTAVO BÉCQUER, con orla dibujada por José Rico

. . . .

El artista no pretende la reproducción exacta ni la descripción prolija de la realidad; como diceun distinguido escritor, pinta con los mismos colores la oscuridad que la luz, el día que la noche, el polo que el Ecuador, el cielo caluroso del Africa, el bochorno y la pesada atmósfera del desierto, las arenas ardientes que calcinan las patas de los jadeantes camellos, la negra y movible sombra que traza en el suelo la cansada y sedienta caravana, el deslumbrante resplandor de los blancos alquiceles heridos por los rayos de un sol canicular, y la sombra de la noche, el misterio de la enramada, la húmeda brisa que la orea, la frescura del agua que pasa susurrando entre los álamos, y los tibios rayos de la luna que á través del follaje iluminan al ruiseñor que á las puertas de su nido, arrebujado en sus erizadas plumas, duerme, escondido el pico entre las alas.

¿Ni dónde se encuentra modelo para la obra artística que se propone expresar con la línea ó el sonido los más íntimos afectos del corazón humano? Es posible la reproducción, la copia, la imitación de ciertos seres y entidades corpóreas que cruzan constantemente ante la vista, pero ¿qué día sorprendió Cleómenes á Venus en el momento de salir del baño? ¿qué noche se presentó á los asombrados ojos de Cervantes la escuálida figura del hidalgo manchego? ¿en qué indescriptible crepúsculo vió Miguel Angel la separación de la luz y de las tinieblas?

Yo concibo que pueda copiarse la luz difusa de la alborada, el campo cubierto de fría escarcha, la llamarada á cuyo alrededor se agrupan las damas rendidas por el cansancio y ateridas por el frío; yo concedo que en último término se copien las torres de un monasterio y en primero el féretro de un rey; pero la figura que se alza en estática contemplación ante aquellos motales restos, pálida por la vigilia, demacrada por la abstinencia, majestuosa como reina, delicada como mujer, incansable como la pasión, insensible al frío que entumece, á la brisa matinal que hiela los huesos y produce tembloroso escalofrío, sorda á la voz del sacerdote y al responso canónico, reprimidas las lágrimas, ahogado el sollozo, dilatados los ojos escudriñadores, absortos, incrédulos, que parecen detener su vista en las profundidades de la nada, descompuesto el rostro, devorada por los celos, loca por el dolor, juguete acaso de descabelladas esperanzas, cuerpo sacrificado á las demencias del espíritu, dudosa de la castidad monástica, más profana que religiosa, más enamorada de la carne mortal que del espíritu eterno, esta mujer heroica, esta viviente epopeya desbordada, esta eterna apoteosis de los celos de ultratumba, no han tenido más modelo ni son copia de otro original que la visión inspirada de Pradilla.

. . . .

¿Dónde una creación más fantástica que la de esa misteriosa y espiritual electricidad que admiramos y no vemos, que vive junto á nosotros y en nosotros mismos y que nos trae con prodigiosa exactitud y rapidez, calor, movimiento, luz, el eco de una voz amada ó la curación de una aflictiva dolencia?

¿No satisface y colma las exigencias de la imaginación más ardiente el espectáculo de un poco de agua reducida á vapor, encerrada en un cilindro, en contacto con un pistón unido á un vástago, y el vástago á una rueda, y la rueda á una máquina y la máquina á un tren que aparece á la larga distancia en el bello panorama del paisaje y se detiene ante vosotros arrojando ceniza, respirando humo con estertoroso aliento, engendro infernal que juzgarían inverosímil ó diabólico las pasadas generaciones y en cuyas entrañas os alojáis atrevidamente, y partís con él, y vais viendo cruzar ante los ojos como en mágica visión el mar que se confunde con el cielo, los verdes campos que el labrador cultiva, la pintoresca aldea que se congrega á los pies del campanario, la blanca ermita que se sienta en el inmediato cerro, los riscos en que pastan las ovejas, el valle que atraviesa el arroyuelo, los restos del convento abandonado, la espesura que tala el leñador, el castillo de histórico recuerdo, el poste telegráfico que hiere vuestra vista y no lo veis; y luego entráis en las profundidades del estrecho desmonte, cruzáis ruidosamente sobre el abismo, bordeáis el precipicio, saltáis el río, os internáis en la sierra, sois ya el huracán que todo lo atropella y sobre todo pasa, devastador é imponente; y entonces veis alzarse ante vosotros la montaña inaccesible, la mole inmensa de granito cuyos picos nevados no pisó planta humana, y aquel monstruo que se arrastra no se detiene ni arredra, lanza en las vastas soledades su estridente alarido, parece que desafía, redobla su ímpetu, como para subir á la elevada cumbre, y cuando teméis retroceder rodando á la mitad de la subida ó estrellaros al pie de la marmórea roca, os encontráis sumidos en horrible subterráneo, húmedo y lóbrego, donde resuena y se multiplica el estrépito atronador de vuestra vertiginosa marcha y donde la oscuridad absoluta ciega vuestros ojos enormemente abiertos, donde creéis oir sordos rechinamientos, férreos crujidos y gemidos extraños; y cuando pensáis si será aquella la lúgubre madriguera donde va á devoraros el monstruo ó si sois el huracán y aquélla la caverna donde Eolo guarda los vientos ó creéis oir la voz de Carón que á las puertas del infierno os invita á cruzar las aguas de la Estigia, y os falta el aire y sentís angustia, de repente la luz os hiere, salís del túnel y sólo veis el pueblo en que nacísteis, vuestra madre que os tiende los brazos y la cara de rosa de vuestra prometida.

. . . .

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

SEXTO AÑO DE PUBLICACION

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION DE OBRAS IMPORTANTISIMAS SERVIDAS POR UN NUEVO SISTEMA DE REPARTOS

FOMENTO DE BIBLIOTECAS PUBLICAS Y PARTICULARES POR SOLO CUATRO REALES SEMANALES

IMPORTANTISIMOS REGALOS QUE REPRESENTAN POR SÍ SOLOS MUCHO MAYOR VALOR QUE EL PRECIO DE SUSCRICION

LA ILUSTRACION ARTISTICA-ALBUM DE SALON

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS, CON GRABADOS DE LOS PRIMEROS ARTISTAS DEL MUNDO

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION ARTISTICA DE DON J. LUIS PELLICER

EL SALON DE LA MODA

periódico ilustrado indispensable para las familias

conteniendo figurines iluminados de las modas de París, patrones trazados en tamaño natural, modelos de trabajos á la aguja, crochet, tapicerías, etc., etc.
La sección de literatura contendrá novelas, revistas de teatros y salones, crónicas, informes á las suscritoras, economía doméstica, etc., etc.

DOS MAGNÍFICAS REPRODUCCIONES AL CROMO DE CUADROS DEL PINTOR ESPAÑOL H. LENGO,

QUE SE REPARTIRAN AL MISMO TIEMPO QUE EL NOTABLE CROMO DE GRAN TAMAÑO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DEL SEÑOR MUÑOZ DEGRAIN

LOS AMANTES DE TERUEL

CUYA ENTREGA Á LOS SEÑORES SUSCRITORES SE HA RETRASADO POR CAUSAS INDEPENDIENTES Á ESTA EMPRESA

PROSPECTO PARA 1887

A punto de empezar el sexto año de nuestra publicación, sólo tenemos motivos para confirmarnos en la marcha que desde un principio nos impusimos, después de prolijo estudio y madura deliberación. Nuestro más vehemente deseo era popularizar el arte, la ciencia y las bellas letras, convencidos como estamos de cuánto contribuye á la importancia de un pueblo el desarrollo de su buen gusto literario y artístico. Ha sido un error, desgraciadamente harto tiempo consentido en nuestra patria, el creer que las letras y las artes interesaban tan sólo á los que de ellas hacían profesión. Hoy entramos rápidamente en el certamen de los pueblos más cultos: la ignorancia es un defecto, mañana será un vicio; ¡ojalá antes de poco sea algo parecido á un delito!

En cuanto de nosotros dependía para contribuir á este notable movimiento, puede decirse que hemos ido más allá, mucho más allá de lo que ofrecimos en nuestro primer PROSPECTO, y no nos arrepentimos de ello, pues también el favor del público ha superado nuestras esperanzas. Hemos hecho valiosos regalos todos los años, hemos publicado frecuentemente números extraordinarios que contienen maravillas de dibujo y de grabado, hemos reproducido á costa de grandes sacrificios las más importantes obras de arte nacionales y extranjeras, hemos adquirido originales de las mayores eminencias literarias de España; y no contentos con repartir semanalmente á los suscritores de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, para ellos exclusivamente confeccionada, hemos añadido todos los quince días un ejemplar de EL SALÓN DE LA MODA, que por sí solo podría representar el valor del reparto de que forma simplemente una galante adición.

Por lo que toca á nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL, solamente hoy, á la vista de los volúmenes publicados, puede empezar á apreciarse lo que significará y valdrá con el tiempo, á medida que nuestro pensamiento vaya desarrollándose. Abrigamos la persuasión de que no cabe otra manera de fomentar con más ventajosas condiciones la provechosa tendencia á hacerse con útiles y elegantes libros, que son los más desinteresados amigos y sanos consejeros del hombre. Variedad dentro de sus cuatro secciones generales, interés, ilustración espléndida, condiciones materiales de verdaderas obras de lujo, reunen los tomos que llevamos publicados; y á pesar de todo, su coste no alcanza el del más humilde y á veces perjudicial de esos libros que, por desgracia, no se han quedado en la mente del que los concibió.

Nada tenemos, por lo tanto, que innovar en nuestro sistema, únicamente persistir en él y aprovechar cuantas ocasiones se presenten para perfeccionarlo, á medida que se perfeccionan los procedimientos artísticos é industriales. En este propósito ninguno ha de aventajarnos seguramente: ejercemos nuestra profesión con verdadero cariño y fundamos nuestro orgullo en que ese cariño se eche de ver en cuantos trabajos salen de nuestras prensas.

Así, pues, durante el año 1887, los repartos de la BIBLIOTECA UNIVERSAL contendrán, como hasta aquí, cuatro pliegos de obras escogidas é ilustradas, correspondientes á las cuatro secciones en que aquella se divide: HISTORIA, BELLAS LETRAS, CIENCIAS, GEOGRAFÍA Y VIAJES.

Insiguiendo nuestra costumbre de que todos los dos años terminen exactamente las obras en curso de publicación, así se realizará en 1887, inclusa la muy notable que hemos empezado á repartir recientemente:

LOS PRECURSORES DEL ARTE Y DE LA INDUSTRIA

EJEMPLOS DE LA NATURALEZA

cuyo interés es tan recomendable como atractiva su lectura.

Nuestros suscritores continuarán recibiendo gratis con cada reparto de la BIBLIOTECA UNIVERSAL *los* REGALOS *de costumbre, siendo el primero de ellos la*

ILUSTRACION ARTISTICA

periódico semanal de literatura, artes y ciencias, redactado por nuestros principales escritores y con magníficos grabados debidos á los primeros artistas del mundo

Cinco años de continuo trabajo han hecho de este periódico, por su texto y por sus grabados, uno de los primeros de Europa, en su género. Séanos permitido, ante un éxito tan considerable, dar las más cumplidas gracias á los eminentes escritores y célebres artistas á cuyo concurso lo debemos en tan gran parte. Por ello nos felicitamos y felicitamos al público, que nos secunda decididamente en nuestra empresa, dando una prueba de sólido criterio literario y artístico. Estimulados por tan valiosos apoyos, redobla nuestro empeño de mejorar incesantemente la predilecta de nuestras publicaciones: tengan, pues, sus favorecedores la seguridad de que hemos de evidenciarlo.

Para ello, y sin que disminuya en lo más mínimo la importancia de nuestros números ordinarios, seguiremos publicándolos extraordinarios, destinados á coleccionar las más preciadas obras de los pintores contemporáneos. Con estos números alternarán otros, igualmente extraordinarios, conmemorativos de los grandes maestros de todos los países, Velázquez, Murillo, Rafael, Ticiano, Miguel Angel y los príncipes todos de la pintura, que recibirán el debido homenaje de nuestra ILUSTRACIÓN en números que serán otros tantos monumentos erigidos al arte.

SEGUNDO REGALO

GRAN ALBUM DE SALON

Quincenalmente continuarán recibiendo nuestros favorecedores una gran lámina, doble página, reproducción de alguna notable obra de arte. Los *Albums* que hasta el presente llevamos publicados tienen tan importante valor artístico que dudamos exista colección más selecta, ni que constituya objeto más estimable en el hogar de los admiradores del genio pictórico.

TERCER REGALO

EL SALON DE LA MODA

periódico ilustrado, indispensable en las familias, con figurines iluminados, patrones sueltos y dibujos de labores, de tamaño natural, y gran número de grabados intercalados en el texto

(Véanse las páginas segunda y tercera de este prospecto)

Será repartido *gratis* quincenalmente á los suscritores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL y por sí solo constituye la prima de más valor y utilidad con que empresa alguna haya obsequiado á sus favorecedores.

CUARTO REGALO

Los actuales suscritores que continúen siéndolo en 1887, recibirán en el transcurso de éste dos preciosos cromos, tamaño 34 centímetros de ancho por 56 de alto, copias fidelísimas de unas *acuarelas* inéditas de Lengo, tan originales y tan correctas como lo son todas las obras de este distinguido artista.

Esta prima en nada modifica la promesa que hicimos, y reproducimos ahora, de regalar á nuestros suscritores de 1885 el gran cromo copia del laureado cuadro de Muñoz Degrain:

LOS AMANTES DE TERUEL

Si circunstancias contrarias á nuestra buena voluntad é intereses, han retardado el reparto de tan estimable regalo, pueden los que á él tienen derecho estar persuadidos de que sus legítimos deseos serán cuanto antes satisfechos; porque nuestra casa editorial nunca promete en vano, ni la duelen sacrificios, cuando se trata de corresponder á sus favorecedores.

La suscrición á la BIBLIOTECA UNIVERSAL, incluídos todos los regalos que dejamos especificados, cuesta solamente, por reparto:

Cuatro reales en toda España

que es el mayor esfuerzo de economía industrial de que tenemos noticia en el ramo de librería.

EL SALON DE LA MODA

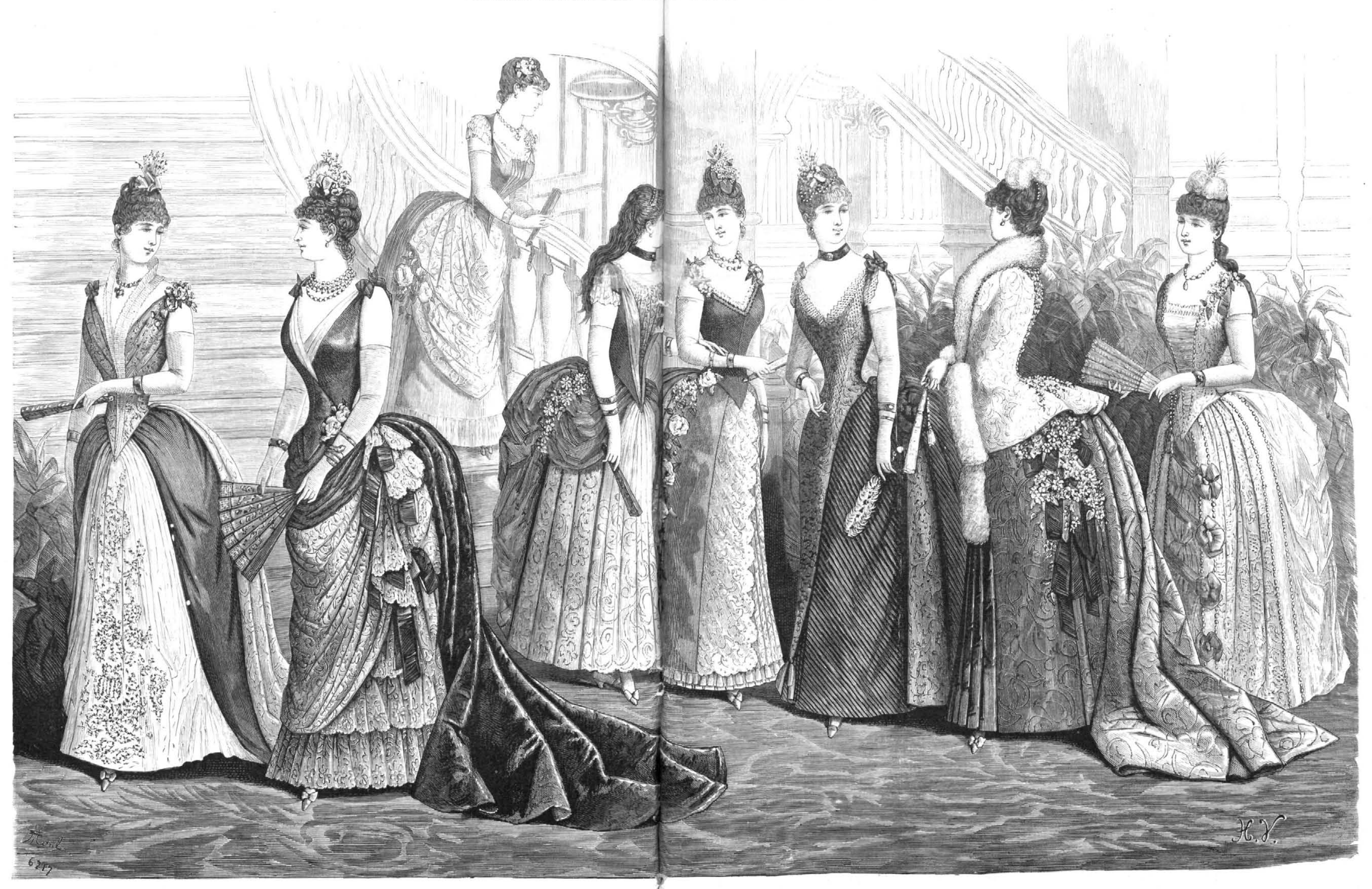
PERIÓDICO QUINCENAL INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS, ILUSTRADO CON PROFUSIÓN DE GRABADOS EN NEGRO
Y FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS,
patrones trazados en tamaño natural, modelos de labores de aguja, crochet, tapicerías, etc.

REGALO Á LOS SEÑORES ABONADOS Á LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

PRECIOS DE SUSCRICIÓN PARA LOS SEÑORES QUE DESEEN SUSCRIBIRSE ÚNICAMENTE AL PERIÓDICO
EL SALÓN DE LA MODA

EN ESPAÑA, un año, 60 reales.—Seis meses, 32 reales.—Tres meses, 18 reales.
EN PORTUGAL, un año, 3000 reis.—Seis meses, 1600 reis.—Tres meses, 900 reis.—Las suscriciones empezarán el día 1.º de cada mes.

TEMPORADA DE INVIERNO DE 1887



TRAJES DE BAILE PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS



JESUCRISTO Y LA ADÚLTERA, cuadro de O. Wolf. – *Este grabado se reproducirá en alguno de los siguientes números de esta* ILUSTRACION *en tamaño de doble página*